
LEILA YOON
Un deseo
millonario

Un deseo millonario

LEILA YOON

Serie Millonarios insoportables de Manhattan #3

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares, eventos o hechos reales es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de la autora, **Leila Yoon**.

El diseño y la ilustración de esta obra también son propiedad exclusiva de **Leila Yoon**.

© 2025 Leila Yoon.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
Avery

Epílogo
Extra
Sinopsis de Un problema millonario
Serie millonarios insoportables de Manhattan
¡Únete al Club de las Princesas modernas!

1

Avery

El Red Moon era de esos pubs con luces tenues, sofás de terciopelo y una barra iluminada con neón rojo, como sacado de una película de los años veinte.

La música estaba lo bastante alta para darle ambiente al lugar, pero sin obligarte a gritar para mantener una conversación. Me gustaba. Tenía el equilibrio perfecto entre sofisticado y relajado.

Esa noche había quedado con Emily y Claire, mis mejores amigas desde la universidad. La idea era pasarlo bien, beber un par de copas y, según ellas, ayudarme a cazar nuevo novio. Pero yo ya había decidido que eso no iba a pasar.

Después de mi último desengaño amoroso, me prometí que dejaría de obsesionarme con encontrar pareja.

Toda mi vida había tenido un plan. Casarme joven, formar una familia antes de los treinta y construir algo sólido con alguien que me hiciera sentir segura. Creía que, si seguía los pasos correctos, todo encajaría como en una ecuación matemática.

Pero la vida no funciona así.

Me había esforzado demasiado en hacer que las relaciones encajaran en ese esquema perfecto. Y lo único que conseguía era decepcionarme una y otra vez.

En esta ocasión iba a hacer las cosas de otra manera. Dejaría de comportarme como la eterna princesa en busca de un príncipe azul perfecto. Pensaba empezar una nueva etapa donde las relaciones casuales y el sexo esporádico fueran parte de mi vida sin sentir que estaba haciendo algo mal.

No necesitaba un cuento de hadas ni promesas vacías. Solo quería divertirme, disfrutar sin presiones y sin preguntarme a cada momento si aquel chico podría ser *el indicado*. Porque, sinceramente, ya estaba harta de equivocarme.

O al menos, eso intentaba convencerme mientras bailaba como una loca en el centro de la pista.

La música retumbaba en el suelo. Yo me movía siguiendo el ritmo, con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás.

El whisky sour que me había tomado me había soltado un poco, lo justo para disfrutar sin pensar demasiado.

Entonces, sentí unas manos en mis caderas.

Abrí los ojos de golpe. Un tío desconocido se había pegado demasiado a mí. Su aliento apestaba a alcohol.

—Bailas bien —dijo, apretándome más contra él.

Me aparté un poco, intentando que entendiera la indirecta.

—Gracias.

Pero no se dio por aludido. Volvió a sujetarme por la cintura, acercándose aún más. Mi cuerpo entero se tensó.

—¿Por qué estás tan seria? —susurró—. ¿Vamos a un sitio más tranquilo?

Intenté zafarme de su agarre de nuevo.

—No, gracias. Déjame en paz.

No me soltó. Quedé atrapada entre la multitud y su cuerpo, y sentí una punzada de miedo.

Y entonces, como si el destino decidiera echarme una mano, apareció él. James Weston. El mejor amigo de mi hermano. Mi debilidad desde hacía años.

Su presencia lo llenó todo. Alto, imponente, con esa seguridad arrolladora que hacía que cualquiera se pensara dos veces meterse con él. Su mano se cerró sobre el brazo del imbécil con una firmeza que no dejaba margen a discusiones.

—Ella ha dicho que la dejes en paz —dijo con voz autoritaria.

El tipo se giró con expresión molesta, pero en cuanto vio a quien tenía delante, su arrogancia se esfumó en un segundo.

James no era el tipo de persona a la que querías cabrear.

Medía más de metro ochenta, tenía los hombros anchos, el pelo oscuro y revuelto, y unos ojos fríos como el acero. Siempre había tenido ese aire tranquilo y peligroso al mismo tiempo, como si nada pudiera alterarlo. Pero si lo hacías, estabas jodido.

El imbécil soltó mi cintura al instante y levantó las manos en señal de rendición.

—Tranquilo, tío. No pasa nada. Solo estábamos bailando.

—No, lo que estabas haciendo era acosarla. —James no apartó la mirada de él ni un segundo—. Largo.

El otro no tardó ni dos segundos en desaparecer entre la multitud.

Yo solté el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Mi corazón aún latía demasiado rápido.

James me miró de arriba abajo, con el ceño fruncido. Se notaba que estaba preocupado.

—¿Estás bien?

Asentí, aunque la adrenalina seguía corriendo por mis venas.

—Sí. Gracias por ayudarme.

—No tienes por qué darme las gracias. ¿Estás sola?

Negué con la cabeza, intentando recuperar la calma.

—No, he venido con Emily y Claire. Están por ahí, ligando con un par de tíos, supongo.

James asintió, como si aquello lo tranquilizara un poco.

—Si necesitas algo, estoy en la barra con Theo.

Theo. Claro.

Él y James eran dos de los mejores amigos de mi hermano, Alex. Siempre habían sido inseparables, junto con Nate, que seguramente estaría en casa con su mujer, Charlotte. Desde que él y Alex habían sentado cabeza, las noches de fiesta habían quedado atrás y cada vez se les veía menos en sitios como este.

Los tres habían sido una constante en mi vida desde que terminé la universidad. A diferencia de mi hermano, que era un caos, ellos siempre me habían parecido más serios y centrados. O al menos, eso pensaba cuando era más joven.

Y de ellos tres… James siempre había sido especial.

Lo supe desde la primera vez que coincidimos en una cena en casa de mi hermano. Todavía recuerdo cómo mi corazón se desbocó cuando me estrechó la mano con aquella mirada serena y su media sonrisa despreocupada. Era alto, fuerte, y tenía un aire tranquilo y seguro de sí mismo que lo hacía destacar sin esfuerzo.

Desde entonces, me había pasado años intentando ignorar lo que me hacía sentir. Me repetía que no tenía sentido, que para él yo no era más que la hermana de su amigo.

Y ahí estaba, salvándome como si fuera su responsabilidad hacerlo.

—Vale. Gracias otra vez —murmuré, pasándome una mano por el pelo.

James me sostuvo la mirada un segundo más, evaluándome, como asegurándose de que realmente estaba bien. Luego, con un leve asentimiento, se giró y caminó hacia la barra, junto a Theo, que me saludó de lejos.

Necesitaba encontrar a mis amigas.

Y, sobre todo, necesitaba dejar de pensar en lo bien que se sentía tenerlo cerca.

***

El resto de la noche pasó sin incidentes. Bailé un poco más y bebí otro whisky sour. Lentamente, la incomodidad de antes se disipó. Aun así, cuando el reloj pasó de las dos de la madrugada, supe que ya había tenido suficiente.

Busqué a Emily y Claire entre la multitud para avisarles de que me iba, pero cuando las encontré, estaban demasiado ocupadas enrollándose con un par de tíos como para notar mi presencia. Sonreí, negando con la cabeza. Al menos alguien estaba aprovechando la noche.

Salí del pub, abrazándome a mí misma cuando el aire frío me golpeó. Saqué el móvil para pedir un taxi, pero antes de que pudiera hacerlo, una voz grave y familiar me detuvo.

—¿Te vas ya?

Levanté la mirada, y mi estómago hizo un giro inesperado cuando lo vi.

James estaba ahí, apoyado contra la pared con las manos en los bolsillos de sus vaqueros, observándome con expresión tranquila.

La luz tenue de la farola recortaba su silueta, y, por un segundo, no supe si el cosquilleo en mi interior era por el whisky o por él.

—Sí —dije, tratando de sonar casual—. Mis amigas están… ocupadas. Y yo ya he tenido suficiente por hoy.

Lo cierto era que, después del incidente con el baboso, mis ganas de probar eso de los rollos informales con un desconocido se habían esfumado por completo.

Me había pasado la noche intentando convencerme de que podía con ese nuevo plan, que era capaz de dejarme llevar sin pensar demasiado, pero la verdad era otra. Si aquella era la sensación de «divertirse sin compromiso», prefería pasar. Al menos, por ahora.

James asintió despacio, con su mirada fija en la mía.

—Vamos, te llevo a casa.

Parpadeé, sin estar segura de haberlo oído bien.

—No hace falta, voy a pedir un taxi.

—A estas horas los taxis tardan. Y no voy a dejar que te vayas sola.

Dudé un segundo antes de preguntar:

—¿Y Theo?

James dejó escapar una leve sonrisa.

—Ocupado. Como tus amigas. No notará mi falta.

Mi estómago se encogió ligeramente sin que pudiera evitarlo.

Sentí un nudo en la garganta. James no me estaba preguntando, me estaba diciendo lo que iba a hacer. Se notaba que estaba acostumbrado a dar órdenes que esperaba que los demás acataran.

—Está bien —acepté, sin fuerzas para discutir.

Una sonrisa apenas perceptible curvó sus labios. Un gesto sutil, fugaz… pero suficiente para acelerar mi pulso.

—Vamos —dijo.

Lo seguí hacia su coche, con el corazón latiéndome más fuerte de lo que me gustaría admitir.

2

James

Tener a Avery a mi lado era peligroso.

Siempre lo había sido.

Desde que la conocí, supe que era justo mi tipo, y precisamente por eso pasé años evitando quedarme a solas con ella. No porque no quisiera. Joder, claro que quería. Sino porque no debía.

Era la hermana de Alex, joder. Intocable.

Había pasado demasiado tiempo convenciéndome de eso. Por eso, cuando íbamos a su apartamento a ver un partido y ella llegaba en pantalones cortos y con el pelo todavía húmedo de la ducha, me aseguraba de sentarme en el otro extremo del sofá.

Por eso, cuando se quedaba sola en la cocina después de las cenas, yo nunca me ofrecía a ayudarla a recoger, aunque me moría por tener una excusa para hablar con ella.

Por eso, cuando la veía con un vestido ajustado en cualquier jodida salida con amigos, me obligaba a mirar a otro lado.

Y ahora la tenía aquí, sentada en el asiento del copiloto de mi coche, con las piernas cruzadas y el pelo castaño, suelto, cayéndole sobre los hombros. Preciosa, con un vestido negro demasiado corto para mi salud mental.

Gritaba peligro.

Me obligué a concentrarme en la carretera, en el sonido del motor, en cualquier cosa que no fuera ella. Porque lo último que necesitaba era olvidar por qué no debía cruzar esa línea.

Cuando vi a ese imbécil intentando sobrepasarse con Avery, no dudé ni un segundo en intervenir.

No podía permitirlo.

La sola idea de que un baboso la tocara me ponía enfermo. Sentí cómo la rabia me subía por la garganta en el momento en que vi su expresión tensa, su cuerpo rígido, su incomodidad evidente. Y antes de darme cuenta, ya estaba apartando al capullo de ella.

Ahora estaba sentada a mi lado en el coche, en silencio, con la mirada fija en la ventanilla. El aire olía a su perfume, a ese maldito olor dulzón que siempre me volvía loco.

Le eché una mirada de reojo y carraspeé, intentando ignorar las ganas absurdas de detenerme en el próximo semáforo, inclinarme sobre ella y hundir la cara en su cuello, solo para olerla más de cerca.

—¿Cómo va el trabajo en la agencia? —pregunté, manteniendo la vista en la carretera.

—Bien —respondió con tono neutral.

—Vendéis casas de lujo, ¿no?

Asintió, acomodándose en el asiento.

—Sí. Mansiones enormes para millonarios que ni siquiera las usan la mitad del tiempo. Como mi madre, que se pasa más tiempo viajando que en casa.

Eso me sacó una sonrisa leve.

—Vuestra casa en el SoHo es increíble.

—Y enorme para una sola persona —respondió Avery con un suspiro—. Pero ya sabes cómo es. Le encanta aparentar.

Sí, lo sabía. La madre de Avery y Alex siempre había sido una mujer elegante, sofisticada y con una obsesión casi enfermiza por las apariencias. Desde que su padre se divorció de ella, aquello solo había ido a peor. Como si necesitara demostrarle al mundo —y a sí misma— que seguía siendo intocable, que seguía teniendo la vida perfecta.

Avery se pasó una mano por el pelo y apoyó la cabeza contra el asiento.

—Supongo que por eso acabé en el negocio inmobiliario. Crecí rodeada de casas enormes y lujosas. Al final, venderlas me resultó lo más lógico.

—Pero ¿te gusta?

Ella asintió, con una sonrisa.

—Lo que más me gusta es ayudar a alguien a encontrar su hogar. Eso sí que es gratificante. Pero también hay momentos en los que no es tan emocionante… —Se encogió de hombros—. Como cuando se trata de un millonario comprando su tercera o cuarta casa solo para presumir. Ahí pierde la magia.

Sonreí de lado y volví la vista a la carretera. Su presencia a mi lado se sentía demasiado cerca, demasiado jodidamente perfecta.

Avery giró la cabeza hacia mí, observándome con curiosidad.

—¿Y a ti cómo te va el trabajo?

—Bien —respondí, manteniendo la vista en la carretera.

—Venga, James, eso no me dice nada. Eres inversor en Wall Street, seguro que tienes alguna historia interesante.

Solté una breve risa.

—Si te interesa oír sobre tipos en trajes caros gritándose cifras y peleándose por quién gana más dinero, entonces sí, mi trabajo es apasionante.

Avery se acomodó en el asiento, girándose ligeramente hacia mí.

—Pues sí, me interesa. Cuéntame.

Le lancé una mirada de reojo, arqueando una ceja.

—¿En serio quieres escuchar historias sobre mercados, acciones y egos descontrolados?

—Definitivamente —asintió con una sonrisa—. Vamos, sorpréndeme.

Solté un suspiro exagerado.

—Está bien. La semana pasada un tío en mi oficina perdió medio millón de dólares en menos de cinco minutos porque se confió demasiado en una operación. Gritó tanto que pensé que le iba a dar un infarto.

Avery abrió los ojos con sorpresa.

—¿Medio millón? ¿De su dinero?

—No, de su cliente —negué con la cabeza—. Créeme, si hubiera sido suyo, se habría tirado por la ventana.

Ella chasqueó la lengua.

—Joder. Eso sí que debe ser estresante.

—Es Wall Street —respondí con un encogimiento de hombros—. O ganas o te comen vivo.

Avery me observó en silencio unos segundos.

—¿Y te gusta? —Me lanzó la misma pregunta que yo le había hecho minutos antes.

Suspiré, centrando la vista en la carretera.

—Siempre se me dieron bien los números —dije al final—. De crío, mientras otros jugaban a videojuegos, yo calculaba cuánto dinero podía ahorrar si invertía mi paga en lugar de gastarla. En el instituto, mientras mis amigos sufrían con las matemáticas, yo sacaba dieces sin esforzarme demasiado. Supongo que era cuestión de tiempo que terminara en este mundillo.

—Así que eres un genio de los números.

Sonreí de lado.

—Digamos que tengo facilidad para ellos.

Avery asintió, como si lo estuviera archivando en su cabeza.

—Entonces, sí te gusta.

Me quedé en silencio un segundo.

—Me gusta ganar —respondí al final—. Y siempre gano.

Avery arqueó una ceja, divertida.

—Vaya, qué humildad.

—No se trata de ser o no humilde. Es un hecho. —Me encogí de hombros.

Ella dejó escapar una risa suave y negó con la cabeza.

—Definitivamente, trabajas en el sitio indicado.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, con la tensión flotando entre nosotros como un hilo invisible. Cuando llegamos a su edificio, detuve el coche frente a la puerta y me quedé con las manos en el volante.

—Gracias por traerme —dijo Avery, quitándose el cinturón.

—No hay de qué.

Abrió la puerta y bajó, y yo me obligué a no mirarla mientras rodeaba el coche para subir los escalones de la entrada.

Pero fallé.

Joder.

Su culo.

Su increíble, perfecto y jodidamente tentador culo.

Apreté la mandíbula y desvié la vista, recordándome a mí mismo, una vez más, que estaba prohibida.

Avery metió la llave en la cerradura y, antes de entrar, giró ligeramente la cabeza hacia mí para decirme adiós con la mano.

Le devolví el gesto y esperé hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Solo entonces solté el aire que había estado conteniendo.

Joder.

Ojalá no estuviera prohibida.

Pero lo estaba.

3

Avery

La casa de Alex y Emma era preciosa.

Una unifamiliar de dos pisos con fachada blanca, un porche amplio y un jardín trasero perfecto para un niño.

No era la típica casa en la que imaginaba a mi hermano, pero supongo que la paternidad lo había cambiado. O, mejor dicho, lo había obligado a cambiar.

Porque si alguien me hubiera dicho hace un año que Alex iba a terminar viviendo en los suburbios con una familia, me habría reído en su cara.

Pero aquí estaba.

Aparqué frente a la casa y llamé al timbre. Unos segundos después, la puerta se abrió y mi hermano apareció con su hijo en brazos.

—Mira quién ha venido, campeón —le dijo al bebé con una sonrisa antes de mirarme a mí —. Ey, peque.

Rodé los ojos.

—Deja de llamarme así, imbécil.

Alex soltó una carcajada y se apartó para dejarme pasar. Era mayor que yo por solo tres minutos, pero le encantaba actuar como si esos minutos le dieran derecho a ser un hermano mayor insufrible.

Entré y, como siempre, me sorprendió lo rápido que mi hermano había pasado de ser un mujeriego sin remedio a un padre de familia. No porque lo hubiera elegido, sino porque una noche de borrachera con Emma terminó con un test de embarazo positivo.

Lo más irónico era cómo se conocieron.

Emma era diseñadora gráfica y la mejor amiga de Charlotte, la esposa de Nate, uno de los mejores amigos de Alex. Por casualidad, había sido la encargada de diseñar la identidad visual de su clínica de cirugía estética y, durante seis meses, tuvieron reuniones por videollamada.

Seis meses en los que Alex le hizo la vida imposible, rechazando sus diseños, exigiendo cambios absurdos, siendo un cliente insufrible. Un cretino total. Emma lo odiaba con ganas.

Hasta que coincidieron en la segunda boda de Charlotte y Nate.

Esa noche, con el alcohol corriendo por sus venas y la tensión acumulada de tantas peleas laborales, pasó lo inevitable.

Y nueve meses después, Oliver estaba aquí.

—Déjame ver a mi sobrino —dije, extendiendo los brazos.

Alex me pasó al bebé y me derretí en cuanto Oliver me dedicó una de esas sonrisas desdentadas. Era un niño precioso, con el pelo revuelto de su madre y los ojos claros de mi hermano.

Me dirigí a la cocina, donde Emma estaba preparando café.

—Avery —me saludó con una sonrisa cansada—. ¿Café?

—Por favor. No sabes cuánto lo necesito.

Dejé a Oliver en su hamaquita y me senté en uno de los taburetes de la isla mientras Emma me servía una taza.

—¿Qué tal la vida familiar? —pregunté, observándola.

Emma suspiró y sonrió.

—Cansada. Caótica. Pero… increíble.

Y la forma en que miró a su hijo me dejó claro que no lo cambiaría por nada.

Pasamos un rato hablando y pedimos algo para comer. Emma se encargó de hacer el pedido mientras acunaba a Oliver en brazos, que empezaba a frotarse los ojos con señales claras de sueño.

—Voy a acostarlo —dijo, despidiéndose con una sonrisa antes de desaparecer por el pasillo.

Me quedé a solas con Alex, quien sacó dos cervezas de la nevera y me pasó una antes de apoyarse en la isla de la cocina.

—¿Qué tal todo? —preguntó, dándole un trago a la suya.

—Bien —respondí, aunque no era del todo cierto.

Llevaba una semana dándole vueltas a lo que había pasado en el pub. O mejor dicho, con James.

No debería.

Pero lo hacía.

Desde que lo vi aparecer aquella noche y apartar al imbécil que me estaba molestando, no podía sacármelo de la cabeza. Y lo peor era que antes de venir, parte de mí había tenido la tonta esperanza de que él también estuviera aquí. Sabía que Theo, James y Nate solían aparecer por casa de Alex de vez en cuando, y aunque no tenía ningún motivo lógico, había sentido esa punzada de expectativa al llamar al timbre.

Obviamente, no había sido así.

Di un sorbo a mi cerveza y, fingiendo el tono más casual posible, solté la pregunta.

—¿Has sabido algo de James estos días?

Alex me miró de reojo antes de responder.

—Lo vi el jueves, quedamos para comer con los chicos. ¿Por?

Jugueteé con la etiqueta de la botella, intentando sonar indiferente.

—¿Te comentó que coincidimos en el Red Moon?

Alex entrecerró los ojos.

—No. ¿Pasó algo?

Negué rápidamente.

—Nada grave. Solo que un imbécil intentó pasarse de listo conmigo y James apareció justo a tiempo para ahuyentarlo.

Mi hermano dejó la cerveza en la encimera con más fuerza de la necesaria.

—¿Qué cojones? ¿Alguien te molestó? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque no fue para tanto. Fue incómodo, sí, pero James lo solucionó en un segundo.

Alex seguía con el ceño fruncido, como si estuviera valorando si levantarse en ese instante e ir a buscar al tipo que me había molestado.

—Dime que al menos le diste un rodillazo en los huevos.

Esbocé una sonrisa.

—James llegó antes de que tuviera oportunidad.

Él suspiró, aún tenso.

—Debes tener más cuidado, Avery.

—Lo sé —murmuré, porque no tenía sentido discutir con él sobre eso.

Hubo un breve silencio antes de que soltara la pregunta que realmente quería hacer desde el principio.

—¿Sabes si James sale con alguien?

Alex me lanzó una mirada de advertencia.

—¿En serio, Avery?

Me encogí de hombros, como si no me importara demasiado la respuesta.

—No es que me interese —solté rápidamente, intentando sonar indiferente—. Solo sentía curiosidad.

Alex me miró con incredulidad y soltó una risa seca.

—Ya, claro. Curiosidad.

—Lo digo en serio.

—Avery… —Suspiró, pasándose una mano por el pelo—. James no es para ti.

Apreté los labios, sintiendo una punzada de fastidio.

—¿Y por qué no?

—Porque lo conozco —dijo sin dudar—. Porque lo he visto con mujeres una y otra vez. Y porque sé que, por mucho que digas que quieres probar las relaciones sin compromiso, sigues esperando en secreto la llegada de un príncipe azul.

—No espero ningún príncipe azul —repliqué, cruzándome de brazos.

Alex arqueó una ceja.

—Avery, hay demasiados hombres en el mundo como para que tengas que fijarte precisamente en uno de mis amigos. Si pasara algo entre vosotros y acabara mal, sería un puto lío. Y no quiero tener que elegir entre mi colega y mi hermana solo porque a ti se te ha antojado jugar con fuego.

Antes de que pudiera replicar, Emma regresó con nosotros, justo cuando llamaron a la puerta para entregarnos la comida. Todo a la vez.

Alex fue a recoger el pedido mientras Emma se sentaba frente a mí con una sonrisa cansada.

—Ha caído rendido —dijo, refiriéndose a Oliver—. Últimamente duerme mejor, pero aún hay noches en las que nos tiene en vela.

—Es un bebé, es su trabajo torturaros —bromeé, intentando centrarme en la conversación y no en lo que Alex acababa de decirme.

Nos acomodamos en la mesa y empezamos a comer, hablando de cosas triviales. Emma contó una anécdota de Oliver, Alex se quejó de la cantidad de mensajes que recibía de pacientes a deshoras, y yo asentí y reí en los momentos adecuados.

Pero mi cabeza estaba en otro sitio.

En otra persona.

En James.

No podía dejar de pensar en cómo me había protegido aquella noche. La firmeza con la que apartó al imbécil de mí, la tensión en su mandíbula, la forma en que su mano se cerró sobre el brazo de aquel tipo sin dudarlo ni un segundo. No lo había visto dudar. No había esperado a ver si yo podía manejarlo sola. Simplemente actuó.

Y había algo en eso, en su instinto protector, que me tenía jodidamente atrapada.

Era contradictorio.

Porque si algo había notado siempre con James, era que parecía evitar quedarse a solas conmigo. No era obvio, pero estaba ahí. En las reuniones, en las salidas en grupo, en la forma en que siempre se aseguraba de que hubiera otra persona cerca cuando hablábamos. Como si hubiera una norma no escrita que le impedía cruzar esa línea.

Pero si realmente existía esa norma… ¿por qué sentía que la noche en el pub, por primera vez, la había roto?

Suspiré y jugueteé con la pajita de mi bebida, apartando la mirada del plato.

Ojalá pudiera sacármelo de la cabeza.

Pero, por mucho que lo intentara, no parecía haber forma de hacerlo.

4

James

El mercado estaba en plena ebullición.

Desde mi despacho en Blackwood Capital, una de las firmas de inversión más exclusivas de Wall Street, seguía en tiempo real los movimientos de las acciones en las múltiples pantallas que cubrían la pared. Mi trabajo consistía en gestionar carteras de clientes con patrimonios ridículamente altos y multiplicarles el dinero con inversiones estratégicas. Compraba y vendía activos en cuestión de segundos, negociaba con otros tiburones de la industria y tomaba decisiones que movían millones cada día.

Hoy no era diferente.

—Si no cierras esa operación en la próxima hora, perderás al cliente —solté, apoyándome en el respaldo de mi silla de cuero negro mientras hablaba por teléfono con Carter, uno de mis colegas en la empresa.

—Lo sé, joder —resopló al otro lado—. Pero el cabrón está dudando y no me coge el teléfono.

Miré la pantalla, donde los números fluctuaban en rojo y verde.

—Dale media hora. Si sigue sin responder, véndelo todo. No podemos permitirnos arriesgar esa cantidad.

—¿Y si luego se cabrea?

Sonreí de lado.

—Entonces le dices que, gracias a ti, no ha perdido una fortuna. Si te sigue jodiendo, que se busque otro gestor.

Carter se rio.

—Tío, a veces me pregunto cómo sigues teniendo clientes con esa actitud.

—Porque siempre les hago ganar dinero.

—Maldito arrogante —bufó, pero su tono tenía una mezcla de admiración y fastidio.

Antes de que pudiera responder, mi secretaria apareció por la puerta.

—Señor Weston, el señor Donovan está en la línea dos.

Asentí y colgué con Carter sin despedirme. Cuando Michael Donovan, uno de mis clientes más importantes, llamaba, había que responder.

Presioné el botón del altavoz.

—Michael, dime.

—James, necesito que estudies una posible inversión para mí —su tono era directo, como

siempre—. Una propiedad en Florida. Estoy pensando en convertirla en un hotel boutique, pero quiero saber si vale la pena antes de meterme en algo así.

Me giré en la silla, observando la ciudad a través de los enormes ventanales de mi despacho.

—¿Ubicación?

—Palm Beach. Frente al mar. El sitio es bueno, pero quiero datos concretos. Rentabilidad, proyección, todo eso.

—Puedo revisar los números.

—No solo los números. Quiero una valoración completa. Necesito que alguien con experiencia en bienes raíces me diga si el sitio tiene potencial o es una trampa para inversores idiotas.

Me masajeé el puente de la nariz. Perfecto. Lo que me faltaba: hacer de agente inmobiliario.

—Buscaré un consultor para eso.

—Confío en ti. No quiero a cualquiera.

Fruncí el ceño, pensando.

¿A quién podía pedirle algo así?

Sabía la respuesta.

Avery.

Avery trabajaba en una de las mejores agencias inmobiliarias de lujo de Manhattan, conocía el mercado y tenía experiencia en este tipo de propiedades. Era la opción más lógica.

Pero no podía pedírselo a ella.

Eso significaría… demasiado riesgo.

Me dedicaba a las inversiones, a medir los riesgos de cualquier operación. ¿Y esto? Esto era una jodida apuesta peligrosa.

El dinero, los números, las transacciones… todo eso lo controlaba. Sabía cuándo arriesgar y cuándo retirarme. Sabía cómo jugar mis cartas para salir siempre ganando. ¿Pero Avery? Ella era una variable que no podía predecir.

No importaba cuánto me hubiera repetido que estaba prohibida. No importaba cuánto me esforzara en mantener las distancias. Desde aquella noche en el pub, la imagen de su cuerpo tenso contra el de aquel imbécil me había estado jodiendo la cabeza.

El recuerdo de cómo se había sentido tenerla tan cerca después me había estado torturando. La presión de su cuerpo contra el mío, el calor de su piel, la forma en que encajó como si siempre hubiera pertenecido ahí.

Me jodía admitirlo, pero desde entonces, no había podido quitármela de la cabeza.

Tenía que buscar a cualquier otra persona. No podía meter a Avery en la ecuación, porque sabía que en el momento en el que nuestros caminos se cruzaran demasiado iba a ser imposible seguir ignorando lo que sentía por ella.

Y yo no perdía el control.

Nunca.

***

Durante los siguientes días busqué opciones. Necesitaba encontrar un consultor inmobiliario con experiencia en propiedades de lujo, alguien que pudiera evaluar la inversión sin hacerme perder el tiempo. Hice un par de llamadas, revisé contactos, pero ninguno terminaba de convencerme.

O tenían disponibilidad, o no tenían el nivel que Donovan esperaba. Cuanto más buscaba, más evidente se volvía lo que llevaba días intentando ignorar. Avery seguía siendo la mejor opción. La más rápida. La más eficiente. Y la única que no debería siquiera estar considerando.

Quedé con Theo durante el almuerzo. Como abogado tenía buenos contactos en Nueva York y solía lidiar con contratos inmobiliarios de alto nivel. Si alguien podía recomendarme a un consultor decente, era él.

Nos sentamos en un restaurante cerca de su oficina y, mientras esperábamos la comida, le expliqué la situación.

—Necesito a alguien que evalúe una propiedad en Palm Beach. Alguien bueno, rápido y que entienda el mercado de lujo.

Theo se apoyó en el respaldo de la silla y me miró con una media sonrisa.

—Tío, lo mejor es que se lo pidas a Avery. Le da mil patadas a cualquier otra opción.

Fruncí el ceño y bebí un sorbo de mi café, como si su comentario no me afectara.

—Estoy buscando otras opciones.

—¿Para qué? —Theo arqueó una ceja—. Sabes que es la mejor en lo suyo. Además, confías en ella.

—Ya, no se trata de que no confíe en ella.

El problema era que no confiaba en mí.

Theo me miró con un brillo divertido en los ojos, como si acabara de descubrir algo interesante.

—Espera… ¿ella te gusta?

Fruncí el ceño y solté una risa seca.

—No digas gilipolleces.

—Oh, joder, te gusta. —Theo apoyó los codos en la mesa, disfrutando demasiado de la conversación—. Eso lo explica todo.

—No me jodas.

—No me jodas tú. Llevamos años viéndote esquivarla como si fuera radioactiva.

Apreté la mandíbula.

—Es la hermana de Alex.

—¿Y?

—Y eso significa que es jodidamente intocable.

Theo sonrió de lado.

—O sea, que si no fuera la hermana de Alex, ya habrías intentado algo.

No respondí, y eso fue peor, porque Theo se lo tomó como una afirmación.

—Vale, lo entiendo. Tienes miedo de tirártela. Comprensible. Pero, James, es trabajo. No puedes simplemente ignorarla como mejor opción solo porque temes no poder reprimir tus impulsos.

Rodé los ojos y solté un resoplido.

—No seas imbécil.

—No lo soy —Theo amplió su sonrisa, claramente divertido—. Pero tú sí, si dejas que esto nuble tu juicio. Avery es la mejor opción. Punto.

Apreté la mandíbula, sin ganas de seguir con la conversación. Porque, joder, sabía que tenía razón.

Entonces, añadió con ese tono suyo de suficiencia:

—Llámala y pídele que te ayude. O sigue buscando a alguien peor, solo para poder engañarte y dormir tranquilo por las noches.

Le lancé una mirada asesina, pero él solo sonrió, tranquilo.

—Eres un cabrón —murmuré.

—Soy un cabrón que tiene razón.

Maldito Theo.

5

Avery

—No, señor Collins, no puede tirar esa pared.

Mi tono era firme, aunque mi paciencia pendía de un hilo. El tipo al otro lado de la mesa me miró con una sonrisa arrogante, como si supiera más que yo, a pesar de que me había contratado precisamente porque no tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo.

—Pero quiero un concepto de espacio abierto —insistió, moviendo las manos como si eso le diera la razón—. Quiero más luz y más amplitud.

Inspiré hondo.

—Si tira esa pared, la casa entera se vendrá abajo. Es un muro de carga.

Collins chasqueó la lengua y desvió la mirada hacia los planos sobre la mesa de reuniones.

—Bueno, seguro que hay alguna forma de reforzarlo…

—Sí, con una reforma estructural que le costará una fortuna y retrasará la obra durante meses. No es recomendable.

Él me miró fijamente, intentando decidir si seguía discutiendo conmigo o aceptaba la realidad. Al final, suspiró y se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—De acuerdo, haré caso a la experta.

Le dediqué una sonrisa profesional, aunque por dentro solo quería deshacerme del maldito estrés.

—Buena elección.

Cuando por fin salió de la oficina, me dejé caer en mi silla y me masajeé las sienes. Dios, qué día.

Lidiar con clientes como Collins era parte del precio de dirigir Griffin Realty, mi propia agencia inmobiliaria especializada en propiedades de lujo en Manhattan. Sabía que trabajar con millonarios significaba grandes comisiones y prestigio, pero también significaba aguantar caprichos absurdos y explicarles, una y otra vez, que no podían hacer lo que les daba la gana solo porque tenían dinero.

Mi despacho, en la planta 22 de un rascacielos en el Upper East Side, era espacioso y elegante, y tenía unos grandes ventanales que ofrecían vistas panorámicas de Central Park.

Todo en él estaba diseñado para transmitir exclusividad: muebles de diseño en tonos neutros, estanterías con catálogos de propiedades valoradas en millones y una máquina de café que valía más que algunos alquileres en la ciudad.

Apoyé la cabeza en el respaldo de la silla, cerrando los ojos por un segundo, antes de volverme hacia la pantalla del ordenador. Aún tenía demasiado trabajo pendiente.

Entonces, mi móvil vibró sobre la mesa.

Lo miré sin demasiado interés… hasta que vi el nombre en la pantalla.

James.

Hacía una semana que no sabía nada de él, desde aquella noche en el pub. ¿Por qué me llamaba ahora?

Respiré hondo antes de contestar.

Mi estómago dio un vuelco inesperado.

Hacía una semana que no sabía nada de él, desde aquella noche en el pub. ¿Por qué me llamaba ahora?

Respiré hondo antes de contestar.

—¿James?

—Avery —su voz sonó firme, segura, como siempre—. ¿Puedes verte conmigo? Estoy cerca de tu oficina. Te invito a un café.

Fruncí el ceño.

¿James queriendo verme?

Él, que siempre parecía evitar quedarse a solas conmigo. Que, en todas las reuniones o salidas en grupo, nunca buscaba conversación más allá de lo estrictamente necesario.

¿Y ahora quería verse conmigo?

Mi corazón se aceleró, traicionero.

—Claro —respondí, intentando que mi voz sonara despreocupada—. ¿Dónde?

—Hay un sitio a dos manzanas de tu oficina. Te mando la ubicación.

—Vale. Dame diez minutos.

Colgué y me quedé mirando el teléfono, como si pudiera encontrar respuestas en la pantalla.

James Weston nunca me había llamado para pedirme que nos viéramos.

Nunca.

¿Qué querría?

Caminé hasta la cafetería con el corazón latiéndome un poco más rápido de lo normal. No tenía sentido estar nerviosa. Era James. Pero, por alguna razón, mi estómago se encogió en cuanto crucé la puerta del local.

Y entonces lo vi.

Estaba sentado en una mesa junto a la ventana, con una mano apoyada en la mesa y la otra sujetando el móvil. Guapísimo, joder.

Llevaba una camisa azul oscuro, remangada hasta los codos, resaltando sus antebrazos fuertes. El reloj de lujo en su muñeca captó mi atención por un segundo, pero mi mirada subió hasta su rostro, hasta esa mandíbula cincelada y la ligera sombra de barba de varios días que le

daba un aire aún más atractivo.

Sus ojos, de un castaño intenso, me encontraron enseguida.

Y sonrió.

No fue una sonrisa amplia, no. Solo un gesto leve, casi imperceptible, un gesto que siempre me había parecido jodidamente irresistible.

Inspiré hondo y me obligué a caminar hasta él, fingiendo que no me afectaba en absoluto.

—James.

—Avery —asintió, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿Cómo estás?

¿Desde cuándo se interesaba por cómo estaba?

—Bien —dije, sentándome frente a él.

Un camarero apareció enseguida y pedimos café. Latte para mí, solo para él.

Cuando volvimos a quedarnos a solas, entrelacé los dedos sobre la mesa y lo miré, expectante.

—Vale, dime. ¿Qué ocurre?

James apoyó un codo en la mesa y se pasó una mano por la mandíbula, como si aún estuviera decidiendo cómo soltarlo.

—Necesito pedirte un favor.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tipo de favor?

—Tengo un cliente que está considerando invertir en una propiedad en Palm Beach…

—Pensaba que solo invertías en bolsa y activos financieros —lo interrumpí, arqueando una ceja.

—No —negó con calma—. También me encargo de inversiones inmobiliarias de alto nivel. De vez en cuando.

—Vaya, qué versátil —murmuré, dándole un sorbo a mi café.

Él ignoró mi comentario y continuó.

—El punto es que este cliente quiere convertir una propiedad en un hotel boutique, pero antes de cerrar el trato necesita asegurarse de que es una buena inversión. Y ahí es donde entras tú.

Me quedé en silencio unos segundos, procesando sus palabras.

—¿Quieres que evalúe la propiedad?

Asintió.

—Quiero que hagas lo que mejor sabes hacer.

Esa frase tenía múltiples interpretaciones, y mi cerebro, traicionero como siempre, eligió la

menos profesional de todas.

Sentí una sacudida en el estómago, pero me obligué a mantener la compostura, ignorando el doble sentido que mi mente le había dado a sus palabras.

—Vale, pero para hacer una evaluación realista necesito ver el sitio en persona.

—Por eso necesito que vengas conmigo a Palm Beach.

Parpadeé, intentando procesar lo que acababa de decir.

Espera… ¿James quería que viajara con él a Palm Beach, Florida?

—Obviamente te pagaría bien —añadió—. Además de hacerme cargo del viaje y la estancia allí.

Dejé la taza de café sobre la mesa, sin apartar la mirada de él.

—Así que, básicamente, me estás contratando.

—Básicamente.

Fruncí el ceño, intentando ignorar el nudo extraño que se estaba formando en mi pecho. Un viaje de trabajo. Con James. Sola.

—¿Cuánto tiempo crees que nos llevará?

—Tres días.

Tres días compartiendo espacio con él.

Tres días viéndolo sin la barrera de mi hermano de por medio.

—¿Y por qué yo?

—Porque eres buena en lo que haces. Y porque necesito una valoración rápida y fiable.

Asentí. No quería tirarme flores, pero sabía que un perfil como el mío era difícil de encontrar.

Tenía experiencia y mi inmobiliaria estaba especializada en propiedades de lujo, justo el tipo de inversión que James necesitaba evaluar. Sabía detectar cuándo una propiedad tenía potencial y cuándo era solo una fachada bonita sin verdadera rentabilidad.

—Tiene sentido —admití, dándole otro sorbo al café—. ¿Cuándo quieres que viajemos?

—El próximo viernes.

Parpadeé.

—¿Tan pronto?

—Mi cliente quiere cerrar el trato cuanto antes.

Asentí despacio, procesándolo.

—Está bien —dije finalmente, ignorando la sensación de adrenalina que me recorrió el cuerpo—. Cierra los detalles y avísame.

James esbozó esa sonrisa leve, casi imperceptible, que siempre me desarmaba un poco.

—Hecho.

6

Avery

Pasé por una cafetería antes de ir a casa y, de paso, hice una parada en la de Alex y Emma. Provisiones de emergencia, lo llamaba yo.

Sabía que Emma seguía en modo madre zombi desde que Oliver nació, y lo mínimo que podía hacer era llevarle café del bueno y algo de azúcar para que sobreviviera a lo que quedaba del día.

Aparqué frente a la casa, subí los escalones y llamé al timbre.

Tardó unos segundos en abrir, y cuando lo hizo, la vi con su moño despeinado y una taza de té en la mano.

—¡Vengo con provisiones! —anuncié, entrando sin esperar invitación.

Emma arqueó una ceja con diversión.

—¿Provisiones?

Levanté la bolsa de papel con orgullo.

—Croissants de chocolate y café recién hecho. Lo mínimo que puedo hacer por mi sobrino favorito.

—Es tu único sobrino.

—Lo cual lo convierte automáticamente en mi favorito.

Emma rodó los ojos, pero sonrió mientras cerraba la puerta. La seguí hasta el salón y, en cuanto vi a Oliver dormido en su moisés, dejé escapar un suspiro dramático.

—Dios, es tan guapo que me dan ganas de llorar.

Emma sonrió y se dejó caer en el sofá.

—Alex dice lo mismo cada diez minutos.

—Y con razón. —Me acerqué al moisés y rocé con cuidado su diminuta manita—. Prepárate, Oliver, porque voy a ser la tía que te malcríe, te llene de azúcar y te compre todo lo que tus padres te nieguen.

Emma me miró con fingida sospecha.

—Lo sabía. Tenías un plan oculto.

—Siempre.

Nos acomodamos en el sofá con los croissants y las bebidas. El primer sorbo de café me quemó la lengua, pero no me importó. Después de un día de trabajo agotador, aquello era lo más parecido a la gloria.

—¿Y qué tal el trabajo? —preguntó Emma entre bocados.

Solté un bufido y me recosté contra el respaldo.

—Una locura, como siempre. Y la semana que viene tengo un viaje de trabajo.

—¿Ah, sí? ¿A dónde?

—James quiere que lo acompañe a visitar una propiedad fuera de la ciudad. Está pensando en comprarla para un cliente, pero quiere asegurarse de que es una buena inversión antes de cerrar el trato.

Emma bajó su taza de café y me miró con curiosidad.

—¿James te pidió que lo acompañaras?

—Sí. Quiere mi opinión como asesora inmobiliaria. —Me encogí de hombros, fingiendo indiferencia.

Emma no dijo nada al principio, solo me observó mientras yo mordía mi croissant, esquivando su mirada como quien no quiere la cosa.

Sabía que estaba analizándome.

Emma no era tonta.

No era la primera vez que notaba su mirada sospechosa cuando James y yo coincidíamos. No era la primera vez que sentía esa silenciosa evaluación suya, como si estuviera intentando juntar las piezas de un puzle.

Y viendo su expresión en ese momento, estaba segura de que en su cabeza había una gran pregunta flotando en el aire.

Pero antes de que pudiera hacer esa pregunta en voz alta, volvieron a llamar al timbre.

—Vaya, sí que está la cosa concurrida hoy —dijo Emma, levantándose para abrir.

Escuché murmullos en la entrada y, segundos después, apareció con Charlotte, su mejor amiga. La había conocido en el baby shower que le organizó a Emma, y ahora, viéndola de nuevo, no me pasó por alto el pequeño abultamiento en su panza.

¿Estaba embarazada? Seguro que Nate se había puesto muy feliz. Ese CEO arrogante e insoportable moría de amor cuando se trataba de su esposa.

—Vengo con provisiones —anunció Charlotte con una sonrisa, levantando una bolsa.

Emma soltó una risa.

—Alguien se te ha adelantado.

Charlotte miró la mesa, donde aún quedaban croissants y café, y arqueó una ceja divertida.

—¿Azúcar y cafeína? Me gusta cómo pensáis.

Dejó la bolsa en la mesa y me dedicó una sonrisa cálida antes de llevarse una mano a la barriga.

—¿Cómo estás? —pregunté, señalando su vientre.

—Cansada. Hambrienta. Y sin derecho a café, lo que es una tortura —dijo con un puchero antes de desplomarse en el sofá junto a nosotras—. ¿Sabéis lo duro que es ver a Nate beber café cada mañana mientras yo me tengo que conformar con infusiones?

—Y eso que trabajas rodeada de café —comentó Emma con una sonrisa.

Charlotte resopló.

—Exacto. Sirvo café todo el día en la bakery, pero no puedo tomarlo. Es una cruel ironía.

Charlotte era la dueña de Sweet Beginnings, una pequeña bakery en el centro de Manhattan, famosa por sus pasteles caseros y su café de especialidad. Su negocio era su orgullo, su pasión… y, ahora mismo, según parecía, su tortura personal.

—Bueno, al menos tus clientes están felices —dije, sonriendo—. Por cierto, felicidades por el bebé.

Charlotte sonrió con orgullo.

—Gracias. Ha sido una locura, pero al final todo está encajando. Ahora solo tengo que sobrevivir a un embarazo mientras llevo un negocio y finjo que no me muero por un café con extra de expreso.

Reí y le pasé un croissant.

—Aquí tienes, lo más parecido a una dosis de felicidad.

Charlotte lo aceptó con una sonrisa y, mientras mordía un trozo, su mirada pasó de Emma a mí, deteniéndose en mi café.

—Vale, contadme. ¿De qué hablábamos antes de que os interrumpiera?

Emma y yo nos miramos.

Su sonrisa sigilosa me dejó claro que no se le había olvidado la conversación sobre James.

—Avery me estaba contando que tiene un viaje de trabajo con James la semana que viene —soltó Emma, como si fuera un comentario casual.

Charlotte arqueó una ceja con interés mientras daba otro mordisco a su croissant.

—¿Ah, sí?

—Para valorar una propiedad en Palm Beach —especifiqué rápidamente, como si eso hiciera que sonara más profesional y menos… peligroso.

Porque, joder, sabía que era peligroso.

Charlotte me miró con una sonrisa divertida.

—¿Trabajo, eh?

—Exacto. Trabajo. Nada más.

Emma dejó su taza sobre la mesa con demasiada lentitud, como si saboreara la situación.

—¿Y cuánto tiempo vais a estar de viaje?

—Tres días. Será algo bastante rápido. Llegar, visitar la propiedad, hacer la evaluación y

volver.

—Tres días con James Weston. Suena… interesante —añadió Charlotte.

—Suena profesional —corregí, llevándome la taza de café a los labios para disimular lo mucho que no quería seguir con esa conversación.

—Solo quiero que recuerdes esto: las dos presentes aquí empezaron con algo que sonaba profesional… y terminaron casadas y con bebé —añadió Emma.

Sabía que se refería a su propia historia con mi hermano.

Y Charlotte no era la excepción. Antes de abrir su bakery, había sido la secretaria de Nate. Su matrimonio ni siquiera empezó por amor, sino por contrato.

Por lo que me contaron, Nate necesitaba casarse por razones legales relacionadas con su empresa, y Charlotte, por algún motivo que nunca llegué a entender del todo, aceptó. Lo que empezó como un acuerdo frío y calculado terminó en una historia de amor real.

Las miré a las dos, entrecerrando los ojos.

—Vale, genial, pero yo no planeo seguir vuestros pasos.

Charlotte sonrió con diversión.

—Nadie lo planea, hasta que pasa. Créeme. Nunca hubiera pensado que terminaría compartiendo la vida con el insoportable de mi jefe.

Emma soltó una risa y asintió.

—Y yo nunca pensé que acabaría casada con el imbécil mi cliente.

—Muy bonito, pero que os haya pasado a vosotras no significa que me tenga que pasar también a mí.

Charlotte me miró con una sonrisa traviesa.

—Solo digo que el destino tiene formas muy retorcidas de jugar con la gente.

***

Una vez en casa, me puse el pijama, ese que usaba cuando quería sentirme cómoda y no diosa, y me serví una copa de vino mientras las palabras de Emma y Charlotte seguían dándome vueltas en la cabeza.

Sabía que sus historias no eran la norma. Que no todas las mujeres conseguían domar a un mujeriego y convertirlo en el hombre perfecto. Que no todas las relaciones nacidas de un error o de un contrato terminaban en finales felices.

Ellas lo habían conseguido, sí, pero eso no significaba que me fuera a pasar lo mismo.

Los mujeriegos no se reformaban de la nada.

Además, ¿para qué iba a perder el tiempo dándole vueltas a algo que ni siquiera existía?

James Weston nunca me había dado señales de que le gustara. Todo lo contrario. Siempre

había parecido querer mantener las distancias conmigo.

No era su tipo.

Lo tenía claro.

Así que, aunque me doliera admitirlo, no iba a llenarme la cabeza de pájaros.

Porque lo último que necesitaba era obsesionarme con alguien que, claramente, no veía en mí lo mismo que yo veía en él.

7

James

Aquella noche quedé con los chicos en el Club VIP, un club privado en el corazón de Manhattan donde el lujo y la discreción iban de la mano. No era el típico sitio abarrotado de celebridades ni un bar ruidoso lleno de gente intentando aparentar. Era exclusividad real, con sillones de cuero, luces tenues y un ambiente tan selecto que incluso para ser socio había que pasar un filtro riguroso.

Era nuestro refugio.

Desde que nos conocimos en la universidad, Alex, Theo, Nate y yo habíamos mantenido la tradición de vernos aquí cada cierto tiempo, aunque nuestras vidas hubieran tomado caminos distintos.

Un grupo improbable, unido por un equilibrio extraño pero efectivo:

El inversor brillante. Yo.

El cirujano perfeccionista. Alex.

El abogado sarcástico. Theo.

El empresario decidido. Nate.

A pesar de todo, seguíamos encontrando tiempo para quedar, hablar de todo y de nada, beber demasiado y soltar opiniones no solicitadas.

Entré en el club, saludé al recepcionista con un leve gesto de cabeza y avancé hacia nuestra mesa privada en la esquina más discreta del salón. Theo ya estaba allí, revisando algo en su móvil con una copa de whisky a medio terminar frente a él.

—Por fin, Weston —dijo sin levantar la vista de la pantalla—. Pensé que tu novia, la Bolsa, te había retenido hasta tarde.

Me dejé caer en el sillón frente a él y solté un resoplido.

—La Bolsa y sus inversores idiotas.

Theo sonrió de lado y dejó el móvil sobre la mesa.

—Venga, ¿a quién has desplumado hoy?

—A nadie que no se lo mereciera.

Él soltó una carcajada justo cuando Alex apareció, saludándonos con un gesto antes de sentarse a mi lado.

—¿Dónde está Nate? —pregunté.

—En casa, siendo un hombre de familia responsable —respondió Alex, llamando al camarero con un movimiento de mano—. No todos podemos permitirnos la vida de soltero

eterno. Algunos tenemos prioridades.

—No hace ni seis meses que nació Oliver y ya hablas como un padre veterano —comentó Theo con una sonrisa burlona.

Alex rodó los ojos, pero no pudo ocultar la sonrisa orgullosa que le salió al mencionar a su hijo.

—Y Nate va por el mismo camino. Charlotte está ya de 15 semanas. En nada estará igual de desesperado que yo por poder dormir una noche entera.

—Está claro que hay una epidemia —dije riendo.

Alex se rio.

—Pues cuidado, vosotros podéis ser los siguientes. Pronto, en lugar del club, tendremos que hacer las quedadas en chiquiparks con animadores y castillos hinchables.

Theo y yo nos miramos, compartiendo el mismo sentimiento: ni de coña. Puede que nuestros amigos hubieran caído rendidos a la promesa del amor verdadero, pero eso quedaba lejos de nosotros.

O eso creíamos.

Porque, por mucho que intentara ignorarlo, había alguien en mi cabeza. Alguien que llevaba días jodiéndome la paz mental.

—Por cierto, hablando de niños, Emma me contó que Avery pasó por casa y mencionó que le habías ofrecido un trabajo para viajar contigo a Palm Beach para valorar una propiedad.

No se me pasó por alto cómo lo dijo.

Como dejando claro que para él Avery era una niña y que yo debía verla de la misma manera.

Apreté la mandíbula antes de responder.

—No seas capullo, solo le sacas unos pocos minutos a tu hermana. No es una niña.

Alex apoyó el codo en la mesa y entrecerró los ojos.

—Para ti debería serlo.

Solté una risa seca.

—¿Qué cojones significa eso? La he contratado porque es la mejor profesional de la ciudad, no porque tenga pensado profanar su honor.

Alex me miró con esa expresión seria y jodidamente protectora que siempre ponía cuando se trataba de Avery.

—Solo digo que más te vale que eso sea lo único que significa para ti, porque sospecho que a mi hermana le importa muy poco su honor y más cuando se trata de ti.

Fruncí el ceño.

—No te sigo.

Alex soltó un resoplido, como si le fastidiara tener que explicarlo.

—No te hagas el tonto, está claro que a ella le gustas. Y no me extrañaría que intentara algo en este viaje, así que espero que no aproveches la situación para seducirla.

Me quedé en silencio unos segundos, procesando sus palabras.

¿Yo le gustaba?

Por supuesto que había notado cierta vibración cuando estábamos juntos. Chispazos. Momentos en los que su mirada se mantenía un segundo más de lo necesario, en los que su cuerpo parecía inclinarse sutilmente hacia el mío sin darse cuenta. Pero siempre había asumido que era unidireccional, que era mi problema y que ella no sentía lo mismo.

Y la idea de que fuera compartido me golpeó con fuerza.

No debería haberme importado.

Pero lo hizo.

Carraspeé, disimulando lo mucho que me había afectado.

—No voy a aprovecharme de nada, ¿por quién me tomas?

Alex dejó su vaso sobre la mesa con un golpe seco y me sostuvo la mirada.

—Por un mujeriego que se folla todo lo que se mueve con un buen culo y unas buenas tetas.

Theo soltó una carcajada, pero yo no me inmuté.

—Yo he estado en tu lugar —continuó Alex—. Sé cómo sois los hombres como tú. Solo digo que no metas a mi hermana en tu lista de mujeres con las que pasar el rato. Ahora dice que ha dejado de creer en el amor y que quiere experimentar con el sexo casual, pero la conozco. Por mucho que diga, sigue esperando la llegada de un príncipe azul que le haga vivir su propio cuento de hadas. Y déjame decirte, que tú nunca serás ni príncipe ni azul.

Sus palabras se clavaron como dagas. Alex tenía razón, yo no podía ser el príncipe azul de nadie. No había mantenido una relación seria desde la universidad, desde que mi novia de entonces me destrozó el corazón.

Ahora, la Bolsa era mi amor más constante, la única relación que realmente contaba con mi compromiso y atención. El trabajo me daba estabilidad, me daba control.

Las mujeres, en cambio, eran pasajeras.

No porque no me gustaran. Me encantaban. Pero no me imaginaba con ninguna a largo plazo.

Y Avery… Avery no era pasajera.

Era el tipo de mujer que, si dejabas entrar en tu vida, se quedaba.

El tipo de mujer que, si le dabas la oportunidad, podría hacerte querer más.

Y yo no estaba hecho para el «más». O eso creía. Pensé que mi ex me había jodido hasta tal punto que me había quitado cualquier posibilidad de volver a creer en el amor.

Por eso, lo único inteligente era mantenerme lejos de ella.

Y, joder, era justo lo contrario a lo que iba a hacer.

Íbamos a pasar tres días juntos. Tres días compartiendo cada puto segundo de nuestra existencia.

Bueno, tres días no eran para tanto, ¿no?

Podía mantenerlo profesional. Podía mantener las distancias.

Eso pensaba.

Entonces aún no sabía que tres días serían suficientes para poner mi vida patas arriba.

8

Avery

La mañana del viaje madrugué más de lo necesario.

James me había enviado un mensaje la noche anterior, avisándome de que pasaría a recogerme a las seis en punto. Eso significaba que tenía que estar lista, despierta y, sobre todo, decente.

Después de ducharme, me puse unos vaqueros ajustados de tiro alto, un top negro de manga larga y un blazer beige. Era lo suficientemente elegante para mantener el aire profesional, pero lo bastante cómodo para soportar un vuelo temprano.

Completé el look con unos botines de tacón bajo y recogí mi pelo en una coleta pulida.

Sencilla, práctica, sin complicaciones.

Nada que pudiera malinterpretarse.

Porque, si algo tenía claro, era que los próximos tres días iban a ser una prueba de resistencia.

Tres días con James Weston.

Tres días de vuelos, reuniones, visitas a propiedades y, sobre todo, compartiendo demasiado espacio personal con el único hombre que llevaba años afectándome más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pero era trabajo. Solo trabajo.

Suspiré, agarré mi maleta de mano y bajé en el ascensor. Cuando salí del edificio, lo vi apoyado en su coche.

No dentro. Fuera. Esperándome.

Vestía con la misma elegancia relajada de siempre: pantalones oscuros, camisa blanca remangada hasta los codos y ese puto reloj de lujo que parecía formar parte de su piel.

Y entonces lo vi. La forma en la que me miraba.

No era descarado, pero tampoco era indiferente.

Era intenso. Como si estuviera evaluándome. Como si estuviera intentando leer algo en mí que no estaba seguro de querer encontrar.

Tragué saliva y ajusté la correa de mi bolso, obligándome a caminar hacia él como si aquella mirada no me hubiera dejado en un estado ridículo de alerta.

James mantuvo la vista fija en mí hasta que estuve lo bastante cerca.

—Buenos días. O no sé si a estas horas sea correcto decir eso —bromeó con su voz grave y ligeramente ronca por la mañana.

Solté una risa suave. Joder, ni siquiera había hablado más de dos frases y ya estaba sintiendo cosas que no debía.

Antes de que pudiera responder, se giró y sacó algo del asiento trasero.

—Pensé que podrías necesitar esto —dijo, tendiéndome un vaso de cartón.

Café.

Lo miré, sorprendida, mientras lo tomaba.

—¿Me has traído café?

James esbozó una de esas medias sonrisas suyas que siempre parecían estudiadas para desarmarte.

—No soy tan cabrón como para obligarte a estar despierta a estas horas sin una ayuda extra.

Y, como si fuera lo más normal del mundo, abrió la puerta del coche y esperó a que subiera.

Bien. Vale. No pasa nada.

Ignoré el calor repentino en mi pecho, di un sorbo al café y entré en el coche. Sentí su mirada fija en mí durante unos segundos más de los necesarios antes de cerrarme la puerta.

Respiré hondo y me puse el cinturón, notando mi corazón latiendo demasiado rápido.

***

El aeropuerto estaba tranquilo a esas horas, y James me guio directamente a la zona VIP como si fuera algo completamente rutinario para él. Para mí también lo era, de alguna forma. Mi familia tenía dinero, había estado en salas VIP antes y había volado en primera clase más veces de las que podía contar.

Pero, con él, se sentía diferente.

Intenté ignorar la forma en que mi corazón latía con cada pequeño intercambio, con cada mirada, con cada roce accidental de nuestros brazos al caminar. La culpa de todo era de Emma y Charlotte, metiéndome ideas en la cabeza.

James no estaba haciendo nada especial. Era amable, simplemente eso. Educado, tranquilo, completamente profesional.

Nos sentamos en la cafetería y pedimos algo mientras esperábamos la hora de embarque. Yo opté por un muffin de arándanos y un café con leche, el segundo de la mañana; él, por un café solo, como si necesitara mantenerse despierto y alerta en todo momento.

—La finca que vamos a ver tiene una extensión considerable —comentó, apoyando los codos sobre la mesa y cruzándose de brazos—. Quieren convertirla en un hotel boutique, pero la propiedad lleva años sin aprovecharse realmente.

Asentí, tomándome mi tiempo para masticar antes de responder.

—¿Has visto fotos?

— Sí. Y parece estar bien conservada, pero una cosa es verla en imágenes y otra muy distinta evaluarla en persona. Quiero asegurarme antes de decirle a mi cliente que invierta millones en ella.

Di un sorbo a mi café y lo miré con curiosidad.

—¿Qué vuelo tenemos?

Él se tomó un segundo antes de responder, como si disfrutara alargar la revelación.

—Ninguno.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que ninguno?

—Volamos en jet privado —dijo con naturalidad—. Mi cliente nos lo presta para la ocasión.

Me quedé en silencio un segundo, procesándolo.

—Ah.

No era la primera vez que me rodeaba de lujos, pero sí la primera vez que iba a volar en un jet privado.

—Tu cliente debe de ser asquerosamente rico —comenté, removiendo mi café.

James asintió.

—Lo es. Tiene inversiones en prácticamente todo lo que da dinero: bienes raíces, tecnología, energía… Ya ni siquiera trabaja, solo deja que su fortuna crezca sola.

—Vaya, qué sacrificio —dije con ironía, llevándome otro trozo de muffin a la boca.

Él dejó su taza sobre la mesa y me miró con diversión.

—No es tan diferente a tu familia.

—Puede ser, pero nosotros al menos fingimos que trabajamos —repliqué—. Y, por cierto, tú tampoco estás mal en ese sentido. No te hagas el humilde.

James soltó una risa baja.

—Soy rico ahora. Pero no siempre lo fui.

Lo miré con interés. Sabía que James manejaba grandes cantidades de dinero, pero nunca me había parado a pensar en cómo había llegado hasta ahí.

—¿A qué te refieres?

Él se apoyó en el respaldo de la silla, como si estuviera recordando.

—A que, a diferencia de Alex, Theo y Nate, yo no crecí rodeado de dinero. Mi familia era modesta. No nos faltaba nada, pero tampoco nos sobraba.

Fruncí el ceño. No me lo esperaba.

—¿En serio?

Asintió.

—En la universidad, mientras vosotros os ibais de vacaciones a Europa, yo trabajaba los veranos para poder pagarme mis cosas sin depender de nadie.

—No tenía ni idea.

—No lo iba contando por ahí.

Bebió un poco más de su café antes de continuar.

—Durante la universidad hice una inversión con algo de dinero que había ahorrado. Era arriesgado, pero salió bien. Muy bien. Gané lo suficiente para seguir invirtiendo, y de ahí… bueno, ya sabes cómo terminó la historia.

Lo sabía. Terminó en Wall Street, con una fortuna que la mayoría de la gente no vería en su vida.

Lo observé unos segundos, intentando imaginarme a un James diferente, uno que no tuviera todo bajo control, uno que no fuera el hombre seguro y millonario que tenía delante.

—Impresionante —admití al final.

Él sonrió con un deje de orgullo.

—No estuvo mal.

Y por alguna razón, esa frase me hizo sonreír también.

***

El embarque fue rápido y sin complicaciones. Subimos al jet privado y, en cuanto entré, no pude evitar recorrer el interior con la mirada. Espacioso, elegante, exageradamente lujoso. No es que me sorprendiera, pero una cosa era ver estas cosas en películas y otra muy distinta estar ahí, a punto de despegar en uno de ellos.

Nos acomodamos en los asientos de cuero y, mientras James sacaba su portátil con la clara intención de trabajar durante el vuelo, yo decidí hacer lo contrario. Si iba a pasar tres días trabajando duro, al menos me los iba a tomar con calma durante el vuelo.

Saqué mi iPad, me puse los auriculares y busqué una serie ligera, algo fácil de ver y que no requiriera demasiada atención. En cuanto despegamos, me acomodé mejor en el asiento y dejé que el sonido de los diálogos y el ronroneo del avión me envolvieran.

No supe en qué momento me quedé dormida.

Lo siguiente que sentí fue un ligero movimiento, seguido de una calidez extraña contra mi mejilla. Parpadeé, desorientada, y cuando me incorporé, mi estómago se encogió al darme cuenta de lo que acababa de pasar.

Había estado durmiendo con la cabeza apoyada en el hombro de James.

Tragué saliva, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

—Oh, mierda —murmuré, apartándome rápidamente y pasándome una mano por la cara.

James cerró su portátil y me miró con diversión.

—¿Has dormido bien?

—Sí… sí, perdón, no era mi intención…

Pero entonces lo vi.

La mancha.

En su chaqueta. Justo en el hombro donde había apoyado la cabeza.

Le había babeado el hombro.

Cerré los ojos un segundo, queriendo desaparecer.

—Dios… lo siento, de verdad.

Cuando volví a abrirlos, James estaba mirándome con una sonrisa ladeada, disfrutando demasiado de la situación.

—Bueno, esto es nuevo —dijo, tocando su hombro con los dedos—. No suelo causar este tipo de reacciones en las mujeres.

Rodé los ojos, aún con la cara ardiendo.

—Cállate.

—No, en serio, es todo un honor. Me han dicho muchas cosas al despertar después de pasar un buen rato, pero «lo siento, te he babeado» nunca había estado en la lista.

Bufé, llevándome las manos a la cara.

—Por favor, para.

James se rio, divertido, y negó con la cabeza.

—Tranquila, Avery, lo superaré. Aunque no sé si esta chaqueta podrá hacerlo.

Lo fulminé con la mirada, pero él solo siguió sonriendo.

Yo sí que sé seducir a un hombre que me gusta, pensé, avergonzada mientras desviaba la mirada hacia el exterior.

9

Avery

Alquilamos un coche en el aeropuerto y condujimos hasta el hotel. El St. Regis era exactamente lo que esperaba. Lujo en cada detalle, desde la entrada imponente hasta el servicio impecable. En la recepción, nos dieron habitaciones contiguas. Algo que no debería haberme afectado en absoluto, pero lo hizo.

Después de dejar nuestras cosas, quedamos para almorzar en el restaurante del hotel antes de salir hacia la finca. La idea era hacer un primer reconocimiento antes de la visita oficial del día siguiente con el gestor que la administraba. Cuanta más información tuviéramos de antemano, mejor.

Nos sentamos en una mesa con vistas al jardín y echamos un vistazo al menú.

—Voy a pedir la ensalada de langosta y un *iced tea* —dije, dejando la carta sobre la mesa.

James alzó una ceja.

—¿Langosta en una ensalada? Eso es un crimen.

—Lo dice el que seguro que va a pedirse un filete a estas horas.

—Exacto —respondió sin una pizca de culpa—. Y con patatas fritas.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír mientras el camarero tomaba el pedido.

Mientras esperábamos la comida, saqué mi iPad y lo apoyé sobre la mesa.

—He estado revisando la documentación de la propiedad, comparando con otras propiedades similares en la zona. Sobre el papel, parece una buena inversión.

James se apoyó en el respaldo de la silla y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—¿Pero…?

—Pero falta verla en persona. Hay muchas cosas que no aparecen en los informes: estado real del terreno, posibles problemas estructurales, incluso detalles tan simples como la sensación del lugar. Un hotel boutique necesita algo más que una buena ubicación, necesita un factor diferenciador.

James asintió, pensativo.

—Eso es lo que quiero que me digas después de la visita. Si esta propiedad tiene ese algo o si es mejor que mi cliente busque otra opción.

—Para eso estamos aquí.

El camarero llegó con nuestros platos y mi ensalada se veía increíble, aunque James me miró con una mezcla de burla y decepción cuando le di el primer bocado.

—Sigues pensando que es un crimen, ¿verdad?

—Totalmente —dijo, cortando su filete—. Pero te lo perdonaré si tienes razón sobre la finca.

Sonreí, dándole otro sorbo a mi té helado.

—Entonces será mejor que esperes a mi evaluación final antes de juzgarme.

La sonrisa que me dedicó entonces fue diferente. Menos arrogante, más sincera. Y, por alguna razón, eso hizo que mi estómago se encogiera un poco.

Vale, Avery, solo es una sonrisa.

***

Después de comer, salimos del hotel y tomamos la carretera hacia la propiedad. El trayecto no fue largo. A medida que nos alejábamos de la ciudad, el paisaje comenzó a cambiar. Nos adentrábamos en zonas más tranquilas, donde la sensación de exclusividad y privacidad aumentaba.

La finca estaba ubicada en un enclave privilegiado. Rodeada de vegetación, con un bosque cercano que ofrecía sombra natural y un aire fresco que se agradecía en el calor de Florida.

A lo lejos, el océano se extendía como un reflejo azul brillante. Tenía un encanto casi irreal, como sacado de una postal. Era el tipo de sitio que podía convertirse en un refugio de lujo para quienes buscaban algo más que un simple hotel.

Aparcamos frente a la entrada y bajamos del coche.

—Parece un maldito paraíso —murmuré, echando un vistazo alrededor.

James inspeccionó el terreno con esa mirada analítica suya.

—Sobre el papel lo es. Vamos a ver si en la realidad también.

Antes de que pudiéramos avanzar más, una mujer salió de un sendero cercano y se dirigió hacia nosotros con paso tranquilo.

—Hola —saludó con una sonrisa amable—. ¿Estáis aquí para ver la finca?

Asentí, mientras James hacía lo mismo.

—Sí, tenemos una reunión mañana, pero queríamos echar un vistazo antes.

—Ah, entiendo.

Miró la propiedad con un gesto casi nostálgico.

—Este lugar tiene historia. Se construyó como una hacienda privada, pero con los años se convirtió en un retiro exclusivo. Durante décadas, solo algunos privilegiados pudieron disfrutar de él. Era más que un negocio.

Su voz tenía un matiz que no supe descifrar.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Los dueños originales lo levantaron con esfuerzo, con una visión clara de lo que debía

ser. Pero el tiempo no perdona. Cuando él falleció, ella decidió cerrarlo. No quería verlo convertirse en algo que no reconociera.

James frunció el ceño.

—¿Ella?

La mujer sostuvo su mirada un segundo antes de volver a posar los ojos en la casa.

—La propietaria. Desde entonces, ha permanecido así. Esperando a alguien que realmente comprenda lo que representa.

Seguí su mirada hacia la casa, observando las ventanas altas, las paredes cubiertas de enredaderas y la manera en que la luz dorada del atardecer hacía que todo pareciera aún más irreal.

—Qué historia… —murmuré.

Esperé algún comentario más de la mujer, pero cuando volví a mirar en su dirección, ya no estaba.

Parpadeé.

—Espera… ¿dónde ha ido?

James se giró también, recorriendo la zona con la mirada.

—Vale, eso ha sido un poco raro.

Me crucé de brazos, sintiendo un ligero escalofrío.

—¿Cómo demonios ha desaparecido tan rápido?

James esbozó una sonrisa ladeada.

—A lo mejor era un espíritu que vive en la casa.

Le di un codazo automático.

—No seas imbécil.

—¿Te dan miedo esas cosas? —preguntó, claramente divertido.

—No es miedo, es… respeto.

James soltó una risa baja, justo cuando su móvil empezó a sonar en su bolsillo. Lo sacó, miró la pantalla y resopló.

—Tengo que atender esto. ¿Puedes no desaparecer misteriosamente como nuestra amiga mientras tanto?

Rodé los ojos.

—Tranquilo, solo voy a explorar un poco los alrededores. Quiero sacar algunas fotos y ver cómo se integraría la finca en el entorno.

—Vale, no te alejes mucho.

Caminé por el sendero, con la cámara del móvil en mano, observando la luz del atardecer filtrarse entre los árboles. El sitio tenía algo especial. Podía imaginarme perfectamente el encanto

que podría tener como hotel boutique si alguien lograba devolverle la vida sin destruir su esencia.

Caminé sin prisa, sacando algunas fotos de los alrededores. La finca estaba rodeada de una belleza natural impresionante: los robles centenarios, el sonido lejano del océano, la brisa cálida que agitaba las hojas.

Pero cuando decidí volver…

Algo no cuadraba.

Giré sobre mis talones y fruncí el ceño. El sendero ya no me parecía tan obvio como antes.

Avancé por donde creía haber venido, pero después de unos minutos caminando, el camino no se abría hacia la finca. Al contrario, los árboles parecían volverse más densos.

Tragué saliva.

Genial, Avery. Perdida en mitad de un terreno enorme al anochecer. Muy profesional.

Saqué el móvil para revisar el GPS, pero la pantalla mostró «Sin servicio».

—¿En serio? —murmuré, apretando los dientes.

Intenté no entrar en pánico. Aún había luz. Aún podía orientarme si seguía caminando en la dirección correcta.

El problema era que ya no estaba segura de cuál era.

Respiré hondo y miré alrededor. El bosque se sentía más grande de lo que parecía cuando llegamos, y el aire había cambiado. Era más frío, más denso.

Me abracé a mí misma y volví a intentarlo, caminando más rápido esta vez, con la sensación de que cada minuto que pasaba, la oscuridad me iba atrapando un poco más.

Hasta que pisé algo que no vi.

Mi pie se torció en un ángulo imposible y un dolor punzante subió desde mi tobillo hasta mi pierna.

—¡Mierda! —jadeé, perdiendo el equilibrio.

Caí de rodillas sobre la hierba húmeda y un escozor me recorrió la piel. Intenté mover el pie, pero el dolor fue tan agudo que me hizo apretar los dientes. No podía apoyar el peso.

Genial. Perdida y ahora con un esguince.

Me mordí el labio, conteniendo las lágrimas de frustración, y apoyé la espalda contra el tronco de un árbol. No podía hacer otra cosa.

Me hice un ovillo, rodeando mis piernas con los brazos, y cerré los ojos, asustada.

10

James

Estaba empezando a impacientarme.

Hacía más de una hora que Avery se había ido a ver los alrededores y no había vuelto.

Guardé el móvil en el bolsillo y levanté la vista hacia el sendero por el que se había alejado. No debería tardar tanto.

Fruncí el ceño. ¿Se había entretenido sacando fotos? ¿O se había perdido?

El sol ya casi se había ocultado por completo, y la luz tenue que quedaba solo hacía que todo pareciera más jodidamente confuso. Las sombras de los árboles se alargaban, y la finca, que por la tarde parecía tranquila, ahora tenía un aire distinto.

Más silencioso. Más pesado.

Más terrorífico.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué su número mientras caminaba de un lado a otro. Me llevé el teléfono al oído, esperando escuchar su voz al otro lado.

Nada.

Miré la pantalla y me encontré con la realidad: sin servicio.

Joder.

Le di unos pasos más, intentando encontrar algún punto con cobertura, pero el resultado fue el mismo. En este maldito lugar apenas había señal.

Apreté la mandíbula, sintiendo la impaciencia convirtiéndose en algo peor. No podía quedarme aquí esperando.

Encendí la linterna del móvil y empecé a caminar por el sendero, llamándola.

—¡Avery!

El silencio del bosque me respondió.

Mi pulso se aceleró. No podía haber ido muy lejos.

Apresuré el paso, iluminando con la linterna los árboles que parecían cada vez más juntos y más oscuros. El aire se sentía distinto, como si el bosque estuviera conteniendo la respiración.

—¡Avery! —volví a llamar, esta vez más fuerte.

Nada.

Mi mandíbula se tensó. No me gustaba esto.

Intenté pensar racionalmente. Era Avery. No era una niña perdida en el bosque, era inteligente y sabía orientarse. Pero también era terca como ella sola y, si había tomado un camino

equivocado sin darse cuenta, ahora mismo podía estar caminando en la dirección contraria.

La idea no me gustó nada.

Justo cuando la desesperación empezaba a ganar terreno, la vi.

Unos metros más adelante, apoyada contra el tronco de un árbol, hecha un ovillo, con los brazos rodeando sus piernas.

Corrí hacia ella.

—¡Avery!

Alzó la cabeza, y en cuanto vi su expresión, sentí un puñetazo en el pecho.

—Joder, Avery —solté con dureza, deteniéndome frente a ella—. Te dije que no te alejaras.

—Lo sé —murmuró con voz temblorosa—, pero no me grites, ¿vale? Estoy asustada.

Exhalé con fuerza, pasándome una mano por la cara. Me jodía verla así. Me jodía la angustia en su mirada, la forma en que su cuerpo temblaba ligeramente. Pero, sobre todo, me jodía el miedo que me había metido en el cuerpo al no encontrarla por ninguna parte.

Me agaché a su lado y le tendí la mano.

—Ven, vamos a salir de aquí.

Avery tomó mi mano, pero en cuanto intentó moverse, soltó un quejido ahogado y su cuerpo se tensó.

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa?

Ella bajó la mirada a su pie y se mordió el labio.

—Creo que me he torcido el tobillo.

Genial.

—A ver, intenta apoyarte en mí.

La ayudé a incorporarse, pasándole un brazo por la cintura, pero en cuanto intentó dar un paso, su pierna cedió y tuve que sujetarla antes de que volviera al suelo.

—¡Joder! —soltó, apretando los dientes.

No iba a poder caminar así.

Sin darle tiempo a protestar, me agaché y la cogí en volandas con facilidad.

—¡James!

Su cuerpo se tensó contra el mío, y en cuanto la tuve entre mis brazos, me golpeó todo a la vez.

Su olor. Ese perfume dulzón y suave que siempre llevaba, que ahora, mezclado con el frío del bosque, se sentía más embriagador de lo que debería.

Su calor. La forma en que encajaba contra mi pecho, cómo su respiración entrecortada

chocaba contra mi cuello, haciéndome apretar la mandíbula.

Joder.

No tenía tiempo para pensar en eso. Tenía que sacarla de allí.

—No quiero escucharte, Avery.

—Puedo caminar.

—Sí, claro, como acabo de ver —solté con sarcasmo mientras empezaba a avanzar con ella en brazos.

Avery suspiró, resignada, aunque sentí cómo su cuerpo se tensaba levemente contra el mío.

—Esto es humillante.

—Pues espérate, porque ahora te voy a llevar a un hospital.

—No quiero ir a un hospital!

Bufé, sin dejar de caminar.

—Avery…

—No es tan grave, solo necesito hielo y reposo.

La miré de reojo.

—¿Tú eres médico ahora?

—No, pero tampoco soy idiota.

Rodé los ojos. Claro, tenía que ser cabezota hasta lesionada.

El camino de regreso se me hizo eterno. Avery no era pesada, pero el bosque, la tensión y la sensación de tenerla tan cerca hacían que cada paso se sintiera más lento, más consciente.

Y aunque sabía que debía centrarme en sacarla de allí cuanto antes, no pude evitar pensar que nunca la había tenido tan cerca.

El coche apareció entre los árboles, y con un suspiro de alivio, la bajé con cuidado, apoyándola contra la puerta.

—Al menos deja que lo revise alguien en el hotel. Si está peor de lo que crees, iremos al hospital.

—Está bien —cedió al final.

Abrí la puerta del copiloto, ayudándola a entrar.

—Despacio —murmuré, sosteniéndola mientras la acomodaba en el asiento.

Avery dejó escapar un leve suspiro, apoyando la cabeza contra el respaldo.

Cerré la puerta con suavidad y rodeé el coche para subirme al volante, echándole un vistazo de reojo antes de arrancar. Su tobillo debía estar matándola, pero lo disimulaba bien.

—¿Cómo estás?

Ella giró la cabeza y me miró con los ojos pesados por el cansancio.

—Tengo sueño y me duele el pie.

Puse el coche en marcha y tomé la carretera de regreso al hotel, sintiendo todavía la adrenalina recorrerme el cuerpo.

Palm Beach brillaba a lo lejos, como una promesa de que todo volvería a la normalidad en cuanto llegáramos.

11

Avery

Me acomodé en la cama, con una almohada bajo la pierna y una bolsa de hielo sobre el tobillo. Genial. Justo la imagen de seducción y misterio que quería proyectar.

Suspiré, hundiéndome un poco más en las sábanas.

Si ya era difícil que James me viera como algo más que la hermana de su amigo, ahora estaba claro que jamás me vería como una mujer con la que salir.

No después de encontrarme hecha un ovillo en el bosque, asustada y con un esguince.

Me cubrí la cara con las manos, sintiendo el calor de la vergüenza extenderse por mi cuerpo. Yo no era una damisela en apuros.

Era bonito verlo en los cuentos de hadas, pero en la vida real yo era una mujer fuerte, independiente y empoderada.

O al menos, lo era hasta que terminé perdida en la nada y tuve que ser rescatada en brazos de James Weston.

¡Maldición!

Hundí la cabeza en la almohada y cerré los ojos. Este viaje no podía ir peor.

Mi móvil vibró sobre la mesilla y, cuando lo cogí, vi el nombre de Emily en la pantalla. Justo debajo, el de Claire.

Videollamada grupal.

Genial.

Sabía perfectamente lo que eso significaba: interrogatorio.

Suspiré y me acomodé un poco mejor en la cama antes de aceptar la llamada.

En cuanto la pantalla se iluminó, me encontré con dos pares de ojos expectantes.

Emily, con su melena castaña impecable y su expresión expectante, me observaba con el ceño levemente fruncido, claramente intentando averiguar cómo había sido mi día.

A su lado, Claire, con su moño desordenado y la sudadera pastel, me miraba con curiosidad, como si estuviera esperando a que soltara por fin alguna novedad.

—¡Por fin! —exclamó Emily, ajustando su cámara—. Llevamos todo el día esperando noticias.

—Y mira qué pintas —añadió Claire, entrecerrando los ojos—. ¿Por qué tienes cara de haber pasado por una crisis existencial?

—Porque he pasado por una.

Suspiré y giré la cámara, enfocando mi pie alzado con la bolsa de hielo encima.

—¡¿Pero qué cojones?! —chilló Claire, llevándose una mano a la boca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emily, abriendo los ojos como platos.

—¿Te han atropellado? ¿Te ha mordido un cocodrilo? ¿James te ha lanzado por un barranco? —soltó Claire de golpe.

Rodé los ojos.

—Sí, Claire. James me ha empujado a la muerte y luego ha decidido llevarme de vuelta al hotel en volandas como caballero arrepentido.

—¿Qué ha hecho qué? Avery Griffin, habla de una vez. ¿Qué ha pasado?

Suspiré y me acomodé mejor en la cama, sabiendo que no tenía escapatoria. Así que lo solté todo de golpe.

Les conté que me había alejado demasiado sacando fotos, que me había perdido como una idiota y que, para rematar, me torcí el tobillo intentando volver. Que James me encontró hecha un ovillo contra un árbol, se enfadó conmigo, me cargó en brazos hasta el coche y después de discutir sobre si debía ir al hospital, terminamos en el hotel, donde ahora estaba, con hielo en el pie y la dignidad por los suelos.

Cuando terminé, en la pantalla solo había ojos muy abiertos y bocas demasiado cerca de gritar.

Y entonces, gritaron.

—¿Te cargó como en una escena de película? —preguntó Claire, llevándose una mano al pecho dramáticamente.

—¿O fue más bien ese clásico «joder, ¿por qué me pasa esto a mí?»? —dijo Emily, reprimiendo una sonrisa.

Rodé los míos y bufé.

—Definitivamente lo segundo.

—Ajá… —murmuró Claire, inclinándose más hacia la pantalla—. Pero igualmente te llevó en brazos, ¿no?

Me cubrí la cara con una mano.

—Sí.

—Bueno, pues creo que ha llegado el momento de que le pagues su caballerosidad de forma adecuada —dijo Claire, con una sonrisa demasiado traviesa para mi gusto.

Fruncí el ceño.

—¿De qué hablas?

Emily rodó los ojos, como si la respuesta fuera obvia.

—De que te lo folles, Avery.

Sentí el calor subirme al rostro de golpe.

—¡Emily!

—¿Qué? No me digas que no se te ha pasado por la cabeza. Sabemos que te gusta desde hace tiempo. Con ninguno de tus novios te brillaban los ojos como cuando hablas de él.

Claire asintió.

—Ni siquiera parecías afectada cuando las cosas con ellos terminaban.

Y tenían razón. Nunca me había roto por nadie. Mis relaciones terminaban y el drama duraba cinco minutos, lo justo para darme cuenta de que ni siquiera estaba lo bastante enamorada como para lamentarlo de verdad.

Pero eso no podía aceptarlo en voz alta, así que opté por la mentira:

—No me gusta James.

Justo en ese momento, sonó un golpe en la puerta.

Antes de que pudiera reaccionar, la cerradura hizo *clic* y la puerta se abrió. James entró con una bandeja de comida en las manos, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

Solté un pequeño grito ahogado y apagué el móvil a toda prisa, casi tirándolo al suelo en el proceso.

—¡¿Qué haces aquí?!

Él me lanzó una mirada impasible mientras dejaba la bandeja sobre la mesilla.

—Servicio de habitaciones.

—¿Cómo demonios has entrado?

—He abierto para que no tuvieras que levantarte.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Y dónde conseguiste la llave?

Se encogió de hombros.

—En recepción.

Abrí la boca, indignada.

—¿Y si hubiera estado desnuda?

James sonrió de lado, demasiado tranquilo.

—Hubiera mirado y disfrutado.

Me puse roja como un pimiento.

—¡James!

—¿Qué? —Su sonrisa se amplió apenas un poco—. Tengo ojos en la cara, Avery. Pero tranquila, no intentaría nada. Dado que, según tú, no te gusto.

Mi estómago se encogió.

Oh, mierda.

¿Lo había oído todo?

Formas de espantar al chico que te gusta:

1. Perderte en un bosque y dejar que te encuentre hecha un ovillo, lloriqueando como una niña pequeña.

2. Torcerte el tobillo en el proceso, para añadir dramatismo.

3. Afirmar delante de tus amigas, con absoluta seguridad, que no te gusta y que él lo oiga.

Desde luego, la seducción no era lo mío.

—He intentado elegir algo que no sea un crimen culinario —dijo, destapando los platos—. Nada de langosta con ensalada.

Bajé la mirada y vi un sándwich caliente y una taza de té.

—Gracias, no tenías que haberte molestado.

James no respondió de inmediato. Solo me observó mientras cogía el sándwich y le daba un mordisco.

—He estado pensando —dijo al cabo de unos segundos—. Si no te encuentras bien mañana, podemos volver a Nueva York y regresar cuando mejores.

Tragué y negué con la cabeza.

—No hace falta. Solo es un esguince, no me estoy muriendo.

James me miró con escepticismo.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Mañana podré ir a la visita sin problemas.

James entrecerró los ojos, como si evaluara si estaba mintiendo o no.

—De acuerdo, porque espero no volver a cargarte. Creo que me he roto la espalda antes en el proceso.

Puse los ojos en blanco.

—Eres un capullo.

Él sonrió con suficiencia.

—Un capullo que no te gusta. —Su tono burlón hizo que sintiera calor en la cara.

No le di el gusto de responder. En su lugar, terminé mi sándwich y me puse en pie, cuidando cada movimiento para no forzar el tobillo.

—Voy a darme una ducha.

No se movió.

Levanté una ceja.

—¿Vas a quedarte ahí mirando?

James sonrió, peligrosamente tranquilo.

—Me quedo solo por si necesitas ayuda. Podría frotarte para que no tuvieras que hacerlo tú.

Abrí la boca, completamente roja.

—¡James!

—¿Qué? Soy un caballero.

Lo odiaba.

Pero, joder, también me encantaba.

12
James

Me encontraba en la barra del bar, bebiendo un whisky solo, antes de marcharme a mi habitación y a la cama.

Si había elegido el bar, era porque mi habitación estaba demasiado cerca de la de Avery.

Y después de escucharla decir con toda seguridad que yo no le gustaba, su proximidad se sentía jodidamente tentadora.

Rodé el vaso entre mis dedos y exhalé despacio, intentando sacármela de la cabeza. Pero fue inútil.

Porque aunque sabía que debía mantener las distancias, la imagen de Avery con las mejillas sonrojadas, lanzándome miradas de pura indignación mientras intentaba no sonrojarse más, no paraba de repetirse en mi cabeza.

Joder.

Estaba metido en un problema.

Además, aún sentía la adrenalina recorriéndome después de lo del bosque.

Lo había pasado jodidamente mal pensando que podía haberle ocurrido algo.

Cada minuto que pasó sin responder, fue como una maldita losa en el pecho.

Y cuando la encontré allí, acurrucada contra un árbol, con el rostro pálido y los ojos asustados, sentí algo que no quería analizar demasiado.

Di un trago al whisky, intentando apagar la sensación.

—¿Puedo hacerte compañía?

Una voz femenina interrumpió mis pensamientos, y cuando levanté la vista, vi a una mujer sentándose a mi lado con una sonrisa segura.

Era atractiva. Pelo oscuro, labios pintados de rojo y un vestido negro que dejaba ver unas piernas largas y perfectamente cruzadas. Llevaba el tipo de perfume que se quedaba en el aire incluso después de que se hubiera ido. El tipo de mujer que normalmente llamaba mi atención.

—Por supuesto —respondí con una media sonrisa, levantando una mano para llamar al camarero—. ¿Qué quieres tomar?

Ella apoyó un codo en la barra y me sostuvo la mirada, con esa confianza de quien sabe exactamente lo que quiere.

—Un Cosmopolitan.

Asentí y pedí la bebida, ignorando el hecho de que, por primera vez, una mujer atractiva y claramente dispuesta no me parecía tan interesante como la mujer que yacía en su cama con la

pierna en alto.

Necesitaba sacármela de la cabeza.

—¿Estás aquí por trabajo o por placer? —preguntó ella, jugueteando con la pajita de su cóctel cuando el camarero le sirvió la copa.

Le dediqué una sonrisa perezosa y ladeé la cabeza.

—¿No puedo elegir ambas opciones?

La mujer sonrió y se inclinó un poco más hacia mí.

—Eso depende. ¿Tu trabajo te deja tiempo para el placer?

Le sostuve la mirada y esbocé una sonrisa lenta.

—Siempre y cuando valga la pena, sí.

Alzó su copa y la chocó suavemente contra mi vaso, con una sonrisa que dejaba claro que no estaba aquí para perder el tiempo.

—En ese caso, estás de suerte, porque conmigo, el placer no solo vale la pena… sino que está garantizado.

Di un trago a mi whisky, sin apartar la mirada de la suya.

—Vaya, toda una declaración de intenciones.

Ella se encogió de hombros con aire despreocupado y extendió una mano hacia mí con una sonrisa segura.

—Por cierto, me llamo Georgia.

La estreché con firmeza.

—Yo soy James.

—Un placer, James.

Sonreí de lado y di otro trago a mi whisky, pero mientras ella hablaba, mi atención seguía dividiéndose en dos.

Porque, por mucho que intentara distraerme, una parte de mí seguía pensando en Avery.

No podía permitirlo.

No podía permitir que Avery siguiera ocupando mi cabeza.

Así que le seguí el juego. Sonrisas, miradas, comentarios con segundas intenciones. Lo de siempre.

Cuando Georgia terminó su Cosmopolitan, sacó una tarjeta de su bolso y la deslizó en el bolsillo de mi chaqueta, acercándose lo suficiente como para dejar un beso suave en mi mejilla.

—Nos vemos, James.

Sabía perfectamente lo que eso significaba.

Una invitación abierta. Una opción fácil. Sin complicaciones.

Una invitación que iba a tomar.

Me terminé el whisky de un solo trago, dejé el vaso sobre la barra y subí hasta la planta correspondiente. Cuando inserté la tarjeta en la cerradura y la puerta se abrió con un clic, supe exactamente lo que iba a pasar. O al menos, lo que debería pasar.

Nada más entrar, Georgia se abalanzó sobre mí. Me besó con la boca abierta, con una urgencia casi desesperada, deslizando su lengua contra la mía mientras sus manos bajaban directamente a mi cinturón.

—Eres tan atractivo… —murmuró, desabrochando la hebilla con dedos hábiles.

Debería haber seguido adelante. Dejar que su perfume me distrajera, que su cuerpo hiciera lo que tantas veces había funcionado antes. Pero en cuanto cerré los ojos, no vi a Georgia.

Vi a Avery.

La vi en el bosque, abrazándose a sí misma mientras intentaba no entrar en pánico. La sentí en mis brazos, apoyando la cabeza en mi hombro mientras la llevaba hasta el coche. La imaginé en su habitación, con la pierna en alto y el ceño fruncido, odiando cada segundo de su propia vulnerabilidad.

Y entonces lo supe.

Abrí los ojos de golpe y aparté las manos de su cuerpo.

—Para.

Georgia frunció el ceño y se separó apenas unos centímetros, mirándome con confusión.

—¿Qué pasa?

Me pasé una mano por el pelo, exhalando con frustración.

—Lo siento, pero no puedo seguir.

Ella me observó durante unos segundos, con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Vaya. No me lo esperaba. Es la primera vez que un hombre me rechaza.

Me pasé una mano por la nuca, sin saber muy bien qué responder.

—No es nada personal.

Georgia soltó una risa suave, cruzándose de brazos mientras me miraba con curiosidad.

—Claro que lo es.

No intenté negarlo. ¿Para qué? Ella ya lo había entendido antes que yo.

Tras una última mirada, caminé hacia la puerta. Necesitaba salir de allí cuanto antes.

—Buenas noches, Georgia.

—Buenas noches, James.

Salí de la habitación sin mirar atrás y tomé el ascensor hasta mi planta.

Necesitaba despejarme.

Pero en cuanto las puertas se abrieron y salí al pasillo, la vi. A Avery.

Estaba descalza, con una botella de agua en la mano y el pelo suelto cayéndole sobre los hombros. Apoyaba su peso en un solo pie, con la pierna lesionada ligeramente doblada, como si le molestara demasiado pisar con ella.

Se giró al verme y arqueó una ceja.

—¿Dónde estabas?

Me apoyé contra la pared y la observé.

—Podría preguntarte lo mismo.

Avery levantó la botella en un gesto perezoso.

—Cuando subimos antes, vi unas máquinas con agua en el vestíbulo de la planta. No pensaba pagar ocho dólares por una botella en el minibar.

Fruncí el ceño.

—¿Y decidiste ir sola, con un esguince?

Encogió un hombro, restándole importancia.

—Fui despacio. Además, ya estaba harta de estar tumbada en la cama.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que vi cómo su mirada descendía levemente y fruncía el ceño.

—Tienes una mancha de carmín en los labios.

Parpadeé.

Mierda.

Me pasé la mano por los labios sin pensar, pero ya era tarde. Su expresión lo decía todo. Sabía perfectamente lo que significaba.

Busqué algo que decir, una respuesta que no sonara a excusa barata, pero no salió nada. ¿Para qué? Era obvio lo que había pasado y, al final, no le debía explicaciones.

Avery no dijo nada más. Solo sostuvo mi mirada un instante más, con una expresión que no supe interpretar, y luego giró sobre sus talones, abrió la puerta de su habitación y, antes de meterse, murmuró:

—Hasta mañana.

Y la puerta se cerró.

Joder.

13

Avery

A la mañana siguiente, me desperté sintiéndome como si apenas hubiera dormido.

Porque, en realidad, apenas lo había hecho.

Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de James con esa mancha de carmín en los labios volvía a mi cabeza como un maldito recordatorio de lo que había hecho anoche.

Probablemente había aprovechado mi ausencia para bajar al bar y conocer a alguna mujer. Una con la que, sin duda, había terminado en la cama.

Suspiré, pasándome una mano por la cara antes de incorporarme con cuidado. Al menos, la inflamación de mi tobillo había mejorado. Pude apoyarlo sin demasiado problema, aunque todavía cojeaba un poco.

Después de darme una ducha rápida, bajé al restaurante del hotel para desayunar.

James ya estaba allí.

Nos saludamos con un simple asentimiento de cabeza y nos sentamos a la mesa en silencio.

No hablamos.

Ni un comentario sobre la reunión de hoy. Ni una mención a la finca. Ni siquiera una broma sarcástica sobre mi tobillo. Nada.

Y, lo peor, es que tampoco en el coche hubo conversación.

James conducía con la vista fija en la carretera, serio, con una mano en el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios. Yo miraba por la ventana, fingiendo interés en el paisaje, pero sintiendo el peso de un silencio tenso entre nosotros.

Algo había cambiado desde anoche.

Lo sabía yo.

Lo sabía él.

Pero ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar de ello.

El silencio continuó durante todo el trayecto. Denso. Cargado.

Yo mantenía la vista en la ventana, fingiendo que me importaba el paisaje, y James seguía con la suya, concentrado en la carretera, con esa expresión indescifrable que tanto odiaba.

Cuando por fin llegamos a la finca, aparcó el coche y, justo cuando iba a abrir la puerta para bajarme, habló.

—Espera.

Me giré para mirarlo.

—Hay algo que quiero decirte.

Le sostuve la mirada sin decir nada, esperando.

James inspiró hondo y pasó una mano por el volante antes de volver a mirarme.

—No pasó nada anoche.

Sentí un pequeño vuelco en el estómago, aunque intenté que mi expresión no cambiara.

—¿Perdón?

—Sé que no te debo explicaciones —continuó—, pero quiero que lo sepas. No pasó nada.

Me reí sin humor.

—Claro. El carmín se posó solo en tu boca.

James apretó la mandíbula, claramente frustrado.

—Estuvo a punto de pasar, pero no pasó. Porque yo lo paré.

Eso me descolocó.

Abrí la boca para responder, pero él no me dio la oportunidad.

Simplemente salió del coche y cerró la puerta.

Y yo me quedé ahí, sintiéndome más confundida que nunca.

Cuando abrí la puerta y salí del coche, James ya estaba hablando hacia alguien más.

Un hombre joven, de traje impecable y sonrisa ensayada, que irradiaba esa energía de vendedor seguro de sí mismo. En cuanto me acerqué, me miró con interés profesional y me tendió la mano.

—Matthew Carter —se presentó con amabilidad—. Gestor inmobiliario de la finca.

Le devolví el apretón de manos con firmeza.

—Avery Griffin.

No necesitaba que me explicara a qué se dedicaba. Lo supe al instante. Reconocía a los de mi gremio. Su postura segura, la forma en que escaneaba nuestras reacciones… Todo en él gritaba vendedor nato.

—Un placer —continuó Matthew—. Les enseñaré la propiedad y responderé cualquier duda que tengan.

Nos condujo hasta la entrada de la finca mientras nos explicaba detalles básicos: año de construcción, materiales originales, renovaciones previas. Yo escuchaba atentamente, evaluando cada dato, observando la estructura, tomando mentalmente notas de lo que tendría en cuenta en mi informe.

Cuando entramos, el interior no decepcionó. Techos altos, grandes ventanales con vistas al bosque, una distribución espaciosa con ese encanto clásico difícil de replicar en construcciones modernas.

Pero yo no estaba aquí para maravillarme. Estaba aquí para analizar.

Di un paso más y, en cuanto mi pie bueno tocó el suelo, el tobillo lesionado no aguantó bien el peso.

Solté un pequeño jadeo cuando mi cuerpo perdió el equilibrio, pero antes de que pudiera caer, sentí unas manos firmes sujetándome por la cintura.

—Joder, Avery —gruñó James—. ¿Puedes dejar de hacerme pasar sustos con ese tobillo?

Suspiré, apoyándome en él sin más remedio.

—No lo hago a propósito, ¿vale?

Él bufó y, en lugar de soltarme, me pasó un brazo por la cintura para asegurarse de que me mantenía en pie.

—Apóyate en mí —ordenó.

Abrí la boca para protestar, pero cuando intenté dar otro paso por mi cuenta, un pinchazo de dolor me recordó que tampoco tenía muchas opciones.

Con un resoplido resignado, pasé mi mano por sus hombros y me sujeté a él.

—¿Así estás feliz?

James esbozó una sonrisa de lado.

—Bastante.

Rodé los ojos, pero no dije nada más.

Porque, maldita sea, caminar apoyada en él se sentía demasiado bien.

Recuperé el hilo de la conversación y, fingiendo que nada acababa de pasar, volví a centrarme en la finca.

—¿Cuál ha sido el mayor inconveniente para vender la propiedad hasta ahora?

Matthew sonrió, como si estuviera esperando justo esa pregunta.

—Principalmente, la inversión necesaria para volver a ponerla en marcha. El potencial está ahí, pero hace falta alguien con visión para aprovecharlo. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Además… la propietaria no piensa venderla a cualquiera.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No quiere desprenderse de la finca sin más. Para ella no es solo una propiedad, es parte de su historia. Quiere asegurarse de que quien la compre respete su esencia. No busca solo un inversor, busca un compromiso con el lugar.

Mis ojos recorrieron la casa con otra perspectiva. De repente, todo encajaba. Se notaba que aquella propiedad había sido construida con cuidado, pensada al detalle, con un propósito más allá del negocio.

Era lógico que su propietaria no quisiera dejarla en manos de cualquier inversor sin escrúpulos.

James hizo una mueca, pensativo.

—Así que, básicamente, no nos lo va a poner fácil.

Matthew sonrió.

—Digamos que no basta con el dinero. Hace falta compromiso.

James asintió lentamente, como procesando toda la información.

—Hablaré con mi cliente —dijo con calma—. Veré si está dispuesto a cumplir con esas condiciones.

No me sorprendió su respuesta. James no hacía movimientos apresurados. Sabía que antes de involucrarse en cualquier inversión, lo analizaría todo desde cada ángulo posible.

Yo, por mi parte, ya había terminado con mis preguntas y comprobaciones. Revisé la estructura, la distribución, las posibles reformas necesarias y, por más que intentara mantenerme objetiva, tenía que admitirlo: el sitio me encantaba.

—Es un lugar especial —dije en voz alta, más para mí que para nadie.

James me miró de reojo.

—¿Sí?

Asentí, deslizando la mano por una de las vigas de madera expuesta.

—Tiene carácter. Encanto. No es solo una finca bonita, es… un sitio con alma.

Matthew sonrió.

—Eso es exactamente lo que dice la propietaria.

Le devolví la sonrisa y eché un último vistazo alrededor.

Sabía que mi trabajo consistía en analizar el lugar de manera técnica y objetiva, pero algo en mi interior me decía que este sitio no era una simple compra.

Era un proyecto. Uno que merecía ser tratado con el respeto que su dueña exigía.

La pregunta era: ¿lo vería así el cliente de James?

14

Avery

James insistió en llevarme a comer a un restaurante con vistas al mar.

Intenté decirle que podíamos volver al hotel y pedir algo allí, pero su respuesta fue un simple: «No voy a dejar que sobrevivas a base de agua de máquina y cualquier cosa que pilles por ahí», seguido de esa mirada suya que dejaba claro que discutir era una pérdida de tiempo.

Así que ahora estaba aquí, sentada en una terraza de madera, con el sonido de las olas de fondo y la brisa marina enredándome el pelo. El ambiente era relajante, demasiado para lo que había sido el día.

Desde la visita a la finca, James y yo apenas habíamos hablado. No es que antes tuviéramos charlas profundas y significativas, pero desde anoche la tensión entre nosotros parecía haber alcanzado otro nivel. Uno incómodo.

Tal vez por eso, cuando el camarero dejó nuestras bebidas en la mesa y se alejó, solté lo primero que se me vino a la cabeza.

—No pareces un tipo de playa.

James levantó la vista de su menú y arqueó una ceja.

—¿Ah, no?

—No. Eres demasiado… —lo miré de arriba abajo, analizando su camisa perfectamente planchada y su expresión siempre controlada— formal.

Él esbozó una sonrisa perezosa y se recostó en la silla.

—¿Quieres decir que no me imaginas en chanclas y bañador?

—No. Y si lo hiciera, probablemente explotaría mi cerebro.

James se rio entre dientes y negó con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. Pero créeme, después de este viaje, estoy considerando seriamente dejar Wall Street y abrir un chiringuito aquí.

Sonreí, porque la imagen de James sirviendo cócteles en la playa me pareció absurda.

—Sí, claro. Te veo perfectamente vendiendo margaritas con una camisa hawaiana.

—¿Por qué no? Seguro que me va mejor que tratar con muchos de mis clientes.

Sacudí la cabeza y cogí mi copa, dándole un sorbo.

—Hablando de clientes, ¿cuándo vas a hablar con el interesado en la finca?

James lo pensó unos segundos antes de responder.

—Esta noche. No sé cómo se tomará las condiciones de la propietaria. Donovan no es

precisamente alguien que pierda el tiempo en sentimentalismos.

—Bueno… —dejé mi copa sobre la mesa y lo miré—. Si solo busca una inversión rápida, dudo que esta finca sea lo que necesita.

James asintió.

—¿Y tú qué opinas? Más allá de eso, ¿crees que la finca es una buena inversión?

—Aún tengo que hacer algunos estudios y análisis más detallados, pero… —me encogí de hombros—, la ubicación es excelente, la estructura se mantiene en buen estado y, bien gestionada, podría convertirse en un hotel boutique muy rentable.

James asintió lentamente, reflexionando sobre mis palabras mientras daba un sorbo a su copa. No respondió de inmediato, lo que significaba que realmente lo estaba considerando.

La conversación siguió fluyendo con naturalidad mientras terminábamos de comer. Por primera vez en todo el día, el ambiente entre nosotros se sentía ligero, sin silencios incómodos ni tensión contenida.

Cuando el camarero retiró los platos, nos quedamos unos minutos más en la terraza, disfrutando del aire fresco, del sonido de las olas y del sol templado sobre la piel.

Entonces, James se apoyó en el respaldo de la silla y me miró.

—¿Qué tal si damos un paseo por la playa?

Sonreí.

—Me encantaría. Así podrás comprobar si lo de abrir un chiringuito es realmente tu vocación o solo una crisis existencial pasajera.

James soltó una leve risa y negó con la cabeza antes de levantarse.

—¿Y si resulta que soy un genio de los cócteles y este es mi verdadero destino?

—Entonces seré la primera en felicitarte… y en exigirte bebidas gratis de por vida.

—Trato hecho —dijo con una media sonrisa antes de indicarme con la cabeza que lo siguiera.

Sonreí, cogiendo mi bolso, y me puse en pie. Por primera vez en todo el viaje, sentí que las cosas entre nosotros volvían a ser fáciles.

Las playas de Palm Beach eran justo lo que necesitaba en ese momento.

Arena blanca, el sonido relajante de las olas rompiendo suavemente contra la orilla, la brisa cálida que traía consigo el olor a sal. Nada que ver con el ritmo frenético de Nueva York.

James y yo caminábamos sin prisa, con una conversación tan fluida que hacía tiempo no se sentía así entre nosotros. Hablamos de todo y de nada a la vez. Del clima, del trabajo, de lo diferente que era la vida aquí comparada con la nuestra en la ciudad.

—Me gusta estar aquí —dije, mirando el horizonte, donde el sol empezaba a teñir el cielo de tonos anaranjados—. Me hace olvidarme de lo rápido que va todo en Nueva York.

—A mí también —admitió James, con la mirada fija en las olas—. Aunque no creo que

pueda acostumbrarme a esto a largo plazo.

Le lancé una mirada de soslayo.

—¿Y qué pasó con tu crisis existencial?

Sonrió de lado.

—Bueno, supongo que soy demasiado adicto a mi trabajo para dejarlo todo por un chiringuito en la playa.

Solté una pequeña risa y seguimos caminando, dejando que el agua mojara nuestros pies con cada ola que rompía en la orilla.

En algún momento, James se quedó atrás, y cuando me giré para ver qué hacía, me lanzó agua con la mano.

—¡Eh! —protesté, dando un paso atrás—. ¿Qué haces?

Su sonrisa traviesa fue toda la respuesta que obtuve antes de que volviera a hacerlo.

—¡James!

Metí la mano en el agua y le devolví el ataque, mojándole la camisa sin piedad.

—¿Ah, sí? —murmuró, avanzando hacia mí.

Retrocedí instintivamente, pero no fui lo suficientemente rápida. El agua me salpicó de lleno, empapándome la camiseta y haciéndome soltar un grito ahogado.

—¡Estás muerto!

Me lancé contra él, dispuesta a vengarme, y antes de que me diera cuenta estábamos los dos empapados, riendo, salpicándonos como dos críos en la orilla.

La brisa se sentía más fría sobre mi piel mojada. O tal vez era la tensión que, poco a poco, iba instalándose entre nosotros.

La risa aún estaba en mis labios cuando me di cuenta de lo cerca que estaba.

Demasiado cerca.

James tenía la camisa empapada, pegándose a su torso, y el pelo algo revuelto por la brisa. Nunca lo había visto así, menos controlado, menos perfecto… y joder, me gustaba.

El agua nos llegaba hasta los tobillos, pero ni siquiera la sentía. Solo sentía la forma en que su mirada bajó a mi boca, la forma en que mi respiración se volvió más superficial, más consciente de cada maldito centímetro que nos separaba.

—Avery… —Su voz fue un susurro bajo.

Podía alejarme. Podía fingir que no me estaba mirando los labios como si quisiera poseerlos en ese maldito instante.

Pero no lo hice.

En lugar de eso, me mojé los labios con la lengua y vi cómo sus ojos se oscurecían un poco más.

Él dio un paso hacia mí. Yo me quedé quieta.

Y entonces… su móvil sonó.

La burbuja explotó.

James apretó la mandíbula y sacó el teléfono del bolsillo, echando un vistazo a la pantalla. Su expresión cambió en un segundo.

—Es mi cliente —murmuró, pasándose una mano por la cara.

Asentí, dando un paso atrás, sintiendo la distancia instalándose entre nosotros de nuevo.

—Deberías contestar.

Él me sostuvo la mirada un segundo más antes de girarse y llevarse el móvil al oído.

Me quedé en la orilla, con la piel húmeda, el corazón latiéndome en las costillas y la certeza de que acabábamos de estar a un suspiro de cruzar una línea.

15

Avery

Lo primero que hice al llegar a la habitación fue meterme en la ducha. El agua caliente recorrió mi piel, aliviando la sensación pegajosa de la sal y el frío que se me había metido en los huesos. Cerré los ojos y apoyé la frente contra los azulejos, dejando que el vapor me envolviera.

Y entonces sonreí.

No pude evitarlo.

La imagen de James, con la camisa empapada, el pelo revuelto y esa sonrisa traviesa antes de lanzarme agua, se coló en mi cabeza. Pero lo que más se repitió en mi mente fue su mirada.

Esa intensidad que me dejó sin aliento.

Ese segundo en el que, si no hubiera sonado su móvil, sé que las cosas podrían haber sido diferentes.

Salí de la ducha envuelta en el albornoz del hotel, con el pelo aún húmedo y la piel cálida por el agua caliente. Me senté en el borde de la cama y dejé escapar un suspiro, pasando los dedos por mi cabello mientras mi mente volvía, sin que yo lo quisiera, a James.

Y entonces, mi mente recordó algo.

«No pasó nada anoche. Porque yo lo paré.»

Fruncí el ceño.

¿Por qué había sentido la necesidad de aclararlo? No me debía explicaciones. No éramos nada. No teníamos que ser nada.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que él estaba librando una batalla interna con esto tanto como yo?

No tenía sentido, él siempre me evitaba cuando nos encontrábamos, como si no soportara pasar más de treinta segundos a solas conmigo.

Aunque… siempre había notado la atención. La electricidad cuando estábamos cerca.

¿Y si lo había estado malinterpretando todo?

Fuera lo que fuera, tampoco podía hacerme ilusiones. James no era un hombre para una relación seria. Aunque la atracción entre nosotros fuera real, tenía que ser realista con mis expectativas.

Si hacía esto, tenía que tenerlo claro.

No habría promesas. No habría un «después». Solo lo que pasara aquí, en Palm Beach.

Una aventura. Nada más.

Me acomodé en la cama y miré mi maleta abierta. Tenía que vestirme. Habíamos quedado

para cenar en el restaurante del hotel.

¿Y si había llegado el momento de seducirlo?

Nunca lo había intentado porque no quería que las cosas entre nosotros se volvieran incómodas. Pero si poníamos las reglas claras… solo una noche, aquí, lejos de todo… podría funcionar.

Solo sexo. Nada serio.

Volví a fijar la vista en mi maleta abierta. Entre los conjuntos profesionales que había traído conmigo, había elegido también uno provocativo. Uno que, en su momento, metí en la maleta sin pensarlo demasiado.

El vestido negro.

Deslicé los dedos por la tela suave antes de sacarlo. Tirantes finos, ajustado en los lugares adecuados, abertura lateral.

Si iba a hacer esto, más valía hacerlo bien.

Lo deslicé con cuidado por mi cuerpo, acomodándome en la cama para no forzar el tobillo. Pasé los dedos por mi pelo, despeinándolo un poco. Un toque de brillo en los labios. No demasiado obvio, pero lo justo para que él lo notara.

Cogí el móvil y escribí:

AVERY

Ya estoy lista, ¿bajamos?

Su respuesta llegó segundos después.

JAMES

Estoy fuera.

Respiré hondo, dejando que la anticipación recorriera mi cuerpo.

Me miré en el espejo del pasillo antes de abrir. El vestido negro, el pelo suelto, el brillo justo en los labios.

Solo una noche. Solo sexo. Nada serio.

Abrí la puerta.

James estaba apoyado en el marco, con las manos en los bolsillos y esa mirada intensa recorriéndome de arriba abajo.

Su mandíbula se tensó. Mi vestido le había provocado la reacción que quería.

—¿Lista? —Su voz sonó grave.

Asentí, intentando ignorar el calor que me recorrió cuando su mirada bajó hasta mi escote.

—Lista.

16

James

Avery estaba jodidamente hermosa con su vestido negro.

Era imposible no empaparme de su imagen, teniéndola delante mientras cenábamos en el restaurante del hotel.

Llevaba desde que la vi con un incómodo tirón en la bragueta del pantalón.

Intenté concentrarme en la conversación, en la comida, en cualquier cosa que no fuera la forma en la que ese vestido se pegaba a su cuerpo. Fracaso absoluto.

Avery movió la copa de vino entre los dedos y me dedicó una sonrisa, de esas que parecían inocentes pero que no lo eran en absoluto.

—Pareces tenso —dijo, con un brillo travieso en los ojos.

Joder.

—¿Ah, sí? —Di un sorbo a mi whisky, intentando recomponerme.

Asintió, apoyando el codo en la mesa y recostando la barbilla sobre su mano.

—No sé… Como si tuvieras la mente en otra parte.

Avery tomó otro sorbo de su vino y me miró fijamente. ¿Estaba jugando conmigo? Porque si lo estaba haciendo, estaba ganando la partida. De calle.

Intenté cambiar el foco de la conversación antes de que esto se me fuera de las manos.

—No estoy seguro de que mi cliente vaya a respetar los deseos de la dueña de la propiedad —dije, dejando el vaso sobre la mesa—. Hablamos largo y tendido esta tarde, y quiere que mienta.

Avery arqueó una ceja.

—Ahora entiendo por qué parecías tan serio mientras hablabas con él.

Asentí, pinchando un trozo de ternera en mi plato.

—Quiere que le diga lo que la dueña quiere oír para cerrar el trato.

Avery chasqueó la lengua, claramente disgustada.

—Así que, básicamente, quiere engañarla.

—Básicamente —admití.

Ella se recostó en la silla, deslizando un dedo por el borde de su copa de vino.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Donovan es una cuenta importante, perderlo como cliente sería complicado.

Pero tampoco pienso mentirle a la dueña de la finca solo para tenerlo contento.

Avery inclinó la cabeza, observándome con atención.

—¿Así que estás en una encrucijada?

—Algo así —admití, pasándome una mano por la nuca.

—Bueno… —Tomó otro sorbo de vino, pensativa—. ¿Y qué es más importante para ti? ¿Tu cliente o tu integridad?

La miré, soltando una risa seca.

—¿Siempre haces preguntas tan jodidamente directas?

Avery se encogió de hombros con una sonrisa ladeada.

—No me gusta perder el tiempo con rodeos.

Sonreí de lado, apoyándome en la mesa.

—Eso ya lo sabía.

Avery tomó otro sorbo de su vino, observándome por encima del borde de la copa. Jodida mirada intensa.

—Entonces, si perder el cliente no es opción y mentir tampoco… ¿cuál es tu jugada?

Me pasé una mano por la mandíbula, soltando un suspiro.

—Hablaré con Donovan otra vez. Intentaré que vea el valor de la finca tal y como es. Si no está dispuesto a aceptarlo, buscaré otra inversión para él.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—¿Así de fácil?

—Así de complicado.

Avery sonrió, apoyando la barbilla en su mano.

—Sería una lástima perder una inversión como esta solo porque tu cliente no sabe ver su potencial sin necesidad de cambiar su esencia. Hoteles boutique exclusivos hay muchos, todos exactamente iguales. Si mantiene el carácter original de la finca y lo adapta con inteligencia, podría ser único.

La observé en silencio. No solo decía esas cosas porque era buena en su trabajo. Lo creía de verdad.

—Es una buena perspectiva —admití.

Avery sonrió, con esa confianza que la hacía jodidamente atractiva.

—Es la perspectiva correcta. Véndeselo así a tu cliente. Y si aun así no lo entiende, dile de mi parte que es un idiota sin visión.

Solté una risa baja, negando con la cabeza.

—No sé si eso ayudará a cerrar el trato.

—A veces la verdad duele.

—Me encanta cuando eres diplomática.

—Y eso que me he contenido.

Joder. Era imposible no mirarla. El brillo travieso en sus ojos, la forma en la que cruzaba las piernas con absoluta intención…

No sabía que se había propuesto, pero fuera lo que fuera, iba a acabar conmigo.

***

Después de la cena, Avery propuso ir al bar a tomar unas copas. Tendría que haberle dicho que no. Tal y como estaban las cosas, debía frenar aquello antes de que se me fuera de las manos.

¿Lo hice? No.

Porque, en el fondo, estaba jugando con fuego… y quería quemarme. Quería arder.

Nos sentamos en una mesa cerca de la barra. Ella pidió un cóctel, yo un whisky doble.

—Hay algo que llevo pensando desde esta mañana, James —dijo, mirándome con intensidad.

Pensé que iba a decirme algo sobre la finca, pero lo que soltó me dejó bloqueado unos segundos.

—¿Por qué me contaste que no pasó nada anoche? ¿Por qué darme explicaciones?

—No quería que pensaras que había venido hasta aquí para divertirme. Me tomo en serio mi trabajo.

Avery soltó una risa baja y negó con la cabeza.

—Oh, venga, James. No me digas que cuando sales de viaje de trabajo no te das algún que otro capricho.

Me miró con una mezcla de diversión y desafío que consiguió ponerme de los nervios. Y, joder, también me ponía otra cosa.

Di un trago a mi whisky, sin apartar la vista de ella.

—No mientras tenga la cabeza en otra parte.

Su sonrisa se apagó un poco, pero sus ojos brillaron con algo más intenso. Más peligroso.

—¿Y dónde la tenías anoche?

En ti.

No se lo dije, pero no hizo falta. Lo vio en mi cara. Lo supo.

—¿Sabes? Hay algo que no he podido sacarme de la cabeza en todo el día —dije, esquivando su pregunta.

—¿Ah, sí?

Jugueteé con el vaso entre mis manos antes de soltarlo.

—Unos días antes del viaje, Alex me advirtió sobre ti.

Avery arqueó una ceja, interesada.

—¿Advertir? ¿Cómo?

—Me dijo que no intentara nada contigo. Ni siquiera si intentabas seducirme. Ya sabes cómo es. Siempre ha sido un hermano sobreprotector.

Una sonrisa lenta, peligrosa, se dibujó en su rostro.

—Entonces… supongo que tenemos suerte de que Alex no esté aquí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

Avery se levantó lentamente, con una confianza que me dejó clavado en el sitio.

—Que tenemos suerte de que no esté aquí para ver esto.

Y antes de que pudiera reaccionar, se inclinó y me besó.

Joder.

Quise resistirme. De verdad que lo intenté. Pero en cuanto sentí el calor de su boca, el roce de sus labios contra los míos, toda la jodida fuerza de voluntad que me quedaba se hizo polvo.

La agarré por la cintura y la atraje hacia mí. No había vuelta atrás.

El beso empezó lento, casi como si estuviéramos tanteando el terreno, pero en cuanto abrí la boca y su lengua rozó la mía, se acabó el control.

Gemí contra su boca y la estreché más contra mi cuerpo. Avery deslizó los dedos por mi nuca, enredando las manos en mi pelo, y me besó más profundo, más jodidamente intenso.

Era calor, era deseo crudo, era una puta bomba de relojería que acababa de explotar.

Deslicé una mano por su espalda hasta apoyarla en la curva de su cadera, mis dedos presionando su piel a través del vestido. Avery se pegó más a mí, como si quisiera fundirse en el beso, como si este momento no fuera suficiente.

Y no lo era.

Porque ahora que la tenía así, sabía que la quería mucho más.

Cuando se separó me miró con intensidad y dijo.

—Soy mayorcita para decidir lo que quiero y no quiero hacer sin que mi hermano decida por mí. Y lo que quiero ahora es subir a mi cuarto contigo y terminar lo que acabamos de empezar.

Su voz era baja, segura. Directa.

Mi respiración estaba descontrolada, y mis manos todavía se aferraban a su cintura.

Avery no apartó la mirada de la mía mientras pasaba la lengua por sus labios, aún hinchados por el beso.

—¿Vienes o no, Weston?

Un millón de razones para decir que no pasaron por mi cabeza.

Las ignoré todas.

Me puse de pie, deslizando una mano por su espalda hasta atrapar su nuca. Acerqué mi boca a la suya, casi rozándola, disfrutando la anticipación en sus ojos antes de susurrar:

—Vamos.

17

Avery

Entramos en mi habitación enredados en besos profundos, avanzando a tientas hasta que mi espalda chocó contra la puerta.

James no perdió el tiempo. Sus manos estaban en todas partes. En mi cintura, en mis muslos, deslizándose bajo la abertura de mi vestido mientras su boca devoraba la mía con una urgencia que me dejó sin aliento.

Esto era una locura.

Pero no podía parar. No quería parar.

Pasé los dedos por su pelo, tirando suavemente de él mientras nuestras lenguas se entrelazaban en un beso húmedo, desesperado. Sentí su gruñido vibrar contra mi boca y el sonido me hizo apretarme aún más contra él.

James me sujetó con fuerza y me levantó sin esfuerzo, pegándome a la puerta. El roce de su cuerpo contra el mío me arrancó un jadeo. Sentí su erección contra mi centro de placer.

Un calor ardiente me recorrió de arriba abajo al sentirlo contra mí. Duro. Presionando justo donde más lo necesitaba.

—Joder, Avery… —gruñó contra mi boca, sus manos apretando mis muslos, manteniéndome bien sujeta contra él.

Mi respiración era irregular, y mi autocontrol estaba bajo mínimos. Me aferré a sus hombros y moví las caderas contra él, buscando más fricción, más contacto, más todo.

James dejó caer la cabeza contra mi cuello y mordió suavemente la piel justo debajo de mi oreja.

—Te deseo tanto… —murmuró, con la voz ronca cargada de deseo.

Sonreí, aún jadeante, disfrutando de su desesperación tanto como él de la mía.

—Entonces, ¿a qué esperas? —susurré, enredando mis dedos en su pelo y tirando de él para volver a atrapar su boca con la mía.

Él respondió con un beso aún más profundo, más intenso, mientras me llevaba en brazos hacia la cama.

Me tumbó con facilidad, como si me hubiera estado deseando tener así desde siempre y el vestido no duró nada sobre mi piel. Con un movimiento experto, James lo deslizó por mi cuerpo y lo lanzó a algún lugar de la habitación.

Cuando volvió a mirarme, sus ojos oscurecidos recorrieron cada centímetro de piel expuesta. Me devoró con la mirada. Como si estuviera a punto de darse un maldito festín conmigo.

El aire entre nosotros se cargó aún más cuando sus ojos se detuvieron en mi lencería. Negro. Encaje. Pura provocación.

James pasó la lengua por sus labios y se inclinó sobre mí, deslizando una mano por mi muslo hasta enredar los dedos en el borde de mis bragas.

—Vas a matarme… —susurró, su voz baja, cargada de deseo. Sus labios rozaron mi clavícula antes de descender, besando, mordiendo, saboreando mi piel mientras su otra mano recorría mi costado.

Arqueé la espalda, jadeando cuando su boca atrapó uno de mis pezones por encima del sujetador. Mi cuerpo ya no me pertenecía, reaccionaba a cada roce suyo como si lo hubiera estado esperando desde siempre.

—Me encanta este conjunto —murmuró contra mi piel, tirando suavemente del encaje—, pero tengo muchas ganas de ver lo que hay debajo.

Un gemido se me escapó cuando sus labios atraparon mi pezón y su lengua trazó círculos lentos que me hicieron arquear la espalda. Dios, este hombre sabía lo que hacía.

James gruñó contra mi piel, como si le encantara cada reacción que sacaba de mí. Su otra mano se deslizó por mi vientre, bajando con una tortuosa lentitud, dejando un rastro de fuego en su camino.

—Eres jodidamente perfecta —murmuró antes de morderme suavemente, provocando un nuevo escalofrío.

Mis uñas se clavaron en sus hombros cuando sus dedos juguetearon con el borde de mis bragas.

—James… —supliqué sin darme cuenta.

Él levantó la cabeza, con una sonrisa lenta y peligrosa en los labios.

—Dímelo, Avery. Dime cuánto lo quieres.

No tenía vergüenza. No la necesitaba.

Lo miré fijamente, con el deseo ardiendo en cada fibra de mi cuerpo.

—Lo quiero todo. Ahora.

Sus ojos se oscurecieron aún más, y en un solo movimiento, el encaje dejó de ser un obstáculo.

El sonido del encaje rasgándose apenas se escuchó sobre el latido ensordecedor en mis oídos. No me importó.

James deslizó sus dedos por mi piel desnuda, trazando caminos lentos y tortuosos que me hicieron estremecer bajo su contacto.

—Joder… —murmuró, recorriéndome con la mirada como si estuviera grabando cada detalle en su mente. Como si fuera a devorarme.

Su boca volvió a mi piel, besando y mordiendo suavemente mientras sus dedos descendían. Cuando finalmente llegó a mi centro, ya estaba ardiendo para él.

—Estás tan mojada… —susurró con satisfacción, rozándome con la punta de los dedos antes de deslizar uno lentamente en mi interior.

Un jadeo ahogado escapó de mis labios mientras mi cuerpo se tensaba, adaptándose a la invasión. A

—Mírame, Avery.

Obedecí. Y cuando nuestros ojos se encontraron, él empujó más profundo, añadiendo un segundo dedo mientras su pulgar trazaba círculos lentos sobre mi punto más sensible.

Mi espalda se arqueó contra las sábanas y un gemido desgarrado escapó de mi garganta.

Su boca descendió por mi cuerpo, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos suaves que encendían cada parte de mí. Sus dedos se movían dentro de mí con un ritmo lento, preciso, llevándome al borde de la locura.

Mi respiración se volvió errática cuando su lengua reemplazó a su pulgar, dibujando círculos sobre mi piel hinchada y sensible. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando succionó justo ahí, enviando ondas de placer que me hicieron aferrarme a las sábanas.

Mis caderas se movieron solas, buscando más, exigiendo más. James me sujetó con fuerza, sosteniéndome en su maldito control mientras su boca y sus dedos trabajaban juntos, conduciéndome directo a un abismo del que no quería escapar.

El calor en mi vientre se intensificó, la presión se hizo insoportable. Cada lamida, cada embestida de sus dedos me empujaba más y más cerca.

Cuando succionó con más fuerza y sus dedos encontraron el ángulo perfecto, el placer explotó dentro de mí en una oleada intensa y desgarradora. Me rompí.

Mi cuerpo se tensó y un grito ahogado escapó de mi garganta mientras el orgasmo me arrasaba por completo. No existía nada más que la sensación de su boca, de sus manos, de él.

Cuando finalmente recuperé el aliento, James subió por mi cuerpo, con una sonrisa satisfecha en los labios. Su erección presionó contra mi muslo, dura, exigiendo atención.

Aún temblando, lo miré con los ojos cargados de deseo y deslicé mis manos hasta su cinturón.

Ahora era mi turno.

Desabroché su cinturón con manos temblorosas, no por nervios, sino por la intensidad del orgasmo que aún palpitaba en mi cuerpo. James no se movió, solo me observó con esos ojos oscuros llenos de hambre mientras yo bajaba la cremallera de su pantalón.

La tela cayó al suelo con un leve susurro y mi mirada descendió, encontrándome con su erección marcada bajo el bóxer negro.

Lo toqué sobre la tela, deslizando los dedos lentamente, provocándolo como él había hecho conmigo. Su respiración se volvió más pesada, su abdomen se contrajo bajo mi contacto.

—Avery… —gruñó con tono de advertencia.

Sonreí.

Me incliné y presioné un beso justo sobre la tela, sintiendo la dureza contra mis labios. Su maldición baja me hizo estremecer. Bajé la última barrera con lentitud y liberé su polla perfecta antes de envolverla con mi mano. Explorando cada centímetro, me incliné hacia delante y rocé la punta con la lengua.

James soltó un gruñido profundo y hundió los dedos en mi pelo. No presionó, no me apresuró. Pero el control que intentaba mantener estaba a punto de romperse.

Tomé más de él en mi boca, alternando entre succión y caricias con la lengua, mientras mi otra mano se movía lentamente, acompañando mis movimientos.

—Joder… Avery… —su voz sonó rota. Su pecho subía y bajaba con cada respiración pesada.

Lo sentí tensarse bajo mis labios, cada músculo de su cuerpo se puso rígido al borde del colapso. Pero antes de que pudiera llevarlo al final, tiró de mi pelo y me obligó a mirarlo.

Su mirada era pura lujuria, puro deseo contenido.

—Necesito estar dentro de ti —gruñó antes de capturar mi boca en un beso salvaje, como si no pudiera esperar un segundo más.

James me empujó suavemente contra la cama y su cuerpo cubrió el mío en un movimiento firme, decidido. No había vuelta atrás.

Sus labios descendieron por mi cuello, su lengua trazó un camino ardiente hasta mi clavícula mientras su mano se deslizaba entre mis muslos, acariciándome otra vez, asegurándose de que estaba lista para él. Lo estaba. Joder, lo estaba.

Él también. Estaba duro. Estaba ardiendo.

James se acomodó entre mis piernas, y lo sentí duro, listo, presionando justo donde lo necesitaba.

Pero antes de que pudiera moverse, lo detuve, apoyando una mano en su pecho.

—Espera… —jadeé, tratando de recuperar el aliento.

Él se tensó sobre mí, con los ojos oscuros y encendidos, y la mandíbula apretada como si le costara contenerse.

—Dime que tienes un condón —susurré.

James cerró los ojos un segundo, soltó una maldición y se incorporó lo justo para rebuscar en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó en cuestión de segundos y lo rasgó con los dientes antes de deslizárselo con movimientos rápidos y eficientes.

Cuando volvió a colocar su cuerpo sobre el mío, su boca atrapó la mía en un beso profundo, devorándome.

—Ahora sí —susurró contra mis labios, justo antes de hundirse en mí de una embestida firme, haciéndome olvidar todo lo demás.

Mi espalda se arqueó contra el colchón y un gemido ahogado escapó de mis labios cuando lo sentí llenarme por completo. James soltó una gruñido y se quedó quieto un segundo, con la frente apoyada en la mía y la respiración entrecortada.

—Joder, Avery…

Encajábamos a la perfección.

Pero no nos quedamos quietos por mucho tiempo.

James empezó a moverse, lento al principio, como si quisiera hacerme sentir cada centímetro, como si quisiera alargar el momento. Pero cuando mis uñas se clavaron en su espalda y moví mis caderas para buscar más, su autocontrol se desmoronó.

Sus embestidas se hicieron más intensas, profundas, precisas. Cada maldito movimiento me llevaba más alto.

—Mírame —gruñó, sujetando mi rostro entre sus manos.

Lo hice. Y lo que vi en sus ojos me dejó sin aliento. No era solo deseo. Era más.

El placer subió en espiral, creciendo y acumulándose hasta que explotó en una oleada de puro éxtasis. Me rompí por completo.

James me siguió segundos después, con un gruñido bajo y gutural mientras se hundía en mí una última vez, con el cuerpo tensándose antes de derrumbarse sobre el mío.

El silencio se instaló en la habitación, solo interrumpido por nuestras respiraciones descontroladas.

James apoyó la frente en mi hombro antes de soltar un suspiro y salir de mí. Se dejó caer a mi lado y, sin pensarlo, me atrajo contra su pecho.

Cerré los ojos, aún temblando, aún sintiendo su calor envolviéndome.

Solo una noche. Solo sexo. Nada serio.

Entonces, ¿por qué sentí que nada de esto era simple?

18

Avery

Me desperté con un escalofrío recorriéndome la piel. Unas manos grandes sujetaban mis muslos. Un aliento cálido rozaba mi piel más sensible.

Oh, joder.

Aún medio dormida, miré hacia abajo y me encontré con la imagen más pecaminosa posible: James, entre mis piernas, besándome lento, con la boca y la lengua trabajando en mí como si fuera su desayuno favorito.

Solté un gemido ahogado y mis dedos se enredaron en su pelo por puro instinto.

—Buenos días —murmuró contra mi piel antes de chupar justo donde más lo necesitaba.

Mi cuerpo se arqueó contra su boca. No tenía vergüenza. No tenía piedad.

—James… —jadeé, completamente despierta ahora, sintiendo cada maldito movimiento suyo.

Él solo gruñó en respuesta y me sujetó con más fuerza, manteniéndome abierta para él mientras su lengua trazaba círculos lentos y exquisitos sobre mi clítoris. Demasiado suave. Demasiado lento.

—No juegues… —rogué, sin importarme lo desesperada que sonaba.

James sonrió contra mi piel.

—¿No quieres que juegue? —susurró, antes de hundirse más entre mis muslos y meter dos dedos dentro de mí, al mismo tiempo que su boca atrapaba mi punto más sensible con una succión deliciosa.

Oh, Dios.

El orgasmo me golpeó de repente, sacudiéndome entera mientras mi espalda se arqueaba y un gemido ronco escapaba de mis labios.

James no se apartó hasta que me vio temblar debajo de él. Hasta que exprimió hasta la última gota de placer de mi cuerpo.

Cuando por fin logré abrir los ojos, él se deslizó sobre mí, besándome con una intensidad perezosa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Ahora sí, buenos días.

¿Cómo demonios iba a sobrevivir a esto?

Bajamos a desayunar después de una ducha donde me tomó contra las baldosas húmedas, con el agua caliente resbalando por nuestra piel y sus manos sujetándome con fuerza mientras me hacía gemir su nombre.

Ahora, sentados en el restaurante del hotel, me esforzaba en parecer completamente normal mientras removía mi café, aunque mis piernas seguían algo temblorosas bajo la mesa.

Hoy era nuestro último día en Palm Beach.

Después del desayuno, teníamos que volver a la finca para revisar unos documentos que la propietaria había enviado. Al parecer, en la casa había una construcción secundaria —una antigua casa de huéspedes— que no figuraba en los informes iniciales y que la dueña había decidido incluir en la venta. James tenía que evaluar cómo afectaba eso a la inversión.

Aproveché un momento en el que él revisaba su móvil para tomar aire y soltar lo que llevaba rumiando desde que desperté con su boca entre mis piernas.

—Tenemos que poner unas reglas a esto —dije, señalándonos con un gesto.

James levantó la mirada, divertido.

—¿Qué clase de reglas?

—Solo es una aventura. Algo fortuito. Cuando mañana volvamos a Nueva York, se acabará. ¿Te parece bien?

Él se recostó en la silla, estudiándome con una media sonrisa.

—Supongo que es lo justo. Soy el rey del sexo sin compromiso.

Rodé los ojos, pero no pude evitar sonreír.

—Entonces, estamos de acuerdo.

James tomó un sorbo de su café sin apartar los ojos de mí.

—Aunque hay una pequeña fuga en tu plan. Las mujeres suelen querer repetir conmigo. Muchas veces.

Solté una risa, negando con la cabeza.

—Vaya, qué problema tan duro para ti, James.

—Lo es. —Se encogió de hombros con fingida seriedad—. Me gusta hacer bien mi trabajo.

—Oh, no me cabe duda. —Le di un sorbo a mi café y lo miré por encima del borde de la taza—. Pero tranquilo, no seré una de esas mujeres.

—Yo no estaría tan segura. Creo adicción.

—Ya. Y mi satisfyer también. Seguro que podrá cogerte el relevo a la vuelta.

James se atragantó con el café.

Solté una carcajada mientras él dejaba la taza sobre la mesa, limpiándose con el dorso de la mano.

—Interesante. Entonces, ¿esto es una competición?

—Quizás.

—Tendré que esforzarme aún más cuando regresemos al hotel luego para demostrarte que no hay competición posible. Ahora terminemos de desayunar, que Matthew nos espera en la

finca.

Terminamos de desayunar y salimos del hotel rumbo a la finca. El trayecto en coche fue relativamente corto, pero la tensión entre nosotros seguía ahí, latente, como una corriente eléctrica imposible de ignorar.

Cuando llegamos, Matthew ya nos estaba esperando en la entrada con una carpeta en la mano y su sonrisa profesional perfectamente colocada.

—Buenos días —nos saludó—. Espero que hayáis descansado bien.

James soltó una risa baja, apenas perceptible.

—Sí, bastante.

Le lancé una mirada rápida, pero no dije nada.

Matthew nos hizo un gesto para que lo siguiéramos mientras pasaba las páginas de la carpeta.

—La propietaria ha decidido incluir en la venta una construcción que no figuraba en los informes iniciales. Una casa de huéspedes que ha estado cerrada durante años, pero que sigue en muy buenas condiciones.

Nos guio por un sendero de piedra que llevaba a la parte trasera de la finca. El otro día no la vi cuando estudié los alrededores. Pero ahí estaba.

Era una estructura más pequeña que la casa principal, pero con el mismo encanto rústico. Ventanas grandes, madera oscura bien conservada, una terraza cubierta rodeada de vegetación.

—Es preciosa. ¿Por qué no se incluyó desde el principio?

Matthew hojeó sus papeles.

—Al parecer, la dueña no estaba segura de querer venderla. Tiene un valor sentimental para ella, pero ha decidido que lo mejor es que forme parte del paquete.

James se pasó una mano por la mandíbula, analizando la construcción.

—¿Qué implicaciones tiene esto para el trato?

Matthew sonrió con ese aire de vendedor experimentado.

—Más terreno, más espacio útil, pero también una inversión mayor si quieren renovarla. La buena noticia es que la estructura está en perfecto estado, así que el gasto no sería excesivo.

Miré a James.

—¿Tu cliente lo aceptará?

Él se quedó en silencio un segundo, evaluando todo con la mirada afilada que usaba para los negocios.

—Depende. Si le vendo bien la idea, tal vez.

Sonreí.

—Bueno, parece que hoy es tu día de demostrar cosas, ¿no, Weston?

James me miró de reojo, con una sonrisa de lado cargada de intención.

—Oh, créeme, Avery. Hoy pienso demostrar muchas cosas.

De vuelta en el coche, me quedé mirando por la ventana mientras el paisaje pasaba borroso.

No dejaba de pensar en la casa de huéspedes.

No tenía sentido, pero algo en ella me había atrapado.

—Esa casa… —murmuré, más para mí que para James.

—¿Qué pasa con ella?

Giré la cabeza y lo miré.

—Me encanta. Tiene algo especial. Podría ser un refugio perfecto para escapar de la ciudad de vez en cuando.

James mantuvo la vista en la carretera, pero noté la forma en la que sus dedos se apretaron levemente en el volante. No dijo nada más mientras regresábamos al hotel. Y una vez allí, las palabras tampoco tuvieron cabida. Solo los jadeos, los gemidos y los cuerpos enredados en las sábanas.

James me empujó contra la puerta en cuanto entramos en la habitación, atrapando mi boca en un beso hambriento. No hubo charla, no hubo dudas. Solo necesidad.

Sus manos recorrieron mi cuerpo con urgencia, deshaciéndose de mi ropa mientras yo hacía lo mismo con la suya. La cama apenas tuvo tiempo de hundirse bajo nuestro peso cuando él ya estaba encima de mí. Su piel caliente contra la mía, su boca explorando cada rincón con avidez.

—¿Debería jugar un poco? —murmuró contra mi cuello mientras sus dedos acariciaban mi entrepierna.

Sonreí, deslizando mis uñas por su espalda antes de arquearme contra él.

—James, cállate y fóllame.

Él gruñó y, en cuestión de segundos, cumplió mi orden.

19

James

Avery estaba enredada en las sábanas, con la respiración lenta y el cuerpo aún tibio por todo lo que habíamos hecho, adormilada. Yo, en cambio, no podía dormir ni de coña.

Apoyé la cabeza en la almohada y la observé de reojo. Su pelo revuelto caía sobre su rostro, su pecho subía y bajaba con suavidad, completamente relajada. Como si no acabara de poner mi mundo patas arriba.

—Bueno, creo que ha quedado claro quién ganó la competición —solté, con una sonrisa de lado.

Avery sonrió sin abrir los ojos, perezosa.

—¿Ah, sí?

—Sí. Tengo malas noticias para tu satisfyer. Está oficialmente despedido.

Se rio, y joder, me encantaba ese sonido.

Abrió los ojos y me encontró mirándola.

—Qué confianza, Weston.

—No es confianza, es certeza. —Pasé una mano por mi pelo y la observé unos segundos antes de soltar la pregunta que me rondaba la cabeza—. Pero dime, ¿por qué quieres que esto termine al volver a Nueva York?

Avery se encogió de hombros, restándole importancia.

—Porque es lo lógico. Lo que pasa en Palm Beach, se queda en Palm Beach.

La estudié en silencio. No me lo creía.

—¿Es por eso o es que te asusta lo que podría pasar si no se quedara aquí?

Frunció el ceño.

—No es que me asuste. Simplemente sé que no eres material de novio. Y si seguimos viéndonos, las cosas podrían complicarse.

Solté una risa baja, sin apartar los ojos de ella.

—¿No crees que es tarde para eso? Ya se han complicado.

La vi tensarse antes de apartar sus ojos de los míos, como si huyera de mi mirada.

—Lo cierto es que… Llevo tiempo sintiéndome atraída por ti, James.

Parpadeé un par de veces.

Entonces… ¿Alex había estado en lo cierto? ¿Yo le gustaba? ¿Desde hacía tiempo?

Mi sonrisa se ensanchó como si acabara de ganar una partida que llevaba demasiado tiempo jugando.

—¿En serio? Entonces cuando les dijiste a tus amigas que yo no te gustaba, mentías.

Hizo un mohín.

—Un poco. O… un mucho.

Le besé suavemente la sien y luego la miré con intensidad.

—Yo también llevo tiempo sintiéndome atraído por ti, Avery.

Avery abrió ligeramente los ojos y la boca, como si mi confesión le hubiera sorprendido muchísimo.

—¿Entonces por qué siempre evitabas quedarte a solas conmigo?

Apoyé un codo en la almohada y deslicé los dedos por su brazo en una caricia distraída.

—Porque sabía que eras demasiado peligrosa, Avery Griffin.

—¿Peligrosa?

Asentí, clavando mi mirada en ella. En su piel suave, en sus ojos brillantes, en su perfección como mujer.

—Demasiado atractiva. Demasiado lista. Demasiado tú.

Se mordió el labio y un poco de rojo tiñó sus mejillas.

—¿Y eso te asustaba?

Sonreí de lado y pasé la lengua por mis labios antes de responder.

—Eso… y que eres la hermana de Alex.

Avery rodó los ojos, dándome un leve empujón en el pecho.

—Alex es mi hermano, pero no mi guardián. Lo que haga o deje de hacer con mi vida no le incumbe.

Evalué sus palabras.

—¿Eso significa que no te importa lo que piense?

Me miró desafiante.

—No lo suficiente como para dejar que decida por mí. Sea como sea, esto ha sido divertido. Por fin hemos dado rienda suelta a esta absurda tensión que siempre ha estado ahí cuando te tenía cerca.

Entrecerré los ojos. No me estaba gustando una mierda el rumbo de esa conversación.

—¿Y con eso te basta?

Esbozó una sonrisa despreocupada, aunque parecía impostada.

—Claro. Será un recuerdo divertido que llevarnos a Nueva York.

Avery se acomodó en la cama, con los ojos ya medio cerrados y la respiración volviéndose

más lenta.

Yo, en cambio, no podía dormir ni de coña.

Me quedé mirándola en silencio, dejando que sus palabras se repitieran en mi cabeza.

«Un recuerdo divertido que llevarnos a Nueva York.»

Joder. No.

Para ella, esto era algo que debía quedarse en Palm Beach. Algo sin importancia, una forma de quitarnos la tensión de encima antes de volver a la realidad.

Para mí… no lo era.

Respiré hondo y pasé una mano por mi cara, sin apartar la vista de su perfil relajado, de la forma en que su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Había pasado demasiado tiempo evitando esto. Evitándola a ella. Convenciéndome de que no valía la pena meterme en este lío.

Pero ahora que la había probado… ¿cómo cojones iba a dejarla ir tan fácil?

Avery Griffin me gustaba más de lo que jamás me había gustado ninguna otra mujer.

Y tenía claro que, por mucho que ella quisiera dejar esto en Palm Beach… yo no iba a ponérselo tan fácil.

***

Me desperté temprano, con la luz tenue filtrándose por las cortinas. Avery dormía a mi lado.

Me giré ligeramente y apoyé un brazo bajo la cabeza mientras la observaba.

Su pelo, revuelto sobre la almohada, dejaba caer algunas hebras sobre su rostro relajado. Suavidad donde normalmente había intensidad. Sus labios, los mismos que anoche gemían mi nombre, se entreabrían con cada respiración tranquila.

Joder.

¿Cómo se suponía que iba a dejar esto atrás?

No había dejado de pensar en lo que me dijo. En cómo pretendía que todo se quedara aquí. Como si pudiera ser tan fácil. Como si lo nuestro hubiera sido solo una aventura sin importancia.

Pero yo tenía muchas cosas claras.

La primera: esto no iba a terminar al volver a Nueva York. Ni de coña.

La segunda: me importaba un bledo lo que pensara Alex. Sí, era mi amigo. Sí, Avery era su hermana. Pero no iba a alejarme de ella solo por él. No esta vez. Tal como había dicho Avery, él no era su guardián. No podía decidir por nosotros.

La tercera: quizá nunca había sido material de novio, pero eso no importaba. Lo único que contaba era lo que estaba dispuesto a hacer para demostrarle a Avery que iba en serio.

Y estaba dispuesto a mucho.

20

Avery

Me desperté con un gemido ahogado y los dedos aferrados a las sábanas.

Dios.

La lengua de James se movía lenta y experta entre mis muslos, llevándome directo al borde del abismo sin esfuerzo.

Podría acostumbrarme a esto.

Mis caderas se arquearon instintivamente contra su boca, buscando más, exigiéndolo. James gruñó contra mi piel y hundió los dedos en mis muslos para sujetarme con más fuerza.

No tardé en correrme con su nombre escapando de mis labios en un jadeo entrecortado.

Cuando por fin recuperé el aliento, él subió por mi cuerpo con esa maldita sonrisa satisfecha en los labios.

—Buenos días.

Me reí entrecortadamente, todavía temblando.

—Definitivamente lo son.

Después de un desayuno rápido —y un par de roces que casi nos hacen perder el vuelo—, preparamos las maletas y nos dirigimos al aeropuerto.

Palm Beach quedaba atrás.

En cuanto subimos al jet, James se sentó a mi lado y sacó el portátil dispuesto a trabajar.

Yo también intenté concentrarme en mi trabajo, quería terminar el informe de la finca para James lo más rápido posible, pero algo en su expresión me distrajo.

—¿Pasa algo? —pregunté, cruzando las piernas.

James levantó la mirada, estudiándome un segundo antes de sonreír.

—No. Solo estoy concentrado en un asunto importante.

Fruncí el ceño.

—¿Qué asunto?

James apoyó el codo en el reposabrazos y me miró con intensidad.

—Nada de lo que debas preocuparte.

Y, sin embargo, había algo en su forma de mirarme que me hizo saber que no me lo estaba contando todo.

***

Durante el vuelo, no podía dejar de pensar en estos dos días con James.

Por fin, después de tanto tiempo, había podido probar lo que era tenerlo sin restricciones, sin barreras, sin esa tensión insoportable que siempre había estado ahí, pero que ninguno de los dos se había atrevido a cruzar.

Y había sido jodidamente increíble.

No solo el sexo —aunque, madre mía, el sexo—, sino la forma en que nos habíamos compenetrado sin esfuerzo. La risa fácil, la química natural, la intensidad de nuestros besos. Como si en vez de dos personas descubriéndose, fuéramos dos mitades encajando en su sitio.

No esperaba que fuera así. No esperaba sentirme tan cómoda, tan libre con él. Como si, en lugar de una locura pasajera, hubiera sido algo inevitable. Algo que llevaba demasiado tiempo a punto de explotar.

Lo que habíamos vivido en Palm Beach se sentía como una burbuja perfecta, una escapada de la realidad. Pero el problema de las burbujas era que, por muy bonitas que fueran, siempre terminaban estallando.

Y en Nueva York, la nuestra no iba a ser la excepción.

Porque allí nos esperaba la vida real. Mi trabajo en la agencia, el suyo en Wall Street, nuestras rutinas, la gente que nos rodeaba. Las reglas que, hasta hace dos días, parecían inquebrantables.

Y, sobre todo, nos esperaba la gran pregunta que ninguno de los dos había dicho en voz alta: ¿seríamos capaces de mirarnos como antes, sin que los recuerdos de lo que habíamos vivido se interpusieran entre nosotros?

***

Al llegar a Nueva York James insistió en acompañarme con el coche, que habíamos dejado en el aparcamiento del aeropuerto, hasta casa. No me resistí. Supongo que quería aprovechar hasta el último momento para estar con él antes de despedirnos.

El trayecto fue más silencioso de lo que esperaba, pero no incómodo. La ciudad pasaba borrosa a través de la ventanilla mientras las luces se reflejaban en los cristales y yo intentaba convencerme de que todo volvía a la normalidad.

Solo habían sido dos días. Solo sexo. Solo una aventura.

Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera dejando atrás algo mucho más grande?

El coche no tardó en detenerse frente a mi edificio.

James se giró hacia mí con una mano en el volante, mientras la otra descansaba en su muslo. Mantuvo la mirada fija en la mía, como si esperara a que dijera algo.

No lo hice.

No quería decir adiós, porque sonaba demasiado definitivo. Y no quería decir «nos vemos», porque no sabía cuándo lo haríamos. A veces pasábamos meses antes de coincidir de nuevo.

James inclinó un poco la cabeza y sonrió de lado.

—No parece que tengas mucha prisa por irte, Avery.

Rodé los ojos y me desabroché el cinturón.

—Solo estoy tomándome un segundo.

—Ajá. —Su sonrisa se amplió—. Suena más a que no quieres irte.

Resoplé y alcancé el tirador de la puerta, pero antes de abrir, sentí su mano rodeando mi muñeca.

—Avery.

Me giré hacia él. Su voz sonaba distinta.

—¿Qué?

Antes de que pudiera reaccionar, James tiró suavemente de mi muñeca y me atrapó con un beso.

Lento. Profundo. Deliberado.

Nada de la urgencia de Palm Beach. Nada de los besos desesperados que terminaban con la ropa en el suelo. Este beso era otra cosa.

Sus labios se movieron sobre los míos con calma, explorándome, saboreándome. Como si quisiera que lo recordara.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando su lengua rozó la mía en un movimiento tan sensual que me hizo aferrarme a su camisa sin pensar.

Cuando por fin se separó, mis labios aún hormigueaban y mi respiración estaba completamente descontrolada.

James sonrió contra mi boca, con esa arrogancia suya que me sacaba de quicio.

—Aprovecha para probar el satisfyer —murmuró, su voz ronca—. Ya verás cómo, después de haber estado conmigo, no te satisface tanto.

Abrí la boca, indignada, pero él ya se estaba riendo.

Maldito egocéntrico.

—Eres un imbécil.

James me guiñó un ojo.

—Un imbécil que te gusta.

Rodé los ojos y abrí la puerta del coche, sin dignarme a responder. Pero mientras subía a mi apartamento con el corazón todavía acelerado, supe que él tenía razón.

Maldito James Weston.

Me gustaba. Me gustaba mucho.

Y cuando aquella noche, efectivamente, probé el satisfyer y no me satisfizo como siempre, quise matarlo.

O matarme a mí misma por dejar que su estúpida arrogancia tuviera razón.

Porque lo intenté. De verdad que lo intenté.

Pero mientras el juguete vibraba entre mis piernas, mi mente no podía concentrarse. No era su boca. No eran sus manos. No era él.

Solté un suspiro frustrado y lo apagué de golpe, tirándolo a un lado con un bufido.

Me giré en la cama, cerré los ojos con fuerza y me repetí una y otra vez que esto se había acabado.

Pero no importaba cuántas veces lo dijera.

Porque, joder, mi cuerpo ya había aprendido la diferencia.

Y luego estaba ese beso.

¿Qué había significado?

Se suponía que todo terminaba en Palm Beach. Se suponía que había sido solo una aventura.

Pero entonces, él me había tomado con su boca como si no quisiera dejarme ir. Como si esto no hubiera terminado en absoluto.

Como si estuviera dejando claro que volvería a por más.

Apreté la mandíbula, frustrada.

Yo también quería más.

***

Al día siguiente, convoqué un gabinete de crisis con Emily y Claire en mi casa.

Lo necesitaba.

Cuando llegaron, apenas les di tiempo a quitarse los abrigos antes de arrastrarlas al sofá y soltar la bomba.

—Me acosté con James.

Emily parpadeó, procesando mis palabras. Claire, en cambio, dejó escapar un grito ahogado y se agarró el pecho como si necesitara apoyo vital.

—¿QUÉ?

—Ssshh, no grites —le espeté, mirando de reojo la puerta como si alguien pudiera aparecer en cualquier momento.

—No jodas, Avery —Emily se acomodó en el sofá con los ojos bien abiertos—. ¿James Weston? ¿El mismo James Weston por el que juraste el otro día que no sentías nada, aunque las dos sabíamos que era mentira?

—Ese mismo —murmuré, dejándome caer contra los cojines.

Claire se inclinó hacia adelante con una mezcla de emoción y escándalo en el rostro.

—¿Pero cómo ha pasado? ¿Cuándo? ¿Cuántas veces?

—En Palm Beach. Y más veces de las que debería admitir.

Las dos soltaron exclamaciones ahogadas al mismo tiempo.

Emily se cruzó de brazos, mirándome fijamente.

—Vale, necesito que me expliques exactamente cómo hemos pasado de «James no me gusta» a «James me ha follado tantas veces que he perdido la cuenta».

Solté un suspiro.

—Lo sé, es un desastre.

Claire entrecerró los ojos.

—No, Avery. Un desastre sería que hubieras tenido sexo horrible con él. Pero por tu cara… ha sido increíble, ¿verdad?

Me mordí el labio, sin poder evitar sonreír un poco.

—Canta de una vez —me apremió Emily.

Se lo resumí todo. Cómo decidí tomar las riendas y le propuse tener una aventura en Palm Beach.

—Entonces, ¿se acabó? ¿No volveréis a hacerlo? —preguntó Emily, entrecerrando los ojos.

—Supongo que no… —dije, aunque mi voz no sonó demasiado convincente.

—¿Aunque…? —Las dos me miraron expectantes.

Solté un suspiro y pasé una mano por mi pelo.

—Me besó en el coche cuando llegamos aquí.

Emily y Claire se inclinaron hacia adelante al mismo tiempo, como si estuviera a punto de soltar la información más importante de sus vidas.

—¿Cómo que te besó? —preguntó Claire, con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué clase de beso fue? —añadió Emily, con la mirada afilada—. ¿Fue un «adiós y gracias por el sexo» o un «esto no ha terminado, prepárate para la guerra»?

Solté un suspiro, frotándome la sien.

—Fue… lento. Profundo. Como si quisiera que lo recordara.

Las dos se miraron y luego me lanzaron una mirada de «tía, por favor».

—Avery —dijo Emily, despacio, como si hablara con una niña pequeña—. Ese beso significa algo.

Claire asintió con entusiasmo.

—Un tío como James no besa porque sí después de haber dejado claro que solo era sexo. Te

está diciendo que esto no ha terminado.

Me mordí el labio removiéndome en el sofá.

—Pero… ¿no tendría que haberme llamado?

Emily puso los ojos en blanco.

—Avery, os despedisteis ayer. Dale tiempo al chico a reaccionar antes de hacer saltar las alarmas.

Me crucé de brazos, inquieta.

—No sé, chicas… No sé qué esperar. James no es precisamente un hombre que se comprometa.

Emily se encogió de hombros.

—Pero mientras dure, puedes disfrutar del sexo, ¿no?

Solté un suspiro.

—¿Y si me rompe el corazón?

Claire tomó mi mano y me dio un apretón con una sonrisa tranquilizadora.

—Entonces, nos encargaremos de recoger los pedazos. Y después lo matamos.

21

James

—¿Qué? ¿Te acostaste con Avery? —preguntó Theo, con los ojos fuera de sus órbitas—. Tío, si Alex se entera, te corta los huevos a cachitos.

Rodé los ojos, me apoyé en la barra del bar donde estábamos, cerca de la oficina, y le di un sorbo a mi whisky.

—Gracias por la imagen, colega. Muy necesaria.

—No es una imagen, es un hecho —insistió, aún en shock—. ¿En qué coño estabas pensando?

—En Avery —solté sin más—. Y en mí.

Theo me miró como si acabara de perder la cabeza.

—No me jodas, James. Es la hermana de tu amigo.

—No me digas. No tenía ni idea —repliqué con sarcasmo.

Theo bufó, pasándose una mano por la cara.

—Joder… ¿Y ahora qué piensas hacer?

—Seguir acostándome con ella. No te imaginas lo bueno que fue.

Theo dejó caer la cabeza entre las manos, como si le estuviera doliendo físicamente escucharme.

—Tío, no necesito detalles. En serio.

Ignoré su dramatismo y le di otro trago al whisky. Llevaba dos días sin poder sacarme a Avery de la cabeza.

Su piel temblando bajo mis manos. Su boca entreabierta en un gemido. La forma en que se retorcía cuando la tocaba justo como le gustaba.

Apoyé los codos en la barra y pasé una mano por mi cara, intentando despejarme.

No había quedado con Theo solo para contarle esto. Necesitaba soltarlo, porque lo que sentía por Avery era demasiado grande para guardármelo. Y, además, había algo que tenía que pedirle en breve. Algo que le sorprendería incluso más que el hecho de que me hubiera acostado con ella. Mejor preparar el terreno.

—No es solo el sexo, ¿verdad? —Theo me miró con atención, como si acabara de darse cuenta de algo importante.

No.

No era solo el sexo.

Pero tampoco sabía cómo explicarlo.

Fruncí el ceño y giré el vaso de whisky entre mis manos, buscando las palabras.

—Theo… Hace mucho que ella me gusta.

—Lógico. Está buenísima. Creo que todos nos la hemos pelado en algún momento pensando en ella, pero es la hermana de Alex.

Me tensé de inmediato. Ese comentario no me gustó una mierda.

Le lancé una mirada afilada.

—Cierra la puta boca.

Theo levantó las manos en son de paz.

—Vale, vale. Sin ofender.

Resoplé, intentando calmarme.

—No se trata solo de eso. —Apoyé los codos en la barra y solté un suspiro—. Siempre me gustó, pero nunca hice nada por Alex.

—Por una jodida buena razón.

Lo ignoré.

—Pero es la primera vez que estoy con una mujer y quiero seguir viéndola a la mañana siguiente.

Theo dejó escapar un largo suspiro y se pasó una mano por la cara, como si esto fuera un problema personal para él.

—Tío, no me puedes hacer esto. La pandemia de los hombres que se enamoran no deja de expandirse.

Rodé los ojos.

—Vete a la mierda.

—No, en serio. —Se llevó una mano al pecho con fingida indignación—. Primero Nate, luego Alex, ahora tú… ¿Solo quedo yo?

—Eso parece.

Theo negó con la cabeza y bebió de su cerveza.

—Joder, qué triste.

Me reí sin responder, saqué la cartera, pagué las copas y me marché con otros planes en mente para esa noche.

Veinte minutos más tarde, estaba delante del edificio de Avery.

Saqué el móvil y marqué su número.

Respondió al segundo tono.

—¿Sí?

Sonreí, apoyándome contra el coche.

—¿Cómo va con tu satisfyer?

Hubo un silencio cargado antes de que soltara con tono seco:

—Vete a la mierda.

Mi sonrisa se ensanchó. Sabía exactamente lo que eso significaba.

—¿Eso quiere decir que yo te satisfago más que él?

—¿Me has llamado solo para inflar tu ego, James?

—No. Te he llamado porque te echo de menos.

El silencio al otro lado fue más largo esta vez.

—Avery —dije en voz baja—, asómate por la ventana.

Tardó unos segundos, pero al final la vi aparecer en la ventana de su salón, con el ceño fruncido y una camiseta enorme que me hizo sonreír.

Levanté una mano para saludarla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Decidir si voy a subir o si vas a bajar.

Se quedó mirándome fijamente, como si intentara leer mis intenciones.

—James…

—Dime que no quieres verme y me iré —solté sin más.

No lo dijo.

Avery suspiró y desapareció de la ventana.

Un minuto después, la puerta del edificio se abrió.

Llevaba puesta una camiseta enorme —que probablemente le llegaba a mitad de muslo— y el pelo recogido en un moño desordenado. Aún así, estaba jodidamente preciosa.

Se acercó a mí, atravesándome con la mirada.

—¿Qué haces aquí, James?

Sonreí de lado y metí las manos en los bolsillos.

—Quería verte. ¿No vas a invitarme a pasar?

Avery apretó los labios, dudando.

—Dijimos que iba a ser una aventura pasajera. Lo que pasa en Palm Beach, se queda en Palm Beach. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo. Pero no lo dije yo, lo dijiste tú.

Suspiró, pasándose una mano por la cara.

—James…

Di un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

—Me gustas, Avery. Y quiero seguir viéndote.

Sus ojos se encontraron con los míos, y joder, no era indiferencia lo que podía leer en ellos.

Pero seguía resistiéndose.

—¿Para qué quieres que nos veamos? ¿Para seguir follando hasta que nos aburramos?

Fruncí el ceño, molesto.

—¿Aburrirme de follar contigo? Cielo, créeme, eso nunca pasará. Soy incapaz de saciarme de ti, Avery Griffin.

Avery entreabrió los labios, pero no dijo nada.

Di un paso más, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que casi pude sentir el calor de su piel.

—No sé en qué momento te metiste en mi cabeza, pero aquí estamos —murmuré, con la voz más baja—. Me gustas, Avery. Y quiero más.

Sus ojos recorrieron mi rostro, como si intentara encontrar una fisura, una mentira, pero no la había. Nunca había estado tan jodidamente seguro de algo.

—Pasa antes de que me arrepienta.

Se giró y subió al ascensor. No dudé en seguirla.

En cuanto las puertas se cerraron, me lancé contra su boca.

Llevaba un puto día entero sin besarla y ya era demasiado tiempo. La atrapé contra la pared y profundicé el beso, sintiendo su gemido ahogado cuando mi lengua se deslizó contra la suya.

Madre mía, esto era ridículo.

No debería desear a una mujer de esta manera, no debería sentir este maldito vacío en el pecho cuando no estaba con ella. Pero lo sentía.

Avery enredó los dedos en mi pelo y tiró suavemente, como le gustaba hacer cuando quería sacarme de quicio.

—James… —jadeó contra mi boca.

Bajé mis manos hasta su trasero y la levanté con facilidad, haciéndola rodear mi cintura con las piernas.

—Dime que me echaste de menos.

Ella rio contra mi cuello.

—Eres un egocéntrico de mierda.

—Tal vez. —La presioné más contra la pared, frotando mi erección contra su centro aún cubierto por la tela de sus bragas—. Pero no estoy equivocado.

Avery jadeó y me clavó las uñas en la nuca.

—Cállate y fóllame, Weston.

—Tus deseos son órdenes.

El ascensor se abrió con un *ding*, pero no le di tiempo a reaccionar.

Con sus piernas apretadas alrededor de mi cintura y sus dedos enredados en mi pelo, avancé por el pasillo sin apartar mi boca de la suya. Su respiración se mezclaba con la mía, su cuerpo ardía entre mis manos y cada beso solo me hacía querer más.

Cuando llegamos a su puerta y vi que seguía entreabierta, la empujé con el pie y crucé el umbral sin detenerme. En cuanto la apoyé contra la pared, Avery hundió las uñas en mi nuca y me mordió el labio con un gemido entrecortado.

Me separé solo lo justo para mirarla a los ojos.

—¿Lista para jugar, cielo?

La forma en la que su pecho subía y bajaba me dio la respuesta antes de que hablara.

—Nací lista para ti.

Sonreí contra su boca justo antes de llevarla hasta el dormitorio y tumbarla en la cama, decidido a saborearla sin prisa, hasta que lo único que recordara fuera mi nombre en sus labios.

-

22

James

Llegué al club VIP al mismo tiempo que Nate. El cabrón sonreía como un idiota enamorado, y no pude evitar soltar una risa baja mientras nos dirigíamos a la mesa de siempre.

—¿Por qué esa cara de bobo?

Nate negó con la cabeza, todavía con esa sonrisa estúpida.

—Nada, tío. Estoy feliz.

—¿Cómo le va a Charlotte con el embarazo?

—Bien. Un poco cansada, pero al menos las náuseas del primer trimestre desaparecieron del todo. Ahora está viendo cómo mantener la bakery funcionando mientras se toma unos meses de baja cuando nazca el bebé.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Está formando a alguien para que la ayude con la gestión, pero ya sabes cómo es Charlotte… le cuesta delegar.

Asentí. Podía imaginarlo perfectamente.

—¿Y tú?

—Estoy pensando en cogerme unos meses también para turnarnos.

Lo miré de reojo mientras avanzábamos.

—¿Tú? ¿El adicto al trabajo? ¿Tomándote un descanso?

Nate sonrió.

—Mira a Alex. Desde que Emma tuvo al bebé, apenas ha pisado la clínica.

—Joder, estáis cayendo todos como moscas.

—Y tú no vas a ser la excepción.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué cojones quieres decir?

—Te veo la cara, Alex. Estás jodido.

Fruncí el ceño. Era obvio que sabía algo. Me detuve, obligándole a hacer otro tanto.

—¿Te lo ha contado Theo?

—Ese idiota no sabe mantener la boca cerrada, así que sí, me lo contó el otro día. Quedamos para comer porque tenía una reunión cerca de su bufete.

—Genial —dije soltando un resoplido.

Nate se rio.

—Solo reza para que no se le escape con Alex.

Se me puso la piel de gallina ante semejante posibilidad. Sabía que tenía que contárselo, pero necesitaba encontrar la forma adecuada. Alex me había advertido sobre Avery más de una vez, como si estuviera seguro de que meterme con ella solo podía acabar mal. No quería que sintiera que le había fallado, pero tampoco pensaba dar marcha atrás.

Solo necesitaba el momento y las palabras correctas. Si es que existían.

—Hablando de Alex… —Nate señaló con la cabeza hacia nuestra mesa habitual.

Ahí estaba él.

Con una cerveza en la mano y el móvil en la otra, probablemente contestando algún mensaje de Emma.

Inspiré hondo y me forcé a relajar los hombros antes de retomar el paso y acercarme con Nate.

—Os he visto hablar en la distancia, ¿pasa algo? —soltó Alex levantando la mirada del teléfono.

—Nah, James me estaba dando la chapa sobre inversiones —mintio Nate, dejándose caer en su asiento con cara de aburrimiento—. Ya sabes, cosas apasionantes sobre mercados y rentabilidad.

Yo me senté frente a Alex, estudiándolo un momento.

Todo en él gritaba que había cambiado.

Menos tensión en los hombros. Menos rigidez en la mandíbula. Más… calma. Emma lo había cambiado. Y Oliver.

Tanto él como Nate parecían otros desde que habían encontrado el amor.

Justo entonces, Theo llegó al club, con su chaqueta al hombro. En cuanto lo vi, le lancé una mirada llena de reproche por haberle contado lo de Avery a Nate, pero Theo fingió no notar mi mirada asesina mientras se sentaba y pedía una cerveza.

Como siempre, la conversación giró en torno a los mismos temas de siempre: trabajo, inversiones, el último restaurante de moda en Manhattan… Solo que ahora todo estaba salpicado de familia, bebés y responsabilidades.

Cosas que nunca creí que nos fueran a alcanzar a nosotros, los mujeriegos neoyorquinos.

—Es jodidamente raro —dije, apoyándome en la mesa—. Hace unos años hablábamos de fiestas y ahora discutís sobre cunas y permisos de paternidad.

Nate rio, divertido.

—Tranquilo, pronto serás el siguiente en unirte al club.

Bufé.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso? —Alex me miró con curiosidad—. ¿Estás saliendo con

alguien?

Nate y Theo intercambiaron una mirada, como si estuvieran a punto de perder la compostura y soltarlo todo.

Antes de que alguno hablara de más, me apresuré a responder con la voz más neutral posible.

—Algo así… Pero aún es muy temprano. Prefiero no entrar en detalles.

Alex entrecerró los ojos, evaluándome como si pudiera leerme la mente. Por un segundo, temí que pudiera hacerlo.

Pero después de un momento, simplemente bebió de su cerveza sin insistir más.

Respiré hondo, ignorando la mirada burlona de Nate y la expresión divertida de Theo y cambié de tema, desviando la conversación a algo más seguro.

Pero una cosa me quedó clara mientras la noche avanzaba: no iba a poder ocultar esto mucho más tiempo.

23

Avery

Fui a casa de mi hermano, deseando pasar tiempo con mi sobrino.

Me parecía increíble cómo había pasado el tiempo desde que nació, cómo cada día parecía crecer más.

Cuando entré, encontré a Emma en el sofá con el bebé en brazos, moviéndolo suavemente de un lado a otro mientras Alex estaba sentado a su lado, mirándolos con esa expresión que jamás imaginé ver en él. Amor absoluto.

—Mira quién ha venido a vernos, pequeño Oliver —canturreó Emma, con una sonrisa cansada.

Me acerqué y le di un beso en la frente al bebé, que me miró con esos enormes ojos claros que eran la copia exacta de los de Alex.

—Cada día estás más guapo, pequeñajo.

Emma soltó un suspiro mientras Oliver se removía entre sus brazos.

—¿Os importa quedaros con él mientras me echo un rato? Llevo toda la noche en vela. El bebé está en una de sus regresiones del sueño de nuevo y se despierta cada dos por tres.

Alex le acarició el rostro con ternura y acomodó a Oliver en sus brazos.

—Ve, Em. Yo me quedo con él.

Emma nos dedicó una última mirada, llena de amor y cansancio, antes de levantarse.

—Gracias, de verdad. Despertadme si lo necesitáis.

—Descansa —le dije, cogiendo la manita diminuta de mi sobrino.

Cuando desapareció por las escaleras, Alex soltó un suspiro largo y profundo.

—Joder, nunca pensé que dormir pudiera convertirse en un lujo. La pobre Emma está desquiciada. Y no la culpo.

Sonreí, mirando al pequeño Oliver, que ahora jugaba con mis dedos.

—¿Y qué tal lo llevas tú? —pregunté.

Alex soltó una risa baja.

—Sobreviviendo. Pero no lo cambiaría por nada.

Y en su mirada lo supe. Mi hermano, el tipo serio, el que siempre había sido un cabrón con las relaciones, estaba completamente entregado a su nueva vida.

No sé por qué eso me llevó a pensar en James.

O quizá sí lo sabía.

En el fondo, me preguntaba si James podría cambiar tanto como lo hizo Alex.

Porque mi hermano también había sido un mujeriego. El rey del compromiso cero. Y, sin embargo, aquí estaba. Enamorado hasta las trancas de su mujer y completamente rendido a su hijo.

¿Podría James Weston enamorarse así?

¿Podría enamorarse… de mí?

—¿Cómo fue por Palm Beach? —preguntó Alex, sacándome de mis pensamientos.

Me removí en el sofá, obligándome a salir de la espiral de dudas en la que estaba metida.

—Bien. La finca era preciosa, pero al final, aunque el informe era favorable, el cliente rechazó comprarla. La propietaria tenía unas peticiones muy concretas.

Un par de noches antes, James me lo había contado. Su cliente había decidido descartar la inversión y ahora buscaba otra propiedad similar, algo que se ajustara mejor a sus necesidades.

Alex asintió despacio y de pronto sus ojos se iluminaron como sui acabara de recordar algo.

—Por cierto, ¿te ha dicho algo de la chica con la que está saliendo? Se le escapó el otro día cuando quedamos.

Casi me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué?

Alex me miró con el ceño ligeramente fruncido, sin notar mi reacción exagerada.

—Sí. Theo y Nate estuvieron dándole la brasa con eso, pero no quiso soltar prenda. Dijo que era algo reciente. Aunque seguro que con ellos sí estuvo fanfarroneando.

Intenté mantener la expresión neutra mientras mi corazón se descontrolaba.

—Vaya… —dije, esforzándome por sonar casual—. No tenía ni idea de que estuviera viéndose con alguien.

—Supongo que no es nada serio —añadió Alex, encogiéndose de hombros—. Ya conoces a James.

Sí.

Lo conocía.

Pero, joder, en ese momento me di cuenta de que no tenía ni puta idea de lo que pasaba por su cabeza.

¿Les había hablado a sus amigos sobre mí? Porque, en teoría, la mujer de la que hablaban tenía que ser yo.

¿Le había contado a Theo y Nate que estábamos acostándonos? ¿Había estado presumiendo de ello?

La idea me revolvió el estómago. No quería ser un tema de conversación entre sus amigos. No quería que lo nuestro fuera algo de lo que James hablara como si fuera una simple anécdota.

—¿Estás bien? —preguntó Alex, mirándome con curiosidad.

Parpadeé rápidamente y forcé una sonrisa.

—Sí, claro. Perdona, pero me he acordado de que tengo algo que hacer. Nos vemos en otro momento, ¿vale?

Alex frunció el ceño.

—¿Tan urgente es?

—Sí. Cosas del trabajo.

Me levanté antes de que pudiera hacer más preguntas y le di un beso rápido en la cabeza a Oliver.

—Nos vemos luego, pequeñajo.

Alex me observó con sospecha, pero no insistió.

Menos mal.

Porque en cuanto salí de su apartamento, no fui a casa ni a la oficina.

Fui directa a ver a James.

Treinta minutos después, entraba en el imponente edificio de Wall Street donde estaba su despacho.

No llamé antes. No le di la oportunidad de esquivarme.

Simplemente subí en el ascensor hasta su piso y me dirigí con paso firme hacia la recepción de su empresa.

La recepcionista levantó la vista de la pantalla, con una sonrisa educada.

—¿Tiene cita con el señor Weston?

—No. Pero se va a alegrar de verme.

Antes de que pudiera decir algo más, caminé hacia la puerta de su despacho y la abrí sin llamar.

James estaba sentado en su escritorio, concentrado en la pantalla del ordenador, con la chaqueta colgada en la silla y la corbata ligeramente aflojada.

Cuando levantó la vista y me vio, su expresión pasó de sorpresa a algo más oscuro.

Algo más intenso.

—Avery.

Cerré la puerta tras de mí y crucé los brazos.

—Necesitamos hablar.

Se reclinó en la silla con una media sonrisa.

—¿Sobre qué?

Lo miré directamente a los ojos.

—¿Le dijiste a tus amigos que estás viéndote conmigo?

La sonrisa de James desapareció.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi hermano me comentó que Theo y Nate estuvieron tirándote pullas por tu rollo nuevo.

James no reaccionó de inmediato, pero vi la forma en que su mandíbula se tensó.

—¿Saben que soy yo? —insistí.

Se pasó la lengua por los dientes, como si estuviera decidiendo qué responder.

—Sí, pero no porque fuera presumiendo. Se lo mencioné a Theo de forma confidencial y, bueno… ya sabes cómo es. Se le escapó con Nate.

Resoplé.

—Genial. Ahora soy la comidilla de tus amigos.

—No es así.

Rodé los ojos.

—¿Ah, no? Seguro que se están partiendo de risa con el hecho de que me tienes en tu cama.

James avanzó hasta mí en un solo paso, cerrando la distancia entre nosotros.

—Nadie se está riendo de ti. Y si alguien lo hiciera, le partiría la cara. Theo y Nate saben que esto no es un juego para mí, Avery.

Mi pecho se tensó.

—¿Y qué es para ti, James?

Él me miró fijamente, sin apartarse.

—Dímelo tú. Porque eres tú la que sigue empeñada en llamarlo solo sexo.

Sentí el corazón acelerarse.

—¿Acaso quieres que sea algo más? Eres James Weston, el tipo que nunca se compromete.

James inclinó la cabeza ligeramente con su mirada clavada en la mía.

—No. Soy James Weston, el tipo que se compromete contigo.

Mi respiración se detuvo por un segundo.

¿Qué?

—Avery… —dio un paso más, acercándose lo suficiente como para que pudiera oler su colonia—. Esto es más que solo sexo.

Tragué saliva, sintiendo cómo todo mi cuerpo reaccionaba a sus palabras.

—James, yo…

—No quiero hablarlo ahora —me interrumpió con calma—. Estoy trabajando. Y esto no es una conversación para tener a medias.

Fruncí el ceño.

—¿Entonces qué quieres?

—Que esta noche salgamos a cenar y hablemos de esto. Sin prisas. Sin interrupciones.

Abrí la boca para protestar, pero él me dedicó esa maldita sonrisa segura de sí misma que me desarmaba.

—¿Qué me dices, Avery? ¿Aceptas?

Asentí despacio, sin estar del todo segura de en qué me estaba metiendo.

—Vale.

James sonrió, triunfante.

—Te recojo a las ocho.

24

James

Llevé a Avery a un restaurante elegante, uno que sabía que le gustaría. No demasiado formal, pero lo bastante exclusivo para que pudiéramos hablar con tranquilidad.

No quería presionarla.

Solo quería que entendiera lo importante que era para mí.

Porque ahora que había sido mía, sabía que no iba a dejarla ir. Ni de coña.

Nos sentamos en una mesa junto a una ventana con vistas a la ciudad iluminada. Avery hojeó el menú con aparente tranquilidad, aunque su postura ligeramente tensa me decía que estaba nerviosa.

Bien. Yo también lo estaba.

Cuando el camarero vino a tomar nota, pedimos vino, algo ligero para comer, y esperamos en un silencio cargado.

Sabía que ella no iba a ser la primera en hablar, así que fui directo al grano.

—Sé que sigues pensando que esto no puede ser más que un rollo.

Avery levantó la vista con expresión impasible, aunque sus dedos tamborileaban sobre la mesa demostrando su nerviosismo.

—No lo pienso. Lo es —dijo, con una convicción que no se reflejaba en sus ojos.

Esbocé una medio sonrisa.

—Ajá. Claro.

—James…

—Déjame hablar —dije, recostándome en la silla y tomando la copa de vino—. Quiero contarte algo que no suelo contar.

Avery arqueó una ceja con escepticismo, pero asintió.

Respiré hondo. No sabía por qué me había decidido a contarle esto. Pero tenía que hacerlo. Si quería que confiara en mí, tenía que saberlo todo. Mis luces y mis sombras.

—En la universidad, tuve una novia.

Avery parpadeó, sorprendida.

—¿Tú?

Sonreí, aunque sin demasiado humor.

—Sí. Yo. Me enamoré de ella como un puto idiota. Pasamos dos años juntos y pensé que era la persona con la que iba a estar toda la vida.

Avery no dijo nada, pero la noté tensarse ligeramente.

Me pasé una mano por la nuca antes de continuar.

—Pero un día, sin previo aviso, me dejó. Me dijo que había conocido a otro tío, alguien que tenía una vida más estable, alguien con el que podía ver un futuro —hice comillas con los dedos, recordando sus palabras exactas—. En menos de un mes, estaban viviendo juntos. No tardé en enterarme de que estaba embarazada.

Había algo más. Algo que nunca le había contado a nadie. Pero ahora no era el momento de sacar ese tema. No hasta que lo hubiera resuelto.

—¿Embarazada? —Avery frunció el ceño, sorprendida.

Asentí, pasándome una mano por la nuca.

—Sí. Fue un shock. Hacía poco que lo habíamos dejado cuando me dio la noticia.

Avery frunció el ceño.

—Joder…

Solté una risa baja y amarga.

—Sí. Joder. Estuve mucho tiempo hecho mierda, hasta que un día me harté y decidí que no iba a volver a pasar por eso. —Jugueteé con la copa de vino antes de mirarla de nuevo—. Desde entonces, aposté por lo esporádico. Por no involucrarme. Por no enamorarme. Hasta que llegaste tú.

Ella alzó la mirada de golpe mientras su pecho se movía al ritmo de su respiración acelerada.

—James, siento mucho lo que te pasó, yo…

Me incliné ligeramente sobre la mesa, asegurándome de que me escuchara bien.

—No te estoy diciendo esto para que sientas lástima por mí, Avery. Te lo estoy diciendo porque quiero que entiendas por qué me aterra lo que me haces sentir.

Su mandíbula se tensó.

—¿Y qué es lo que sientes?

—Que me importas demasiado. Que esto es más que sexo. Que, por primera vez en años, quiero intentarlo.

Silencio.

Avery me miró fijamente mientras contenía la respiración, como si intentara procesar mis palabras.

—¿Qué se supone que estás pidiéndome, James? —Tragó saliva—. ¿Que salgamos juntos? ¿Que tengamos una relación estable?

Negué despacio.

—No, Avery. Te estoy pidiendo más que eso. —Su ceño se frunció ligeramente, pero no me interrumpió—. Te estoy diciendo que quiero ser el hombre de tu vida. Y que quiero que tú seas

la mujer de la mía.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Avery parpadeó, aturdida.

—James… solo hace unas semanas que nos estamos viendo.

Me apoyé en la mesa, mirándola con intensidad.

—Pero hace años que nos conocemos. Y llevo sintiéndome atraído por ti desde entonces. Siempre intenté evitarlo, porque pensé que era un error —continué, sin apartar los ojos de ella—. Pero estar contigo en Palm Beach… follar juntos, reírme contigo, verte dormir en mi cama… me jodió vivo.

Avery tragó saliva, apartando la vista un segundo antes de volver a mí.

—James… esto es demasiado.

—¿Demasiado qué? ¿Demasiado real?

Su expresión se endureció un poco.

—Tú no eres de los que apuestan por el «felices para siempre».

—Porque nunca había encontrado a alguien por quien valiera la pena hacerlo.

Ella negó con la cabeza, como si estuviera intentando resistirse.

—¿Y qué pasa si esto no funciona?

Me encogí de hombros, sin apartar la vista de ella.

—No es una opción que vaya a contemplar, porque sé que va a funcionar.

—James…

Me incliné un poco más hacia ella, sujetando su mirada.

—Eres tú, Avery. Lo supe el día que te vi por primera vez en el apartamento de tu hermano. Aunque me lo escondiera. Siempre has sido tú. Todo este tiempo.

Ella exhaló, casi temblando.

—Tengo miedo.

—Y yo.

El aire entre nosotros se volvió denso. Cargado.

Avery me miró con intensidad, sus ojos reflejaban cada una de sus dudas.

Pero entonces, con una decisión silenciosa, respiró hondo y dijo:

—Vale. Acepto. Seré la mujer de tu vida y tú el hombre de la mía.

Mi pecho se expandió y sonreí como un completo idiota.

Porque, después de tanto tiempo negándonos lo que sentíamos, acababa de hacerme el hombre más jodidamente feliz del mundo.

25

Avery

James me besó en cuanto cerró la puerta de su apartamento, con una intensidad que lo decía todo sin necesidad de palabras.

Esta vez era diferente.

No era lujuria desesperada. No era simplemente deseo.

Era amor.

Sus labios se movieron sobre los míos con una lentitud que me erizó la piel. Sus manos recorrieron mis brazos, mi espalda, mi cintura, como si quisiera memorizar cada centímetro de mí.

Me estaba desnudando sin haberme quitado ni una sola prenda.

Gemí contra su boca cuando su lengua se deslizó sobre la mía, llevándose cada pensamiento racional que me quedaba.

—James… —susurré, con las manos apretando la tela de su camisa.

Él deslizó los labios hasta mi mandíbula, dejando pequeños besos que me hicieron estremecer.

—Te deseo, Avery. No tienes ni idea de cuánto… —su voz sonó ronca, cargada de todo lo que sentía.

Mis dedos fueron directos a los botones de su camisa mientras lo miraba a los ojos.

—Y yo, James. Necesito sentirte. Ahora.

James exhaló como si hubiera estado conteniendo el aliento y volvió a besarme, más profundo esta vez, con una ternura que me desarmó por completo.

Nunca me habían besado así.

Nunca nadie me había tocado como si fuera lo más valioso del mundo.

Mi vestido cayó al suelo en cuestión de segundos, dejando mi piel expuesta al calor de su cuerpo. James me recorrió con la mirada, como si estuviera viendo algo sagrado.

—Eres preciosa, Avery.

Me mordí el labio, sintiendo el corazón latir con fuerza.

—¿Y si dejas de hablar y me follas ya?

Sus ojos se oscurecieron al instante.

—De eso nada, cielo. —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Hoy no vamos a follar. Hoy voy a hacerte el amor.

Un estremecimiento me recorrió entera.

Amor.

Me llevó hasta la cama y me tumbó con suavidad, como si fuera un tesoro que no quería romper.

Se inclinó sobre mí y sus labios comenzaron a recorrer mi cuello, mi clavícula, bajando lentamente por mi torso hasta llegar a mis caderas.

Su aliento caliente chocó contra mi piel cuando sus dedos se deslizaron entre mis muslos y separaron el encaje de mis bragas.

—Estás empapada.

Su voz sonó reverencial. Como si fuera un privilegio tenerme así.

No pude responder. No podía pensar en nada que no fuera él.

Me quitó la última prenda que me cubría y, sin apartar la mirada de la mía, hundió la lengua entre mis pliegues.

Un jadeo roto escapó de mis labios.

—Joder… James…

Su boca se movió lenta, provocadora, saboreándome sin prisas, como si tuviera toda la vida para hacerlo.

Sus manos sujetaban mis caderas con firmeza, manteniéndome en su sitio mientras su lengua se deslizaba en círculos perfectos sobre mi clítoris.

Mi espalda se arqueó y mis dedos se enredaron en su pelo.

No estaba solo dándome placer.

Me estaba adorando.

Cuando sentí su lengua presionar con más intensidad, supe que no iba a aguantar mucho más.

—Voy a…

Pero James no me dejó terminar la frase.

Empujó dos dedos dentro de mí y succionó con más fuerza.

Estallé.

Mi cuerpo se tensó con un grito ahogado, perdiéndome en la sensación más devastadora y hermosa que había experimentado jamás.

James no se apartó hasta que mi cuerpo dejó de temblar bajo el suyo.

Cuando subió para besarme, su boca aún sabía a mí.

—Quiero probarte —susurré contra sus labios.

James sonrió con los ojos oscurecidos.

—Tómame, soy tuyo.

Me incorporé y deslicé mis manos hasta el cinturón de sus pantalones, desabrochándolo con la misma calma con la que él me había devorado.

Me arrodillé en la cama y bajé la tela, dejando al descubierto su erección, dura y gruesa, esperándome.

Mi boca descendió sobre él y James soltó un gruñido gutural.

—Joder… Avery…

Sus dedos se enredaron en mi pelo mientras deslizaba la lengua desde la base hasta la punta, envolviéndolo con calor y humedad.

Lo quería todo.

Me moví despacio, succionando con más intensidad mientras mis manos acariciaban lo que mi boca no alcanzaba.

James inclinó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una maldición.

—Si sigues así, no voy a aguantar…

Pero no me detuve.

Quería hacerlo perder el control.

Y cuando sentí su respiración entrecortada y su cuerpo tensarse, supe que lo había conseguido.

Antes de que pudiera correrse, James me sujetó por los hombros y me hizo tumbarme de nuevo.

—No quiero correrme en tu boca.

Se colocó sobre mí y deslizó su mano entre mis muslos.

—Quiero hacerlo dentro de ti.

Sus labios capturaron los míos en un beso profundo mientras me abría para él.

James se inclinó hacia la mesilla, sacó un condón y lo deslizó con calma, sin apartar los ojos de los míos.

Cuando empujó dentro de mí, lo hizo despacio.

Quería sentir cada centímetro, cada segundo de unión entre nosotros.

Gemí contra su boca y él gruñó, moviéndose lentamente, con una reverencia que me dejó sin aliento.

—Eres mía, Avery —murmuró contra mi oído, empujando más profundo—. Solo mía.

Las palabras me hicieron estremecer.

Porque sí.

Lo era. Yo era suya y él mío.

Mis piernas se enroscaron alrededor de su cintura, aumentando la fricción entre nosotros.

James se movió con precisión, llevándome al borde otra vez, empujando fuerte y profundo, pero sin prisas.

—Dios… —jadeé, enterrando las uñas en su espalda.

Él bajó la mirada y atrapó mi boca con la suya mientras seguía moviéndose, creando una tensión exquisita en mi interior.

Lo sentía en todas partes.

En mi cuerpo, en mi piel, en mi pecho. En mi corazón.

Y cuando su ritmo se aceleró y mi cuerpo se arqueó para recibirlo, supe que no había vuelta atrás.

Estaba cayendo.

Cayendo por James Weston.

Y, joder, no me importaba en absoluto.

26

James

Theo llegó al bar veinte minutos tarde, con la chaqueta al hombro y cara de estar hasta los huevos del día.

—Más te vale que esto sea importante, James, porque…

—Necesito que te encargues de un asunto legal.

Se calló al instante. Se sentó frente a mí con el ceño fruncido y dejó la chaqueta sobre la silla.

—¿Desde cuándo me pides ayuda con temas legales? Tú siempre tienes a los mejores abogados de Nueva York a golpe de llamada.

Le di un sorbo al whisky y lo miré fijamente.

—Porque no quiero que esto pase por mi equipo. Quiero que lo manejes tú.

Theo entrecerró los ojos y apoyó los brazos en la mesa.

—Vale, ahora me tienes intrigado. Suéltalo.

—Quiero el divorcio.

La sorpresa en su cara fue tan jodidamente graciosa que, en otras circunstancias, habría disfrutado viéndolo en shock.

—¿Qué coño acabas de decir?

—Lo que has oído.

—No jodas, Weston. —Se inclinó hacia mí, bajando la voz como si acabara de confesarle que había matado a alguien—. ¿Me estás diciendo que llevas años casado y que lo estoy descubriendo ahora?

—Técnicamente, sí.

Theo soltó un resoplido y pasó una mano por su cara.

—Dime que al menos no es un matrimonio real.

—Depende de lo que entiendas por real.

Me miró con los ojos entrecerrados, claramente perdiendo la paciencia.

—Empieza desde el puto principio.

—¿Te acuerdas de aquel viaje a Las Vegas en la universidad?

Theo parpadeó y se echó hacia atrás en la silla.

—Dime que no hiciste lo que creo que hiciste.

Sonreí sin humor.

—Me casé con Madison Clark.

Theo dejó escapar una carcajada de incredulidad.

—No puede ser.

—Oh, sí. Puede ser. Y lo es.

Se pasó la mano por la cara otra vez y negó con la cabeza.

—Joder… Madison. Claro que me acuerdo. La rubia de ojos azules que te tenía comiendo de su mano.

Bufé, apoyando los codos en la mesa.

—Sí, esa misma. —Madison no era solo una ex cualquiera. Era la ex. La única novia de verdad que había tenido. Le conté a Avery nuestra historia, pero me guardé un pequeño detalle: que, técnicamente, estaba casado con ella—. Lo hicimos de coña, medio borrachos. Parecía una broma en aquel momento.

Theo soltó una risa sarcástica.

—Sí, una broma que ha durado diez putos años.

—Nunca nos molestamos en anularlo —admití, con los dientes apretados—. Cuando me dejó, simplemente me largué sin mirar atrás.

—¿Y ella?

—Ni idea. No he sabido nada de Madison en años.

Theo negó con la cabeza, sin creérselo del todo.

—Joder, James… Y ahora que estás con Avery, quieres solucionarlo. ¿Es eso?

Asentí.

—Ella aún no lo sabe. Se lo contaré cuando esté resuelto.

—O cuando esto te explote en la cara.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Theo solo se rio, sacando el móvil del bolsillo.

—Dame su nombre completo y lo que recuerdes de la boda. Si todo va bien, en unas semanas estarás soltero otra vez.

—Hazlo rápido. No quiero que nada se interponga en lo que tengo con Avery.

Theo dejó el móvil sobre la mesa y me miró con media sonrisa.

—Dios… cómo has caído.

Me incliné hacia él, sin dejar de sostenerle la mirada.

—Y ni de coña voy a dejarla escapar.

Theo silbó bajo y se terminó su copa de un trago.

—Pues más te vale conseguir ese divorcio antes de que Avery lo descubra por otro lado.

No di importancia a sus palabras, porque sabía que no iba a pasar. A fin de cuentas, nunca me pareció un asunto relevante. Era un simple tecnicismo al que no me había enfrentado porque la idea de ponerme en contacto con Madison siempre me resultó innecesaria.

Pero ahora que estaba con Avery, lo veía de otra forma. Madison formaba parte de un pasado que ya no significaba nada para mí, y era hora de cerrar esa etapa de una vez por todas.

***

Después de hablar con Theo, me dirigí a casa de Alex.

Avery y yo habíamos quedado en que yo sería quien le diría que estábamos juntos. Y ya era hora.

El tráfico a esas horas era una mierda, lo que me dio demasiado tiempo para pensar. Para preguntarme cómo iba a reaccionar Alex cuando se enterara.

Porque una cosa era que Theo y Nate lo supieran, y otra muy distinta era que lo supiera su hermano.

Cuando por fin aparqué frente a su casa, respiré hondo y salí del coche. No había marcha atrás. Toqué el timbre con firmeza.

Alex me abrió la puerta con el ceño fruncido.

—¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a ver a mi amigo?

Me miró con escepticismo y se cruzó de brazos.

—No si vienes con esa cara de «necesito decirte algo importante».

Entré sin esperar invitación y me dirigí a la sala. Alex cerró la puerta tras de mí y se giró con los brazos aún cruzados. Se dejó caer en el sofá y me miró con el ceño fruncido, claramente esperando a que soltara lo que fuera que me había traído hasta aquí.

Me pasé una mano por la nuca, respiré hondo y fui directo al grano.

—¿Recuerdas el otro día que te dije que estaba viéndome con alguien?

Sus ojos se afilaron un poco.

—Sí. ¿Qué pasa con eso?

Tragué saliva.

—Es Avery.

El silencio que siguió fue jodidamente incómodo.

Alex me sostuvo la mirada durante unos segundos interminables, como si estuviera esperando que dijera que era una broma. Como si necesitara procesar la información.

Después, soltó una carcajada seca.

—¿Me estás jodiendo?

—No.

Su mandíbula se tensó al instante.

—¿Desde cuándo?

—Desde Palm Beach.

Su ceño se frunció un poco más.

—Joder… ¿Desde Palm Beach? ¿Cuánto ha pasado desde ese viaje? ¿Un mes?

—Más o menos.

—¿Y me lo dices ahora?

Me encogí de hombros.

—Avery y yo queríamos esperar hasta estar seguros.

Alex me miró con expresión de pocos amigos.

—¿Seguros de qué?

—De que esto no es un capricho, Alex. De que va en serio.

Lo estudié en silencio. Podía ver la lucha interna en su cabeza. El cabreo de hermano mayor mezclado con la lealtad de un amigo.

—Voy a ser claro contigo, James.

—Dale.

Alex entrecerró los ojos.

—Si alguna vez la haces llorar, te parto las putas piernas.

No dudó ni un segundo al decirlo, y eso me hizo sonreír.

—Justo lo que esperaba escuchar.

Su expresión no cambió.

—No me lo tomo a broma.

—Yo tampoco. Avery me importa. Me importa de verdad.

Alex me sostuvo la mirada un momento antes de soltar un suspiro y reclinarse en el sofá.

—No sé qué cojones ve en ti, pero si ella está contigo es porque lo ha decidido.

—Así es.

Se quedó en silencio un momento y luego me señaló con el dedo.

—Pero no la cagues, Weston. Porque si lo haces, no solo perderás a una mujer increíble, también me perderás a mí.

Me quedé callado un momento antes de asentir despacio.

—No voy a cagarla.

Entonces, estaba seguro de que sería así, aunque no tenía ni idea de lo que estaba por venir.

27

James

Estaba en casa, sentado en el sofá con un vaso de whisky a medio terminar y un montón de documentos esparcidos sobre la mesa de centro. Intentaba concentrarme en ellos, pero mi cabeza estaba en otra parte.

En Avery.

Habíamos quedado para cenar juntos esa noche. Desde que le había dicho a Alex que estábamos juntos, las cosas parecían más sólidas entre nosotros. Más reales.

Sonreí, echando la cabeza hacia atrás en el sofá.

Joder, cómo había cambiado todo.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría en una relación, una de verdad, me habría reído en su cara.

Pero con Avery… todo era distinto.

Miré el reloj. Aún faltaba una hora para que llegara.

Me incliné hacia adelante y volví a fijar la vista en los papeles. Eran contratos de inversión, nada complicado, pero no podía evitar darle vueltas al puto divorcio. Theo me había dicho que estaba en marcha, que no tardaría demasiado.

Bien. Cuanto antes terminara con eso, mejor.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos.

Fruncí el ceño.

No esperaba a nadie.

Pensé que tal vez Avery había decidido venir antes, así que sin pensarlo demasiado me levanté para abrir.

Pero cuando lo hice, no era Avery quien estaba al otro lado.

Era Madison.

El pasado, materializándose de golpe frente a mí.

—¿Qué haces aquí, Madison?

Ella arqueó una ceja, como si la pregunta fuera estúpida.

—Recibí la llamada de tu abogado. Me dijo que querías el divorcio.

Asentí, con incredulidad. ¿Una simple llamada de mi abogado la había traído hasta aquí? ¿Después de una década sin vernos?

Madison no esperó una invitación.

Simplemente entró con la misma confianza con la que siempre había invadido mi espacio y se dejó caer en el sofá.

—Veo que sigues bebiendo whisky caro —comentó, echando un vistazo a un vaso que había dejado sobre la mesita de café.

Ignoré la pulla y cerré la puerta tras ella.

—Veo que sigues entrando en los sitios como si te pertenecieran.

Mi comentario no pareció afectarle.

—Vamos, James. No pongas esa cara. Solo quiero hablar.

Solté un suspiro y me apoyé en el borde de la mesa, cruzándome de brazos.

—¿Sobre qué?

Ella inclinó la cabeza, evaluándome.

—Han pasado diez años, ¿por qué divorciarse ahora?

Madison entrecerró los ojos, esperando mi respuesta.

No me anduve con rodeos.

—Porque he conocido a una mujer.

Vi cómo su expresión se tensaba apenas un segundo antes de recuperar la compostura.

—Vaya… Qué inesperado. Cuando rompimos me dijiste que nunca volverías a enamorarte.

—¿Qué esperabas que dijera? Me jodiste. Pero de eso hace diez años. Las cosas han cambiado mucho desde entonces.

Ella jugueteó con un mechón de su cabello rubio antes de mirarme de nuevo.

—¿Y vais muy en serio?

—Sí.

Su sonrisa se volvió algo más tensa.

—Me alegro por ti —dijo con un tono suave—. De verdad.

No respondí. Solo la observé, esperando el verdadero motivo por el que estaba aquí.

—Siempre me supo mal cómo terminaron las cosas entre nosotros, James. Sé que te hice daño. Pero en aquel momento, pensé que estaba tomando la decisión correcta —continuó—. Lo mío con él… creí que era lo que necesitaba.

Fruncí el ceño.

—¿Y lo fue?

Madison soltó una risa baja y sin humor.

—Duró apenas unos años. Lo intentamos, pero no funcionó.

Madison bajó un poco la mirada, como si sus propias palabras la sorprendieran.

—He pensado en nosotros a menudo, ¿sabes?

Apreté la mandíbula y crucé los brazos.

—Pues yo no.

Su cabeza se alzó de golpe, con una sombra de sorpresa en su expresión.

—¿No? ¿Ni un poquito?

Negué sin titubear.

—Me dejaste hecho mierda, Madison. Y sin ganas de recordarte.

Sus labios se separaron ligeramente, pero no dijo nada. Por primera vez en toda la conversación, parecía haberse quedado sin palabras.

Pero solo le duró un segundo.

—James, yo… —Sacudió la cabeza, soltando un suspiro—. Nunca quise hacerte daño.

Bufé.

—Pues te salió de puta madre.

Sus ojos se oscurecieron un poco, pero no insistió.

Hubo un breve silencio entre nosotros, cargado, tenso.

No tenía nada más que decirle.

Así que me dirigí hacia la puerta, dejando claro con ese simple gesto que quería que se marchara. Que esto ya no tenía sentido.

Madison entendió el mensaje. Se levantó con calma, alisándose la falda con las manos antes de acercarse a mí.

Y entonces, sin previo aviso, se puso de puntillas y me besó en la mejilla.

Cerca de los labios.

Demasiado cerca.

—Ha sido maravilloso estar casada contigo, James —susurró con una media sonrisa antes de girarse y salir por la puerta.

Y entonces la vi.

A Avery.

De pie en el umbral, mirándonos.

Sus ojos se clavaron en mí primero. Luego en Madison, que pasó por su lado sin detenerse.

Su expresión era una mezcla de confusión, incredulidad… y algo que dolió más que cualquier otra cosa.

Decepción.

Mi estómago se hundió.

—Avery…

Pero ella ya estaba retrocediendo.

Joder.

Joder.

—¿Qué acabo de presenciar? —preguntó, con la voz tensa, contenida.

Di un paso hacia ella, pero se apartó.

—Avery, te lo puedo explicar si entras.

—¿Estás casado? —espetó, con los ojos ardiendo de incredulidad.

Apreté la mandíbula.

—No. Sí. Es… complicado.

—Eso no ha sonado muy convincente, James.

Pasé una mano por mi nuca, sintiendo el control de la situación escaparse a toda hostia.

—Si entras, te lo contaré todo.

Ella soltó una risa seca.

—¿Ella es la mujer de la que me hablaste? ¿La de la universidad?

—Sí —admití.

Avery asintió lentamente, con su expresión endureciéndose.

—Nunca me dijiste que estuvieras casado con ella.

Inspiré hondo, buscando las palabras correctas.

—Porque ni siquiera es importante. Fue una jodida locura en un viaje a Las Vegas y…

—¿No es importante? —me cortó, su tono ahora afilado—. ¿Me estás diciendo que llevas diez años casado y no es importante?

Mierda.

—Avery, escúchame…

—Me mentiste.

Su voz fue un susurro. Pero uno cargado de rabia.

Negué rápidamente.

—No te mentí. Solo… lo omití.

Ella soltó un resoplido, negando con la cabeza mientras retrocedía aún más.

—Lo llamemos como lo llamemos, James, el resultado es el mismo. Me ocultaste algo importante.

Podía ver la decepción en su cara. Y joder, dolía. Dolía mucho. Demasiado.

—Avery…

Pero ya no me estaba escuchando.

Se giró y se marchó.

Sin mirar atrás.

28

James

Los días siguientes fueron una jodida pesadilla.

Avery no me cogía el teléfono. No respondía a mis mensajes, y cada vez que intentaba encontrarla en la oficina, su asistente me decía con una expresión incómoda que «estaba fuera en reuniones». Sabía que era una excusa. Me estaba evitando.

Pasé las noches en vela, con el móvil en la mano, esperando que se dignara a contestar. Pero nunca lo hacía. Por primera vez en mi vida, me estaba volviendo loco por una mujer. Y lo peor era que esta vez no tenía a quién culpar más que a mí mismo.

***

Cuando aquella tarde llamaron a la puerta, salté del sofá como un puto desesperado. Tenía que ser ella. Tenía que haber cambiado de opinión.

Pero cuando abrí, no era Avery quien estaba al otro lado.

Era Alex.

Y antes de que pudiera abrir la boca, me estampó un puñetazo directo en la mandíbula.

Mierda.

El golpe me hizo tambalearme hacia atrás, pero no caí. Me llevé la mano a la cara y parpadeé, aturdido.

—Te lo advertí, Weston.

Su voz estaba cargada de ira contenida y tenía los ojos encendidos. Inspiré hondo, tratando de controlar el impulso de devolvérsela.

—Joder, Alex…

—Ha venido a casa llorando. —Su mandíbula se marcó con rabia—. Me lo dijo entre lágrimas, incapaz de contenerse. ¿Estás casado con Madison?

Cerré los ojos un segundo, soltando un resoplido.

—Sí, pero…

—Hostia puta, James… ¿Y en todo este tiempo no encontraste un momento para decirnos nada?

—No pensé que fuera relevante.

—Llevas diez años casado. ¿De verdad crees que eso no es relevante?

Mi estómago se hundió. Alex conocía toda la historia. Estuvo ahí cuando me pasaba los días encerrado en mi habitación de la residencia sin levantar cabeza. Sabía lo jodido que me dejó. Pero eso no justificaba que no se lo hubiera contado.

—¿Y no creíste necesario al menos contárselo a mi hermana? —continuó, mirándome con rabia—. ¿Tienes idea de cómo se sintió al enterarse así?

—Iba a hacerlo cuando estuviera todo en orden. No quería que una boda que solo era un trámite, con alguien que no significaba nada, la hiciera sentir insegura.

Alex soltó una risa incrédula.

—Oh, vaya, así que te callaste por su bien. Qué considerado.

Pasé una mano por mi nuca y apreté los dientes, conteniéndome.

—Avery me importa, maldita sea. Me importa más de lo que me ha importado nunca nadie. Me casé con Madison cuando era un niñato que creía saberlo todo sobre el amor. Pero está claro que estaba equivocado. Porque es ahora cuando realmente sé lo que significa.

Alex negó con la cabeza y me lanzó una mirada asesina.

—Si de verdad es cierto, arréglalo. Porque aunque ahora mismo lo único que quiero es partirte las piernas, sé que le importas demasiado a mi hermana. Así que más te vale encontrar la forma de solucionarlo antes de que sea demasiado tarde.

Respiré hondo, sintiendo el peso de su advertencia en cada jodida palabra.

—Lo haré.

—Más te vale. Porque si vuelves a hacerla llorar, no habrá segundas oportunidades.

Y con eso, se giró y salió de mi apartamento, dejándome con la mandíbula dolorida y la cabeza hecha un puto caos.

***

Esa noche, después de dar vueltas por mi casa sin poder concentrarme en nada, agarré el móvil y llamé a Theo. Lo necesitaba todo solucionado cuanto antes.

—Dime que tienes noticias para mí —solté en cuanto respondió.

—Joder, James. ¿Tienes idea de qué hora es?

—Me importa una mierda la hora. ¿Qué pasa con Madison?

Theo suspiró al otro lado de la línea, como si estuviera demasiado cansado para lidiar conmigo.

—Hablé con su abogado. No está poniendo pegas, pero hay trámites que llevan su tiempo. No es algo inmediato.

Apreté los dientes.

—Haz lo que sea necesario para acelerarlo.

—James…

—No quiero excusas, Theo. Quiero ese divorcio firmado cuanto antes.

Silencio.

—¿Es por Avery?

—¿Tú qué crees?

Theo resopló.

—Mira, tío. Si de verdad quieres recuperarla, vas a necesitar más que unos putos papeles firmados.

Me pasé una mano por la cara, sintiendo la frustración crecer en mi interior.

—Lo sé.

—Entonces deja de comportarte como un puto desesperado y encuentra la manera de recuperar su confianza.

Colgué sin responder.

Porque, joder, Theo tenía razón.

Necesitaba más que palabras. Necesitaba demostrarle que iba en serio.

Y ya sabía cómo iba a hacerlo.

Quería esperar un poco más antes de sacar ese as de la manga. Era una sorpresa que estaba guardándome para más adelante, algo que planeaba hacer cuando todo estuviera más asentado entre nosotros.

Pero ya no tenía tiempo.

Si quería recuperar a Avery, tenía que hacerlo ahora.

29

Avery

Estaba en el sofá, con una manta sobre las piernas, un bol de helado a medio terminar y una comedia romántica en la pantalla que ni siquiera estaba viendo.

Mi cabeza, por mucho que intentara evitarlo, seguía en James Weston y en lo increíblemente capullo que era.

Habían pasado días desde la última vez que hablamos. Desde que lo vi en la puerta de su apartamento con su exnovia hablando de lo magnífico que había sido estar casada con él. Desde la vez que fui a ver a Alex y le conté lo sucedido. Mi hermano escuchó todo con la mandíbula apretada, se pasó la mano por la cara con frustración y me prometió que, si yo quería, le partiría la cara a James. Le pedí que no lo hiciera. Pero lo conocía. Solo esperaba que no le hubiera dado muy fuerte.

Y aún así, seguía pensando en él.

Bufé y metí otra cucharada de helado en mi boca, ignorando la sensación molesta en mi pecho. Había hecho lo correcto alejándome de él. Si James no había confiado en mí lo suficiente como para contarme algo así, ¿qué garantía tenía de que no volvería a ocultarme algo importante?

Mi móvil vibró sobre la mesa. Lo ignoré al principio, pero tras un segundo de duda, lo cogí.

Era un mensaje de James.

Rodé los ojos y abrí el mensaje sin muchas ganas.

Era una foto.

Fruncí el ceño y amplié la imagen.

Eran los papeles del divorcio.

Firmados.

Me quedé mirándolos un momento, sintiendo cómo la rabia volvía a hervirme por dentro. Como si eso arreglara algo.

Que estuviera casado no era el problema. Lo era la mentira. Lo que de verdad me jodió no fue su matrimonio, sino que me lo ocultara. Que no confiara en mí lo suficiente como para decírmelo.

Iba a bloquear la pantalla cuando otro mensaje entró.

Un billete de avión.

Destino: Palm Beach.

Mi estómago se encogió al instante.

Solo lo acompañaba un simple mensaje de texto.

«Te espero mañana a las 9. Tengo algo importante que enseñarte.»

Pestañeé.

¿Palm Beach?

Mi primera reacción fue soltar una risa incrédula y lanzar el móvil al sofá. ¿De verdad creía que iba a presentarme allí solo porque él lo decía?

Pero a medida que los minutos pasaban, el enfado se mezcló con otra cosa.

Curiosidad.

James Weston no hacía cosas sin motivo. Y si me estaba pidiendo que fuera hasta allí, significaba que tenía algo grande preparado.

Me mordí el labio, mirando la pantalla de mi móvil otra vez.

Mi parte racional me decía que lo ignorara, que no volviera a meterme en su juego.

Pero la otra parte, la que siempre había sido incapaz de resistirse a James, no podía dejar de preguntarse qué demonios tenía que enseñarme.

Suspiré y, antes de pensarlo demasiado, abrí la aplicación de la aerolínea e hice el check-in.

Joder.

Esto iba a ser una completa locura.

***

El vuelo a Palm Beach se me hizo eterno.

No sabía si era por la incertidumbre de no saber qué demonios me esperaba allí o porque cada minuto que pasaba me acercaba más a James. A James y a lo que sea que tenía planeado.

Cuando aterricé, lo primero que vi al salir de la terminal fue un coche esperándome. Un hombre con traje impecable sostenía un cartel con mi nombre.

Me acerqué con cautela.

—¿Señorita Griffin?

—Sí.

El hombre asintió con profesionalidad y abrió la puerta trasera del coche.

—El señor Weston me pidió que la llevara a su destino.

Rodé los ojos, sin sorprenderme. Claro que había planeado hasta el último detalle.

Me acomodé en el asiento trasero y, en cuanto el coche arrancó, reconocí el camino.

No podía ser.

Me incorporé un poco, mirando por la ventanilla con el ceño fruncido. Cada kilómetro que recorríamos me era más familiar. Sabía a dónde íbamos.

Mi corazón empezó a latir más rápido cuando el coche tomó el desvío y entró en la carretera que llevaba a la finca que habíamos valorado.

La misma finca que no había podido dejar de pensar desde que la vimos.

Cuando el coche se detuvo frente a la entrada, sentí un nudo en el estómago.

Inspiré hondo y bajé, sintiendo la brisa cálida en la piel.

Y entonces lo vi. A James.

De pie, esperándome junto a la puerta de la finca, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en mí.

Mi corazón dio un vuelco.

Porque su expresión no tenía rastro de la arrogancia de siempre.

No había sonrisas de suficiencia.

No había poses de tipo seguro de sí mismo.

Solo estaba él.

Serio. Decidido.

No había ni rastro de la arrogancia habitual en su expresión, y eso solo hizo que mi estómago se encogiera aún más.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, rompiendo el silencio.

James dio un paso hacia mí y, sin dudar, tomó mi mano.

—Hay algo que debo contarte. Vamos.

No tuve tiempo de protestar. Me guio por el camino de piedra que llevaba a la casa anexa a la finca principal. La misma casa que me había enamorado desde el primer momento en que la vi.

Pero algo era diferente.

Las ventanas estaban abiertas, dejando entrar la brisa marina. Algunas herramientas de obra descansaban contra la pared y había olor a madera nueva en el aire.

La estaban reformando.

Me giré hacia James, confusa.

—¿Qué es todo esto?

Él inspiró hondo, sin soltar mi mano.

—Cuando vinimos aquí la primera vez, no fuiste la única que se enamoró del lugar. Yo también lo hice.

Mi pecho se apretó.

—¿Qué…?

—Sabía que mi cliente original no aceptaría las condiciones de la propietaria, así que busqué a otro inversor. Alguien que realmente entendiera el valor de este sitio. Me costó, pero al final encontré a la persona adecuada.

Me quedé en silencio, intentando procesar lo que estaba diciendo.

—¿Entonces… el hotel sigue en marcha?

—Sí. Bajo las condiciones de la propietaria. No habrá reformas invasivas ni cambios drásticos. El lugar seguirá siendo lo que siempre ha sido.

Tragué saliva, impresionada.

Pero antes de que pudiera decir nada más, James apretó ligeramente mi mano y me miró con intensidad.

—¿Recuerdas a la mujer que nos encontramos frente a la casa la primera vez que la visitamos?

Asentí, sin entender adónde quería llegar.

—Era la propietaria. Lo descubrí la mañana antes de volver. No podía dormir, así que me levanté temprano y fui hacia la finca. Volví a encontrármela y esta vez me lo contó. Me dijo que su marido y ella empezaron con la casa de huéspedes, como un pequeño proyecto, hasta que decidieron apostar por comprar la finca que luego se convertiría en el hotel.

Hizo una pausa, buscando mis ojos.

—Fueron muy felices aquí. Por eso quería dejar el lugar en buenas manos. Me alegro de haber encontrado un inversor que supiera apreciarlo.

Sentí la garganta cerrarse.

James me miró con algo que me hizo temblar por dentro.

—E hice un trato con él.

Mi respiración se volvió errática.

—¿Cuál?

Su pulgar acarició la parte interna de mi muñeca, enviando un escalofrío por mi piel.

—Que podía quedarse con la finca y el terreno, pero que quería esta casa para mí.

Mis labios se entreabrieron.

—¿Para ti?

James asintió lentamente.

—Para mí… para nosotros.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—James…

—Compré esta casa porque cuando te escuché decir que sería el refugio perfecto para

escapar de la ciudad, supe que tenía que dártelo. Que tenía que dárnoslo.

Mi garganta se cerró.

No podía ser real.

James Weston, el hombre que había construido una vida en la que no había espacio para compromisos, había comprado una casa con nosotros en mente.

Él me estudió con seriedad, esperando mi reacción.

Esperando saber si aún tenía alguna oportunidad.

Y joder, claro que la tenía.

Respiré hondo y lo miré a los ojos.

—Eres un idiota.

James soltó una risa baja, pero no apartó la mirada de la mía.

—Lo sé. Tendría que habértelo contado, Avery. Sé que la cagué. Pero no lo hice porque Madison significara algo para mí. Nos casamos como un juego, y nunca le di importancia porque… porque nunca había conocido a nadie que me hiciera plantearme el matrimonio de verdad. Hasta que llegaste tú.

Mi respiración se entrecortó.

—James…

Él dio un paso hacia mí y tomó mi rostro entre sus manos con delicadeza.

—Sé que quiero hacerlo todo contigo, Avery. Lo bueno, lo malo, lo jodidamente complicado. Por eso pedí el divorcio después de tanto tiempo sin enfrentarme a ello. Porque lo único que quiero es estar contigo.

Tragué saliva, sintiendo cómo cada palabra se hundía en lo más profundo de mí.

—¿Me perdonas? —susurró.

Lo miré un segundo más, viendo la absoluta sinceridad reflejada en sus ojos.

Y entonces, sin pensarlo más, me lancé a su boca.

James me atrapó entre sus brazos, besándome con urgencia, con necesidad, con esa intensidad que hacía que me olvidara de todo.

No quedaban dudas.

Siempre había sido él.

Epílogo
Avery

—Cierra el trato, Harper. No dejes que duden ni un segundo —dije con seguridad mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja, al tiempo que revisaba los últimos documentos sobre mi escritorio.

Una de mis agentes asintió al otro lado de la línea y, tras unas últimas instrucciones, colgué con una sonrisa satisfecha. Otra casa vendida. Otro cliente contento.

Me recosté en la silla, estirándome un poco, y en cuanto mi vista se desvió hacia la gran cristalera de mi despacho, lo vi.

James estaba apoyado contra su coche negro, con las manos en los bolsillos de su traje impecable y esa expresión de arrogancia despreocupada que aún después de todo este tiempo seguía poniéndome de los nervios y poniéndome caliente a partes iguales.

Negué con la cabeza, conteniendo una sonrisa. Sabía que, en cuanto saliera por la puerta, me recibiría con uno de sus comentarios insufribles sobre lo mucho que le encanta verme en «modo jefa».

—Señorita Griffin, ¿quiere que le traiga algo antes de irse? —preguntó mi asistente asomándose por la puerta.

—No, gracias. Ya he terminado por hoy.

Cogí mi bolso, recogí unos papeles sueltos y me dirigí hacia la salida.

Cuando salí del edificio, James ya tenía la puerta del coche abierta para mí.

—Siempre tan caballeroso —comenté con una sonrisa mientras me subía.

Él se inclinó un poco antes de cerrar la puerta y, con esa voz grave que sabía exactamente cómo afectarme, murmuró:

—Solo cuando quiero algo a cambio.

Puse los ojos en blanco, pero mi piel se estremeció. Porque sabía que ese algo a cambio sería muy satisfactorio.

James rodeó el coche y se subió al asiento del conductor.

—¿Cómo fue el día? —preguntó mientras arrancaba.

—Agotador, pero productivo. Vendí la casa que llevaba semanas en el mercado y que muchos daban por perdida

Él asintió con aprobación.

—Sabía que lo harías.

Ese era James. Siempre seguro de mí, incluso cuando yo misma dudaba.

—¿Dónde vamos? —pregunté, notando que tomaba una dirección diferente a la de nuestro apartamento.

—A celebrarlo.

Le lancé una mirada de sospecha.

—¿Celebrarlo cómo?

—Cena en un restaurante elegante, champán, postre… y después, me quitas este traje en casa.

Me reí.

—¿Y si quiero quitarte el traje antes de la cena?

James me miró de reojo con una sonrisa ladeada.

—Cielo, ¿te das cuenta de lo mucho que has cambiado?

—¿Para bien?

—Para jodidamente mejor.

Sonreí, sintiendo ese calor familiar extenderse por mi pecho. A veces todavía me sorprendía lo natural que se había vuelto todo con James. Nuestra vida, nuestra rutina, la forma en la que habíamos encajado el uno en el otro sin darnos cuenta.

Al final, mudarnos juntos fue lo lógico. Pasábamos cada noche juntos, en su ático o en mi apartamento, así que un día dejamos de ir de un lado a otro y simplemente hicimos oficial lo que ya era un hecho.

Ahora, su ático era nuestro hogar.

James tomó mi mano con la suya mientras conducía y miró brevemente mi anillo de compromiso.

—En dos meses serás oficialmente Avery Weston.

—Eso si no decido huir antes.

James soltó una carcajada.

—Huye todo lo que quieras, pero siempre te encontraré.

Y no dudaba ni un segundo que lo haría.

Llevábamos un año juntos y todo lo que alguna vez pensé que sería complicado entre nosotros, simplemente… no lo era.

Claro, seguíamos teniendo nuestras discusiones. Yo era terca, él era arrogante. Pero cada vez que había un problema, lo hablábamos. Cada vez que uno de los dos metía la pata, lo solucionábamos.

Y cuando el mundo se volvía demasiado ruidoso, teníamos nuestro refugio en Palm Beach.

—Por cierto —dije, apoyando la cabeza en el asiento—, la próxima semana quiero ir a nuestro refugio.

James asintió. Sabía que me refería a nuestra casa en Palm Beach. Siempre lo llamaba así.

—Me parece bien. También quiero ver cómo van los últimos detalles de la reforma.

Habíamos decorado la casa a nuestro gusto, manteniendo ese aire rústico y acogedor que nos enamoró la primera vez. Pasábamos allí al menos un fin de semana al mes, lejos del caos de Nueva York, solo nosotros dos.

—Quizás esta vez deberíamos llevar a Oliver con nosotros.

James soltó un bufido.

—¿Sabes qué significa eso?

Sonreí.

—Significa que Alex pasará todo el fin de semana enviándonos mensajes para asegurarse de que su hijo sigue vivo.

James rio.

—Exacto.

Oliver estaba enorme. Cada vez que lo veía, me costaba creer que ese pequeño bebé ahora caminaba por toda la casa de mi hermano, exigiendo atención con su vocecita.

—Y también quiero ver a Charlotte y a la niña.

—Seguro que Nate no nos deja acercarnos sin un manual de instrucciones.

Reí.

—Es su primera hija, está en modo protector.

Charlotte y Nate habían tenido a su bebé hacía ya unos meses. Una niña preciosa que había hecho que Nate se convirtiera en un hombre completamente diferente.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró James con una sonrisa de diversión.

—¿Qué?

—Que Theo es el único que sigue soltero.

Reí con ganas.

—Pobre Theo. Debe sentirse como un bicho raro entre todos vosotros.

—Oh, lo está llevando fatal. El otro día me dijo que se niega a caer en «La maldición de los bebés».

—Dale tiempo.

—Eso mismo le dije yo.

Nos reímos juntos y, cuando James aparcó en el garaje subterráneo, se giró hacia mí con una sonrisa perezosa.

—¿Sigues queriendo saltarte la cena y todo lo demás?

Lo miré un segundo, fingiendo pensarlo.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

Me acerqué, desabroché su cinturón y susurré contra sus labios:

—Que la cena puede esperar.

James gruñó y, en un solo movimiento, me sacó del coche y me cargó en brazos hacia el ascensor.

—Joder, Avery. Vas a matarme.

Reí contra su cuello.

—Sí, pero qué manera de morir, ¿eh?

El ascensor se cerró con un *ding* y James me miró con esa intensidad que siempre me dejaba sin aliento.

—Hablando de morir de placer… —murmuró, rozando mis labios—. Creo que quiero caer en la maldición de los bebés cuanto antes.

Mi corazón se detuvo un segundo antes de acelerarse el triple.

—¿Ah, sí?

James asintió.

—Para eso, tendremos que empezar a practicar en serio.

Solté una carcajada justo cuando la puerta del ascensor se abrió y, antes de que pudiera responder, James me llevó directo a nuestro hogar.

Porque después de todo, James Weston era mi hogar.

Y yo era el suyo.

Extra
James

El sonido del móvil vibrando sobre mi escritorio me sacó de los informes que estaba revisando.

Theo.

Fruncí el ceño. Si algo había aprendido con el tiempo, era que cuando Theo llamaba en vez de mandar un mensaje, significaba que tenía un problema.

Deslicé el dedo por la pantalla y me llevé el móvil al oído.

—Dime.

—Estoy jodido.

Me apoyé en el respaldo de la silla.

—¿Jodido en qué sentido? ¿Qué has hecho esta vez?

—No hice nada. Me lo hicieron a mí.

Fruncí el ceño.

—¿De qué coño hablas?

Theo dejó escapar un resoplido antes de soltarlo de golpe:

—Esta mañana ha llamado a mi puerta una mujer con un bebé en brazos y me ha dicho que el crío es mío.

Silencio.

Parpadeé, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—Perdona, ¿qué?

—Lo que has oído —gruñó él—. Una tía apareció en mi casa con un puto bebé y me dijo que soy el padre.

Tuve que morderme el interior de la mejilla para no soltar una carcajada.

—Hostia, Theo… —Pasé una mano por mi cara—. ¿Y quién se supone que es la madre?

—Una chica con la que me lie el año pasado. Nos enrollamos unas cuantas veces y, un día, desapareció sin dejar rastro. Ni una llamada, ni una explicación. Pero ahora su hermana ha aparecido de la nada convencida de que su bebé es mío.

—¿Su hermana? ¿Y dónde está la madre?

—Falleció hace un par de meses y su hermana decidió que era el momento de decirme que el crío podría ser mío.

Joder. No me esperaba eso.

—Mierda, Theo…

—Ajá. Y ahora tengo a una desconocida con pintas raras en mi salón mirándome como si fuera la peor escoria del planeta mientras sostiene a un bebé que podría ser mío.

Se me escapó una risa baja. Fue inevitable. Todo me parecía tan… ¿absurdo?

—Me alegro de que te haga gracia, capullo.

—No es eso, joder. Solo intento asimilarlo. ¿Y qué demonios significa «pintas raras»?

—No sé, tío. Tatuada hasta el cuello, con una sudadera enorme de AC/DC y unos vaqueros rotos que parecen haber sobrevivido a una guerra.

—O sea, tu opuesto.

—Exacto.

Sonreí con diversión.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Que no se va de mi casa hasta que me haga la prueba de ADN.

—¿Y te la has hecho ya?

—No.

—¿Por qué?

—Porque llevo toda la puta mañana intentando procesar que, al parecer, hay un mini Theo en este mundo y nadie se molestó en decírmelo.

Solté una risa baja.

—Parece que la maldición de los bebés te alcanzó.

—Que te jodan, Weston.

Justo entonces, escuché una voz femenina al fondo.

—Eh, abogado listillo, tu nevera está vacía. Si me voy a quedar aquí, al menos compra algo decente.

Contuve una sonrisa.

—Joder, Theo… ya está mandando en tu casa.

—Cállate, James.

Sí. Definitivamente, esto iba a ser muy divertido.

Sinopsis de Un problema millonario



Un bebé inesperado. Dos polos opuestos. Y una atracción imposible de ignorar.

Mi nombre es Lily Dawson y **no debería estar aquí**.

No debería haber cruzado medio país solo para plantarme en la puerta de Theo Reynolds, un abogado neoyorquino con más ego que sentido común. No debería estar sosteniendo a mi sobrino mientras le digo que mi hermana, con la que se acostó, murió hace unos meses… y que, aunque él nunca lo supo**, puede que el bebé sea suyo**.

Pero aquí estoy.

Nunca he necesitado a nadie, y mucho menos **a un tipo arrogante** que claramente no tiene ni idea de qué hacer con un bebé, pero si él es su padre, debe saber la verdad. No es una opción, es su derecho.

El problema es que Theo Reynolds no es un hombre fácil. Es inteligente, exitoso y demasiado guapo para su propio bien, pero también es el mayor capullo que he conocido en mi vida.

Y ahora estamos atrapados bajo el mismo techo, intentando averiguar si este niño es suyo… y si podemos soportarnos lo suficiente como para no matarnos en el proceso.

No me gusta su actitud. No me gusta su estilo de vida. **No me gusta él.**

Entonces, ¿por qué cada vez que me mira de esa forma me dan ganas de olvidarme de todo lo que sé sobre él… y rendirme a lo inevitable?

Advertencia: Esta historia contiene tensión, discusiones explosivas, un hombre que no quiere ataduras y una mujer que está dispuesta a ponerlo de rodillas. ¿Lista para conocer a Theo Reynolds?

¡Ya en preventa!

Serie millonarios insoportables de Manhattan

#1 Un acuerdo millonario

Nate & Charlotte

Tropo: matrimonio por contrato

Ver en tienda

#2 Un contrato millonario

Emma & Alex

Tropo: embarazo inesperado

Ver en tienda

¡Únete al Club de las Princesas modernas!

¡Hola, princesa!

Si has llegado hasta aquí, significa que has sobrevivido a James Weston, su ego del tamaño de Manhattan y su incapacidad inicial para admitir lo que todos veíamos venir: que estaba completamente perdido por Avery Griffin. Espero que esta historia te haya hecho reír, suspirar y comprobar que, a veces, los hombres que dicen no enamorarse… son los que más fuerte caen.

Si esta historia te ha atrapado, me encantaría saberlo. Tu valoración en Amazon es como un café doble para mi inspiración (y créeme, lo necesito para seguir creando más historias que te hagan soñar y sentir mariposas en el estómago).

¡Únete a mi boletín y recibe un Ebook gratis!

Si quieres ser la primera en enterarte de mis próximos libros, recibir contenido exclusivo y disfrutar de una historia inédita, suscríbete aquí:

https://www.leilayoon.com/

También puedes encontrarme en:

Amazon: https://www.amazon.es/stores/Leila-Yoon/author/B0DV9YGYRW

Instagram: https://www.instagram.com/leilayoonautora/

Facebook: https://www.facebook.com/profile.php?id=61572377692065

Con cariño,

Leila Yoon.